



JUAN MANUEL HERBELLA

El último pase

ediciones
al arco

Diseño

Federico Sosa

fedesosa@fibertel.com.ar

Fotografías

Daniel Caminos, Martín Dovgaluk,

ferroweb.com.ar y ferrocarriloeste.com.ar

Fecha de catalogación: 8/9/2011

Herbella, Juan Manuel

El último pase. - 1a. ed. - Buenos Aires : Alarco Ediciones, 2011.

240 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1367-35-1

1. Deportes. I. Título.

CDD 796

JUAN MANUEL HERBELLA

El último
pase

*A la pelota, por haber convertido a un
divertimento en una forma de vida.*

*A Mirta y Ruben por darle completo sentido a las
palabras: madre y padre*

A Rosario por su amor y compañía constante.

A Facundo y Rafael por darle otro sentido a mi vida.

Juan Manuel.

Prólogo

Por Ezequiel Fernández Moores

Juan Manuel Herbella ofrece aquí una gran idea para todos los futbolistas que sientan hoy angustia de sólo saber que les falta poco para retirarse. Veán todo, déñese el tiempo que jamás se dieron para registrar todos y cada uno de los detalles finales. Desde el número de micro que los lleva al partido, hasta el de la habitación del hotel de concentración. Desde cómo entra a la cancha el rival, hasta el último insulto. Ver y anotar. Para que quede un registro más claro. Y, si después hay ganas, escribir un libro como este. El libro de la despedida. Terapéutico cien por ciento.

Nos conocimos con Juan cuando me entregó su primer libro, Futboloscopía (viaje al interior de un campeonato). Todavía recuerdo un dato de nuestra primera charla, en un café de Corrientes. Cuando decidió irse de Vélez porque el entrenador de turno le dijo que no podía seguir estudiando. Siguió jugando y se recibió de médico en

JUAN MANUEL HERBELLA

la UBA con diploma de honor. En Futboloscopía tomó cada partido como despedida. La primera fecha, la TV, el árbitro, el dirigente, el DT. Cada partido con un eje distinto. Ahora el detalle va hacia cuestiones que podrían parecer más pequeñas, pero que, según como se las vea, suelen hablarnos mucho más sobre quien las cuenta. Acá no hay un campeonato completo que transcurre. Hay vestuarios que se inundan, micros que quedan parados sin nafta en medio de la ruta, entrenadores con riesgo de infarto, frases mágicas (“puñalada, meta puñalada”), rivales míticos y compañeros inolvidables. Todo narrado de modo delicioso, con ojo clínico y alta sensibilidad.

Herbella siempre fue una “rara avis”. Se fue de uno de los mejores clubes de la Argentina porque no lo dejaban estudiar. Eligió equipos para conocer otros países. Y, en el año de la despedida, firmó “la peor propuesta económica”, pero la “mejor calidad de vida”. En el momento que estaba leyendo sus textos, veo que a Juan lo entrevistan en el programa Pura Química, de ESPN. Y que Mariano Zabaleta, ejemplo de entrega en el tenis, le sugiere que, según se desprende de su relato, el fútbol tal vez no era para él una prioridad como para otros. “Noooo, el fútbol es mi vida”, lo cortó Juan, casi indignado de que alguien pudiera pensar que todas aquellas elecciones –estudiar, viajar, calidad de vida- se debían a que el fútbol no era lo principal. El fútbol, me parece, lo ayudó a crecer. Y eso no es poco. Lo llamé al día siguiente de su retiro. Vi la noticia en el diario, casi con lupa, porque había salido campeón Vélez. Y porque “el retiro”, ese día, no era otro que el del Titán Palermo. “Ah, pensé que me llamabas por el mensaje que te había dejado en el contestador de tu casa”, me respondió. Un mensaje que yo nunca había escuchado. “Si me llamás por lo del retiro entonces mejor, refuerza lo que te quería pedir”. El pedido era este prólogo. No me hizo un pedido. Me hizo un favor. Invitarme a su fiesta.

El contrato

*“La historia es un incesante
volver a empezar”.*

Tucídides. Historiador ateniense.

Me paré en la puerta como cuando era chico y buscaba el carnet para poder traspasar los controles. El molinete de la entrada aparentaba ser el mismo que se utilizaba en aquella época, aunque yo lo recordaba más alto, seguramente producto de mis percepciones de niño. Supongo que la última vez que atravesé esa puerta debía tener alrededor de ocho años e iba a pagar la cuota social. Para ese entonces ya no concurría a la colonia de vacaciones pero seguía ligado al club practicando atletismo, entrenaba dos o tres veces por semana en la pista del estadio. Sin pretenderlo, parado frente al ingreso principal, comencé a evocar recuerdos de mi infancia, momentos en los que todavía no soñaba con ser futbolista profesional.

Salvo por las diferencias subjetivas en las dimensiones de las cosas, el resto del club estaba exactamente igual. En realidad no era tan así, lo que para aquel entonces era algo moderno, hoy exhibía un tinte

antiguo y algo falto de mantenimiento. El alambrado mitad ladrillo y mitad reja, la jaula- molinete para ingresar y el guardia parado al lado, estaba igual a como lo recordaba, salvo por el deterioro y la falta de pintura. Podría decir que casi atinó a sacar el carnet como lo hacía en mi niñez, para pasar a jugar lo más rápido posible con mis amigos. Esos minutos fueron un auténtico viaje en el tiempo, habían pasado muchos años desde la última vez que pisé los pasillos de la sede del club Ferro Carril Oeste.

Subí las escaleras, para ingresar al hall del edificio, de forma presurosa. Arriba, parado en soledad con una campera negra que le tapaba media cara y que lo protegía del frío, estaba Matías. En esta oportunidad era él, el que me acompañaba a firmar el contrato pero podría haber sido cualquier otro miembro de Twenty-Two, la empresa que me representaba. En esta etapa ya no lo hacían por un rédito económico, lo hacían por amistad y de buena onda, mi transferencia de Brasil a Ecuador en enero del 2005 fue la primera operación de la incipiente sociedad entre Gustavo Goñi y Daniel Flores.

En el hall del club estaba el Toto, me pareció verle cara conocida pero recién cuando se presentó pude relacionar quién era. Morocho, de hombros anchos y con tupidos bigotes negros, podría pasar perfectamente como colega de Alfredo Palacios, Leandro N. Alem o cualquier otro de esos políticos de comienzos del siglo XX. No le pregunté si había estado esperándome o todo fue fruto de la casualidad pero durante el año nos cruzamos muchas veces y con el transcurso del tiempo se fue tornando un personaje entrañable.

Al rato nos llamaron para ingresar al salón presidencial, allí nos esperaba una de las dos representantes del Órgano Fiduciario, la Dra. Vanesa Reguccini, junto con Tomas y Sebastián, los empleados del club encargados de los temas relacionados con el plantel profesional de fútbol. La otra fiduciaria, la Dra. Liliana Cichero, había dejado firmado mi contrato y no estaría presente esa noche. A diferencia de los

EL ULTIMO PASE

salones de otros clubes, este brindaba una sensación de gran calidez. Era de dimensiones pequeñas y con un toque intimista en los adornos que lo tornaba aún más apacible. Las sillas amplias, de madera maciza, revestidas con cuero en el respaldar y en el apoya brazo le daban un aire señorial al lugar y evocaban las buenas épocas del club. Al igual que los cuadros y las plaquetas de antaño que actuaban como recordatorio de la grandeza que alcanzó el club en sus años de oro, allá por la década del 80 cuando fue declarado por la Unesco como institución modelo a nivel mundial.

Éramos seis sentados alrededor de la mesa rectangular. Además de Matías, Vanesa, Tomás y Sebastián estaba mi viejo. El hombre que durante toda su vida se empeñó incesante en acompañarme y que junto a mi mama me dio su apoyo para que pudiera elegir mi camino, sin condicionamientos.

Luego de las formalidades del caso, la típica charla de fútbol, el augurio de éxitos para el campeonato que comenzaba y la puesta en tema sobre el día a día del club, firmamos el contrato que me ligó a Ferro Carril Oeste para disputar la temporada 2010/2011. En el fútbol, los contratos son bastante heterogéneos con límites difusos pero términos específicos: pases a préstamo con o sin opción, cesión permanente o transitoria de derechos federativos, económicos o de imagen. En la práctica, la ceremonia del contrato era puro formalismo, al llegar a este punto ya estaba todo resuelto y sólo restaba la firma. Para mí, este era mi décimo tercer contrato como jugador de fútbol y ya no había demasiadas cláusulas sujetas a análisis. A los 32 años no era un jugador con reventa ni una apuesta a futuro, mi cotización era reducida comparada con otras épocas y no había demasiado para pensar con respecto a la duración del vínculo; fue el típico contrato estándar: a préstamo por un año.

Eran las 20.30 hs cuando salí del club con mi copia del contrato en mano. Supuse que me cruzaría con el Toto, me había dicho que me

JUAN MANUEL HERBELLA

esperaba, pero no fue así. Volví a casa con la alegría de aquel que logra su objetivo: Ferro, pese a ser la peor propuesta económica, era la mejor opción en calidad de vida. No tenía que irme de Buenos Aires y entrenaba a nueve cuadras de mi casa. Comenzaba un nuevo ciclo, nunca imaginé que fuera a jugar tanto.

La pretemporada

“Lo mejor de los viajes es lo de antes y lo de después”.

Maurice Maeterlinck. Escritor belga.

Mar del Plata. 7.30 hs del 18 de julio de 2010, último día de la pretemporada. Sonó el teléfono en la habitación 803 del Hotel Valles. Llevaba seis días encerrado, saliendo solo para correr y sin ver el sol (el resto del equipo llevaba ocho días). Todos los días nublados, muchos con lluvia y en uno de esos hasta nevó. Con estas condiciones climáticas fue imposible realizar una práctica de fútbol durante toda la estadía en la ciudad balnearia.

Era el despertador automático, un voz dulce y femenina nos avisaba que era la hora de levantarse. Después del desayuno, más específicamente a las 8.15 horas debíamos presentarnos en el lobby para salir a entrenar. ¿Cuál sería el destino? El estadio Juan Montoya del club San Lorenzo de Mar del Plata, para jugar un amistoso frente a Chacarita. Supuestamente, a pesar de las lluvias, el campo de juego estaba en buenas condiciones.

JUAN MANUEL HERBELLA

Llegamos un poco tarde, el sr. colectivero se tomó el viaje con mucha tranquilidad, y los jugadores de Chacarita ya estaban esperándonos, listos para empezar. A cargo del equipo estaba Marcelo Fuentes, había sido ayudante de campo de Gustavo Alfaro en Quilmes en la temporada 2003-04 y, ahí, nos conocimos. Ahora, estaba armando un nuevo equipo. El año anterior, él había ascendido dirigiendo a Patronato de Paraná y Chacarita, había descendido al Nacional B bajo la tutela de otro cuerpo técnico.

El partido fue un típico encuentro de pretemporada, con el agregado del barro y el frío, que no dejó mucho para analizar. Un empate en 0, sin sobresaltos en los arcos, casi sin remates de larga distancia y donde fue difícil encontrar una jugada con más de tres pases consecutivos.

Terminado ambos partidos, volvimos velozmente al hotel para preparar los bolsos, almorzar y emprender el retorno para Buenos Aires. Montecatini fue el restaurant elegido durante la pretemporada para comer, quedaba a tres cuadras del hotel donde estábamos alojados. Nos sirvieron un plato repleto de ravioles de espinaca con salsa de cuatro quesos, estaban deliciosos. Cuando caminaba de vuelta, a buscar mi valija, ya imaginaba la siesta que me iría a dormir en el regreso a Buenos Aires. Al llegar al hotel, el interno 5324 de Micromar nos estaba esperando: estacionado en la esquina y con el motor en marcha. El vehículo aparentaba tener unos cuantos años de uso, pero parecía mantenerse en un buen estado. Los tapizados, casi nuevos; las cortinas, un poco gastadas.

Recostados en sus asientos, los chóferes nos miraban pasar. El más corpulento al volante con sus lentes oscuros puesto -el día estaba nublado pero el hombre parecía no notarlo-, el jovencito en el lugar del acompañante. El mayor me hacía acordar a “Poncharelo”, el policía de patrullas motorizados, por su tez oscura, el corte de pelo y las gafas de sol redondeadas. A las 15 hs, puso el colectivo en marcha y

EL ULTIMO PASE

emprendimos el regreso a casa.

Generalmente me ubicaba en el cuarto asiento de la fila contraria a la escalera, me gusta tenerla cerca por si acaso hay que bajar rápido. Es habitual que los jugadores viajemos en el sector de arriba y el resto de la delegación, abajo. Coloqué la valija en el asiento de al lado, me saqué las zapatillas y empecé a saborear la siestita, esperaba que el viaje de cinco horas pasara rápido. Estaba ansioso, quería reencontrarme con mi familia, en estos últimos años lo que más me afectaba de las pretemporadas era la distancia. Es llamativo como el tiempo cambia las opiniones: cuando era chico me encantaba irme de pretemporada y lo que más me cansaba era el trabajo físico, hoy lo que más me afecta es estar lejos de casa.

No pude dormirme profundamente, las gotas de lluvia golpeaban contra el vidrio y el ruido no me permitía relajarme. La calzada de la ruta 2 estaba inundada y no se veía bien que venía adelante, el ómnibus avanzaba lentamente. La computadora y un libro de cuentos me sirvieron para distraerme durante el viaje.

Alrededor de las 20 hs, llegamos a la zona urbanizada. Estábamos a la altura de Arturo Seguí, un par de kilómetros antes de la rotonda de Alpargatas, cuando el ómnibus empezó a corcovear. Lo hizo por unos instantes, previo a pararse. Afuera llovía a cantaros. Cuando le preguntamos al chofer que era lo que pasaba, nos respondí sin ningún pudor: “Parece que nos quedamos sin nafta”. Como puede ser que no controlen cuanto les queda en el tanque, fue la pregunta espontánea. “Es que no funciona la aguja que calcula el nivel restante”.

Esta era la última respuesta que me podía esperar. Resulta que llenaron el tanque antes de salir y saben que eso les alcanza para ir y volver de Buenos Aires a Mar del Plata. Aparentemente, según palabras de Poncharello, el problema estuvo en la cantidad de tiempo que estuvieron esperándonos en la puerta del hotel, eso les consumió más de lo esperado. Era insólito, una circunstancia bizarra. Los chicos

JUAN MANUEL HERBELLA

me dijeron: “Quedate tranquilo y no te hagas mala sangre. Con los colectivos, acá en Ferro, siempre pasa algo”.

Una hora y media después, llegaron dos camionetas a buscarnos. Bajo la lluvia tuvimos que ayudar a los utileros a cargar la ropa y los elementos de trabajo. Una de las combis había traído un remolque para colocar las cosas. En dos grupos no volvimos al club; para los chóferes, la espera continuaba hasta que les alcanzaran la gasolina que pudiera poner al micro en marcha.

A la medianoche, llegué a casa. Para mi sorpresa, cuando abrí la puerta mi hijo mayor estaba despierto, esperándome. Verlo venir corriendo a saludarme, hizo desaparecer cualquier vestigio de mala sangre.

El aniversario

*Una esperanza reaviva otra esperanza;
una ambición, otra ambición.*

Lucio Anneo Séneca. Filósofo latino.

Abrí la puerta con sigilo, intentando pasar desapercibido ante una muchedumbre sentada que comía y bebía alegremente. El quinchito estaba colmado, casi todos vestían de verde o de blanco. Afortunadamente me habían reservado un lugarcito en la mesa donde se ubicaban los jugadores.

Era mi primera vez en un aniversario de este tipo, era el club atlético Ferro Carril Oeste el que cumplía 106 años. No se si es habitual en otras instituciones, para mí era una sorpresa. Debo reconocer que no me resultan muy atractivos este tipo de eventos pero hacía poco tiempo que estaba en el club, me habían invitado especialmente y no podía negarme. Nunca fui un jugador que despertara el fervor del público y tampoco lo buscaba: relamerse con el reconocimiento del hincha no figuraba entre mis preferencias deportivas. Siempre me sentí más cómodo en mi casa que compartiendo reuniones masivas

con dirigentes, allegados y fanáticos, deseosos de un autógrafo o de una charla fugaz sobre el presente del equipo. Pero igual me he prestado en varias oportunidades a realizarlo porque entiendo la carga emotiva que viene con el trabajo y nunca renegué de mi obligación por cumplirla.

En esta oportunidad habría unas cuatrocientas personas en el festejo, repartidas en largas mesas de alrededor de cincuenta comensales, ubicadas a lo ancho del salón. En el sector de los jugadores estaban: Lértora, Chimino, Altamirano, el colorado Sava y Ferreyra. Me senté en el huequito disponible, acomodando la silla de la única forma que pude: atravesada de costado.

Mientras esperaba que apareciera un mozo con una bandeja con pizzas, me dediqué a escudriñar el entorno. A lo lejos lo vi al Toto, estaba sentado en una de las mesas del fondo del salón. Vestía informal, como la anterior vez que nos habíamos cruzado en la sede del club. En el transcurso de la fiesta se iría convirtiendo en uno de los animadores, junto con el ventrílocuo ataviado de saco oscuro y una remera de Ferro: el mago Baiuka.

Nuestra posición era más cercana al supuesto escenario, compuesto por un micrófono, dos parlantes y una pequeña tarima. Desde allí, se realizaría la rifa a beneficio del club, el evento principal de la jornada. Los premios habían sido donados por los propios hinchas e incluían artículos varios desde souvenirs, camisetas y perfumes hasta la estadía completa en un spa o un viaje para dos personas a las cataratas. Cada número salía cinco pesos, en nuestra mesa compramos varios.

La noche estaba fría y la gente se fue agolpando adentro del salón. El ventrílocuo animaba el evento y envalentonaba a los presentes a que cantaran las canciones de cancha. El hit de la noche fue: “Yo nací en Caballito, me fui al descenso y salí campeón. Me metieron en cana y muchas veces lloré por vos”. Algunos gritaban enfervori-

EL ULTIMO PASE

zados, el Toto era uno de ellos con esa voz ronca de timbre especial que, una vez reconocida, se hace casi inconfundible. Entre canto y canto, representaciones varias y charlas, siguieron apareciendo bandejas con pizzas de diferentes sabores.

El evento se prolongó más de lo que me esperaba. Recién cerca de la medianoche comenzaron con el sorteo importante. Juntaron todos los tickets en una bolsita de plástico y llamaron a un niño para que escogiera a los números afortunados. Nosotros armamos un pool con todos los números y los desparramamos sobre la mesa. Era lógico que salieran un par de ellos pero no tantos, ni de forma tan consecutiva, como terminó ocurriendo. Con cada acierto de la mesa, Chimino se paraba y gritaba: “Acá está”. Con el primero no llamó la atención pero a medida que se acumulaban los premios la gente empezó a mirarnos y a mi me invadió la vergüenza. Lo único que faltaba era que los futbolistas termináramos llevándonos lo mejor del sorteo.

A Cristián no parecía afectarle, disfrutaba de saltar como un resorte cada vez que aparecía algún número de los nuestros. “Chimiiiiino, Chimiiiiino, Chimiiiiino” lo alentaban un par de hinchas cada vez que se paraba de la mesa. “Este pibe es bueno, tiene una personalidad bárbara” decía, por lo bajo, un viejo que se sentaba atrás nuestro. “Chimi”, orgulloso y con una sonrisa resplandeciente, retiraba cada uno de los obsequios y saludaba a la gente.

El festejo terminó pasada la medianoche. En mi cabeza aún retumbaban los cánticos de los hinchas. La alegría y la esperanza de un futuro mejor, eran los recuerdos que me quedaban de una grata velada. El campeonato no había comenzado, soñaba con que esa misma emoción y euforia continuara en el ambiente durante todo el año.

Anita y la comida

Nuestras vidas no están en manos de los dioses, sino en manos de nuestros cocineros

Lin Yutang. Escritor y filólogo chino.

Sentía hambre. Eran las 7.45 hs y no podía seguir durmiendo, así que tomé la decisión de levantarme de la cama y bajar al restaurante del hotel. Sentirme hambriento no era algo ilógico, la cena de la noche anterior había dejado mucho que desear. Me puse el conjunto gris oscuro, el único que me habían entregado hasta el momento, y salí silenciosamente de la habitación para no despertar al colorado Sava que continuaba durmiendo.

Esta era nuestra primera concentración en Buenos Aires y el club había cambiado de hotel para esta temporada. Los motivos no fueron develados pero, por lo que decían los que estuvieron el año pasado, el cambio había sido para mejor. A simple vista, el Hotel Presidente Perón, aparentaba ser un hotel moderno y con habitaciones bien equipadas. El cuarto tenía algunos pequeños lujos: un baño con tina, un plasma de 25 pulgadas y calefacción con control individual. Lo

EL ULTIMO PASE

más flojo eran las camas extremadamente angostas. Un gran inconveniente para los contorsionistas nocturnos de mi porte, poseedor de un sueño corto, liviano e hiperquinético.

Traspasé la puerta del salón, computadora en mano, buscando el lugar más cómodo para instalarme. Como era de esperarse, el lugar estaba completamente vacío. Tres tostadas de pan de salvado con dulce de leche y un par de cafecitos saciaron mi apetito. Me contuve de atacar la bandeja con medialunas, la tentación habitual de las mañanas fuera de casa. Sorpresivamente la comida desplazó a las camas como punto de discordia: la atención había sido lenta y la gente que trabajaba en el restaurante no estaba muy acostumbrada a atender planteles de fútbol.

La dinámica grupal de los futbolistas a la hora de comer tiene ribetes peculiares. En la Argentina, la gran mayoría (entre los cuales me incluyo) espera que la comida sea servida de forma ágil y sin muchos formalismos, que las porciones sean abundantes y que no se excedan en la ornamentación del plato. A la hora del menú, no hay grandes variantes: pastas, pollo y carnes rojas; y es habitual encontrar una mesa con diferentes recipientes con vegetales para que cada jugador se prepare una ensalada a su gusto. La rutina habitual contempla un primer plato, el plato principal y luego un postre, demorando en total unos 45 minutos. Para aquel que piense que estos tiempos son cortos, le cuento que Brasil los tiempos son aún peores. Allá, utilizan el sistema “buffet” y a la hora indicada llegan los mozos con las fuentes calientes (con su respectivo mechero) y frías, y las colocan sobre la mesa central. Cada jugador se sirve lo que desea (generalmente se sirven la entrada y el principal en el mismo plato) y se va a sentar. En menos de veinte minutos terminan el trámite y se vuelven a sus habitaciones, una verdadera “comida express”.

En esta oportunidad, las cosas no salieron de acuerdo a lo esperado. El tiempo de atención superó holgadamente la hora, las raciones

de cada uno de los platos fueron de proporciones reducidas (con terminaciones excesivamente refinadas) y se olvidaron de colocar la mesa de ensaladas. Lamentablemente, sin tener la intención de hacerlo, generaron un fastidio general por los inconvenientes y muchos decidimos irnos a acostar antes de terminar de comer.

El desafío de los nutricionistas deportivos es lograr acercar al futbolista a un área del rendimiento poco valorada por el ambiente. Nadie duda de la importancia de contar con un médico traumatólogo, con un kinesiólogo y hasta de la necesidad de tener un masajista, pero son pocas las instituciones que le dan al nutricionista el valor que realmente tiene. El jugador, de por sí, es poco adepto a las dietas y dispone de licencias que exceden ampliamente las habituales en el deporte. En otros deportes, el control del peso es tan riguroso y los beneficios son percibidos tan fácilmente, que no requieren demostraciones. En vez, en el fútbol no es exótico encontrar jugadores excedidos de peso que son capaces de ingresar al campo de juego y convertirse en la figura de un partido. Estas cuestiones transforman al proceso de alimentar a un plantel de fútbol en un arte que requiere: claridad para comunicar, sabiduría para decidir las comidas más apropiadas y paciencia para soportar la incredulidad del ambiente. A tal punto llegan las particularidades que: la comida más importante del día, el desayuno, en la concentración es optativa.

No pasó mucho tiempo y apareció Facundo por el desayunador. El hambre y el ruido que hice al cerrar la puerta lo habían despertado y también decidió bajar a comer algo. Con el correr de la mañana fueron bajando, de a uno, todos los jugadores. Esta era una demostración de los inconvenientes de la noche anterior y por eso no nos llamó la atención verla aparecer a Anita. Con cara de cansada, un par de ojeras interesantes y su habitual sonrisa de oreja a oreja. Nos saludó raudamente y se fue para la cocina a tratar de resolver los problemas que, en la previa, habían hecho explotar su teléfono. Pese

EL ULTIMO PASE

a que no estaba obligada a venir, fiel a su responsabilidad como nutricionista del club, se dio una vueltita por el hotel para cotejar que esta vez estuviera todo en orden.

Lamentablemente, magia no pudo hacer. El servicio volvió a demorar más de lo deseado pero al menos volvieron las ensaladas. Algo es algo, tampoco se podía pretender que arreglara todo de un plumazo. Por la tardanza en el almuerzo, se acortaron los tiempos. No quise romper con mi ritual de bañarme antes de la charla técnica y me retrasé más de lo permitido. Ser impuntual implica recibir una multa y yo, parado enfrente del ascensor, miraba como corrían los minutos sin que se abriera la puerta. Tenía otra opción, bajar los ocho pisos por la escalera pero no estaba para regalar tanto. Cuando me relajé porque ya no tenía posibilidades, sonó el pitido que avisaba su arribo. Llegamos tarde y nos tuvimos que aguantar el aplauso de los muchachos, era preferible eso antes que descender corriendo por la escalera arrastrando la valija. La charla fue breve y arrancamos para el estadio.

Era un encuentro duro y peleado. El partido iba empatado, faltaban diez minutos cuando entró el Oscar “Gordo” Altamirano. Terminamos ganado 3 a 1 por obra y gracia del gordo que, en la jornada en que falló la alimentación, nos salvó las papas.

Miño y la prueba

El que no sabe por qué camino llegará al mar, debe buscar el río por compañero.

John Ray. Naturalista británico.

Fueron veinte minutos pero pareció una eternidad. Sentado, en la parte de arriba del ómnibus, escuchaba su voz gruesa hablando por el handy.

“Estamos en la estación de servicio de la calle 44, cerca del camino general Belgrano y no sabemos por donde debemos seguir”

-“Quédense ahí -se escuchó por el altavoz- vamos para allá”.

-“Copiado, aquí esperamos. Apúrense que estamos llegando tarde” rogó Miño antes de cortar la comunicación.

A este punto ya era claro que las cosas no marchaban bien. Aguardábamos estacionados al borde de la ruta al móvil policial. Aparentemente el conductor no conocía la zona ni se había informado sobre como llegar al estadio Norberto “Tito” Tomaghello. Igual, aunque lo hubiera sabido tampoco serviría de nada, sin escolta no podíamos llegar a la cancha. Falló el punto de encuentro, tomamos por un lado

EL ULTIMO PASE

y el patrullero nos esperaba por otro.

El chofer, supuestamente guiado por Miño, se había confundido y bajó de la autopista en la salida equivocada. Pese al error, continuaron viaje para intentar subsanarlo encontrándonos en otro lado pero nos perdíamos y ahora debíamos aguardar a que nos vinieran a rescatar. No había forma de volver para atrás para subir a la autopista, y tampoco había tiempo.

Me asome por la escalera hacía el habitáculo del conductor y lo vi a Miño con muestras de preocupación. Desde atrás se veía su lustrosa pelada empapada de sudor pese a que dentro del ómnibus, la temperatura era muy agradable. Se sentía responsable de que estuviéramos demorados, al fin de cuentas ese era su trabajo: era el policía encargado de coordinar los operativos de seguridad de Ferro. Debía viajar con la delegación a los distintos estadios donde le tocara jugar al equipo, sea en Buenos Aires o en el resto del país.

El lugar donde habíamos aparcado, no aparentaba ser un sitio muy seguro para estar detenidos. Desde la ventanilla podía ver como, a unos cincuenta metros más adelante, a un Peugeot 206 gris le habían robado la llanta y el respectivo neumático.

El tiempo seguía pasando y no teníamos noticias de la escolta policial. El nerviosismo empezó a contagiarse. Los utileros viajaban con la delegación y se impacientaban al ver que no les quedaría mucho tiempo para preparar la ropa. Normalmente es habitual que vayan antes para poder preparar todo pero en Ferro, para abaratar los costos, generalmente viajan directamente con el equipo.

Apenas faltaba una hora para empezar el partido, cuando llegaron los uniformados. Eran tres oficiales, arriba de una de esas camionetas con el logo de la bonaerense. A esta altura, el profe Morelli ya estaba desencajado. Se la había pasado repitiendo constantemente: “Como puede ser que demoren tanto, como puede ser que demoren tanto”. El tiempo se acertaba para todos y con suerte nos alcanzaría

para un precalentamiento express antes de salir a la cancha.

Para acortar el tiempo, los policías, nos llevaron por un camino vecinal que unía Bosques y Florencio Varela. El pavimento (en los lugares que había) estaba destruido y los pozos hacían que el ómnibus se moviera para todos lados. Indudablemente fue un buen atajo porque llegamos bastante rápido al Norberto “Tito” Tomaghello, faltaban cuarenta y cinco minutos para comenzar el partido.

Al Halcón de Varela lo dirigían Ramaciotti padre e hijo, un cuerpo técnico muy peculiar. Los tuve en Gimnasia y Esgrima de Jujuy en el año 2008 y pude aprender muchas cosas. El trabajo es su punto fuerte: utilizan la tecnología como casi nadie en el ambiente y están siempre atentos a los pequeños detalles. Tienen sus puntos flacos, como tenemos todos, pero me dejaron enseñanzas y eso es lo que rescato.

Cuando nos mandaron a hacer el calentamiento en un rectángulo de pasto de 3 metros x 10 metros que estaba atrás del vestuario visitante, mientras ellos utilizaban el campo de juego, me acordé del tema de las ventajas. No es que esté prohibido lo que hicieron pero perfectamente podrían haberlo evitado.

La ventaja buscada no surtió el efecto deseado. Apenas comenzado el partido tuvimos una situación de gol clara cuando Sosa, con un pase, dejó solo a Aquino frente al arquero y no pudo definir. En la cancha, la jugada, me pareció penal pero cuando vi la repetición por televisión me dejó dudas. Defensa tuvo un par de situaciones de gol a través de jugadas preparadas con pelotas detenidas pero no tuvieron efectividad y el primer tiempo terminó empatado en 0.

El segundo tiempo fue más intenso. Al comienzo se pusieron en ventaja con una jugada fortuita que rebotó en Salvatierra y dejó solo al delantero para convertir. Nosotros lo empatamos con un gol de pelota parada: un centro lateral que se le escapó al arquero y Sava aprovechó el rebote. El colorado arrancó el partido sentado en el

EL ULTIMO PASE

banco pero demostró en unos minutos lo importante que era para el equipo. Luego del empate, el partido se transformó en un juego de ida y vuelta, cualquiera pudo ganarlo o perderlo pero terminó sin modificaciones.

Al salir del estadio me crucé con el Toto, estaba contento y rodeado de amigos. Me contó que a Ferro siempre le costaba cuando visitaba a Defensa, generalmente perdía. Por eso llevarse un empate, luego de ir perdiendo, no era para hacer una fiesta pero si para irse satisfecho.

Parado en la puerta del ómnibus, cual patovica de boliche, estaba Miño. Tenía cara de cansado. Su metro ochenta de altura y sus más de 100 kilos, reposaban desplomados contra el marco de hierro. Ya no era un pibe pero se había bancado bien el jaloneo. Todavía no podía relajarse, faltaba que saliéramos de Florencio Varela. Recién ahí se secaría la frente y descansaría.

El indio

“El hombre ha nacido para luchar, y es como se le define mejor diciendo que es un guerrero nato y que su vida desde el principio al fin no es sino una batalla”

Thomas Carlyle. Historiador; pensador y ensayista inglés.

Me trabaste durante todo el partido, ahora te trabó yo” me dijo entre risas mientras salíamos del hall del estadio y su pie derecho detenía el andar suave de las rueditas de mi valija. Debo reconocerle que fue un comentario oportuno y ocurrente frente a un 0 a 0, también “trabado”.

Al principio no lo reconocí. Pensé que era uno de los tantos periodistas que habitualmente pululan por el lugar al terminar el partido buscando denodadamente una nota original. Su gorro blanco tenía una visera larga que le tapaba la cara y no permitía reconocerlo. La remera, también blanca, se ajustaba a su cuerpo remarcando una estructura corpulenta pero de rasgos poco fibrosos. Los pantalones vaqueros desflecados y las zapatillas con amortiguadores completaban un look, alejado de la tradicional ropa deportiva negra y amarilla que utilizaba la delegación de su equipo.

EL ÚLTIMO PASE

Dentro de la cancha, su metro noventa de estatura y sus noventa kilos de peso, lo convirtieron rápidamente en una referencia en el juego. Con su historial de conquistas (alrededor de 250 goles en torneos de ascenso de la Argentina), se transformó en un delantero de cuidado. Fue su tez mestiza y su pelo color azabache lo que le generó el apodo de “Indio”, su larga cabellera y el agregado de la vincha colorada sirvieron para caracterizar aún más al personaje.

Era el goleador de su equipo, el último campeón del torneo de la Primera B metropolitana. Hasta el momento, había sido el autor de los únicos dos goles de su equipo en lo que transcurría del torneo Nacional B. Claramente representaba el principal desafío defensivo de Ferro para este encuentro. Sin menospreciar por ello a los hermanos Díaz, los dos volantes ofensivos habilidosos responsables del buen juego del equipo de Isidro Casanova y de vasta trayectoria en el fútbol argentino,

Nuestro entrenador tuvo, en poco tiempo, que rearmar el equipo. Las lesiones musculares generaron un gran inconveniente: Leonforte con un desgarro gemelar se agregó a la lista que incluía a Raponi, Abán y Tonetto, este último en la fase final de la recuperación. Apenas se habían disputado tres fechas y ya se veía que, en este tramo del torneo, nuestro principal escollo sería: el mal de ausencias. Eran las consecuencias lógicas de un plantel reducido y de bajo presupuesto.

Era una tarde soleada. La tribuna local estaba colmada, el equipo había despertado muchas expectativas de éxito en el hincha. Ambos planteles precalentamos dentro del campo de juego y quedamos expuestos al griterío del público. La gente estaba animada. En una de las butacas de la platea, aferrado a la reja cual león enjaulado, había un individuo lacónico de modales groseros y andar errante. Caminaba de un extremo al otro del pasillo inferior descargando su bronca contra cualquiera que vistiera de amarillo y negro. Imagino que con el fútbol descargaba el stress de la semana y se ahorra el terapeuta.

Cuando lo vio aparecer, sus palabras filosas lo eligieron como nuevo y único destinatario. Atrás se le sumaron un par de laderos de lo guarro.

“Fracasado, larga los postres” dijo el pionero

“Negro de mierda, pata sucia” acotó uno de los que lo secundaba, vestido con una remera que decía 100% verdolaga.

Daniel Bazán Vera no se inmutó; pasó estoico, ignorando los agravios, rumbo al arco que da sobre la popular visitante donde sus compañeros ya estaban elongando. Su trote calcino, con los pelos al viento, asemejaba el andar apacible de los caballos percherones sobre la pampa. Lo seguí con la mirada mientras se incorporaba a su grupo, después debería marcarlo durante el juego y, especialmente, en las jugadas de pelota parada.

El partido se dio tal cual lo imaginábamos. La Fragata formaba con una línea de cinco defensores y dos volantes de marca, sus únicas alternativas de ataque eran: una pelota parada o una genialidad de alguno de los tres de arriba. El resto del tiempo correr, meter y marcar. Metieron tanto que los últimos cuarenta minutos jugaron con uno menos por la expulsión de Gandarillas por exceso de brío en la marca.

Lo nuestro no había sido bueno, principalmente de mitad para adelante porque nuestros volantes pensaron más en marcar que en buscar el ataque. Si yo hubiera sido delantero, habría terminado el partido sintiéndome más solo que un huérfano de padre y madre. La sensación era peor sabiendo que jugamos con un hombre de más y no habíamos aprovechado esa diferencia en ataque.

Al terminar el partido nos saludamos como dos boxeadores luego del combate. Las circunstancias del juego nos llevaron a pelear mucho y jugar poco, él apenas tuvo una chance: un cabezazo cruzado,

EL ULTIMO PASE

en el primer tiempo, que tapó Nereo Champagne sobre el segundo palo. Esa fue la única jugada de gol de su equipo. Nosotros no tuvimos mucho más.

Lo había trabado en la cancha, él me trabó en la salida y nos despedimos empatados, como Ferro y Almirante, con un fuerte apretón de manos.

Pretensiones

“Negar un hecho es lo más fácil del mundo. Mucha gente lo hace, pero el hecho sigue siendo un hecho”.

Isaac Asimov. Escritor y bioquímico estadounidense

Es por esta gente que el club está como está. ¡Totalmente quebrado!” grito ofuscada la señora mientras se retiraba del parquet rumbo a las gradas. Cuando decía estos se refería a nosotros, los jugadores de fútbol del plantel profesional que le habíamos usurpado por un rato el gimnasio Etchart.

No era común que utilizáramos el espacio cubierto y menos común era que lo precisáramos un día sábado pero en esta oportunidad se presentaron un par de situaciones que nos obligaron. Por un lado, la televisión y la AFA dispusieron que nuestro partido frente a San Martín de San Juan fuera el televisado del lunes a la noche. Por otro lado, había llovido copiosamente durante toda la noche y se anegaron las canchas. Estos motivos llevaron al entrenador a solicitarle a los profes de basquet infantil que nos prestaran por un rato el gimnasio, ellos utilizarían los sectores laterales con los aros de menor altura

EL ULTIMO PASE

para entretener a los chicos. Deliberaron unos minutos pero terminaron accediendo gentilmente al pedido, nos prestaban la cancha por una hora para que no perdiéramos el día de entrenamiento. Pero el arreglo se complicó ni bien se enteraron las madres, que bajaron de las tribunas horrorizadas. Ver que sus hijos eran corridos a un lado por unos despreciables futbolistas era una afrenta intolerable y vinieron, como se dice vulgarmente, a copar la parada.

Era un grupito de cinco. A la cabeza venía una cuarentona grandota con el pelo ondulado y teñido de un rubio chillón que contrastaba con sus oscuras y prominentes cejas. Se presentaron en el campo, nos ignoraron por completo, y fueron directamente a increpar a los profesores. Estas mujeres no estaban dispuestas a que sus retoños fueran excluidos del lugar y, luego de abrumar a los coordinadores con sus reclamos, ahí sí, se la agarraron con Bianco. De mala manera y con gestos ampulosos le exigieron que buscara otro sitio para realizar el entrenamiento. La realidad era que no había otro sitio, era el único disponible en todo el club y nosotros no podíamos perder el día.

Los jugadores mirábamos azorados el espectáculo. En mi carrera deportiva nunca había sufrido un ninguneo de este tipo. En todos los clubes donde estuve, el plantel profesional de fútbol era un actor importante dentro de la representación institucional. Acá éramos un estorbo para las socias que se sentían con la autoridad suficiente para obligarnos a suspender el entrenamiento.

Esta situación puso al descubierto la fragilidad institucional que tenía el club. Ferro era conducido por representantes legales escogidos por el juez a cargo de la quiebra y los socios, que como corresponde se consideraban los “dueños” del club, deslegitimaban la autoridad de estos funcionarios cuando se topaban con una decisión que no compartían. Obviamente estas mujeres no creían que el fútbol era la principal fuente de ingresos del club, hasta podría decirse que lo consideraban la cruz más pesada.

Bianco hacía malabares para contener la ira de las madres que lo increpaban sin que apareciera ningún dirigente para hacerse cargo de la situación. El tiempo transcurría, nosotros continuábamos parados dentro de la cancha sin entrenar y los pequeños basquetbolistas esperaban sentados afuera hasta que se resolviera la contienda. La situación no era fácil: las madres no cesaban en su demanda por el espacio y nosotros no teníamos otro lugar a donde ir.

Por haber nacido en el barrio y haber concurrido al club de pequeño estaba al tanto del orgullo que sentía el socio por la tradición deportiva de Ferro y por el reconocimiento de la UNESCO en la década del ochenta como institución ejemplar. Pero para muchos de los nuevos jugadores esta situación era totalmente bizarra.

Desafortunadamente los tiempos cambiaron. Hoy, la única actividad que podría ser plenamente superavitaria es el fútbol. Algunas especialidades podrán no producir déficit o generar un modesto saldo positivo pero sólo la venta de futbolistas profesionales puede transformar a los clubes en grandes instituciones permitiéndole el desarrollo sustentable del resto de las actividades deportivas amateurs.

Estas señoras, que no compartían este análisis, continuaban negándose a dejarnos entrenar. “Esto es una vergüenza, nosotros pagamos la cuota social y esta gente lo único que hace es hacerle perder dinero al club” argumentaba como justificativo de su postura la cabecilla del grupo, ella era la principal opositora a nuestra permanencia. No se percibía ningún atisbo de solución. Las madres continuaban con su tesitura hasta que se produjo la oportuna aparición de un dirigente de la subcomisión de fútbol. No se de qué forma las convenció pero logró pactar que nos dejaran entrenar media hora y luego nos iríamos.

Al fin de cuentas demoramos lo mismo que teníamos pensado. La diferencia estuvo en que se pasaron media hora discutiendo para ver (pido disculpas anticipadas por la grosería) quien la tenía mas larga.

Toia, el árbitro

*“Cuatro características corresponden al juez:
Escuchar cortésmente, responder sabiamente, ponderar
prudentemente y decidir imparcialmente”.*

Sócrates. Filósofo griego.

Golpeé suavemente la puerta metálica que, pese a la levedad del impacto, emitió un sonido estridente. “Pase” me respondió una voz grave, desde el otro lado. Precavido de no incomodar a los presentes, empujé la puerta verde que separaba el pasillo del vestuario. Como no estaba completamente cerrada, el empujón la abrió por completo haciendo un ruido molesto. Adentro había más personas de las esperables, en total eran seis y, todavía, ninguno de ellos estaba cambiado.

“Hola Juan. Tanto tiempo” me dijo, apenas me vió, sentado en la banqueta del rincón próximo al lavabo.

“Hola Ale” le respondí y me acerqué a saludarlo.

Eran las 19.30 hs. Una noche fresca se avecinaba en el estadio

Ingeniero Hilario Sánchez de la ciudad de San Juan, todavía faltaba una hora y media para que empezará el partido. Su vestuario se interponía equidistante entre el local, situado a la izquierda; y el visitante, a la derecha. Situado en un lugar estratégico, justo a la altura de las escalinatas que llevaban al túnel de ingreso al campo.

Me invitó a sentarme a lado de él y nos pusimos a charlar. Gestos como este, lo diferenciaban de algunos de sus colegas que se consideran poseedores de una autoridad suprema, que los emparenta con Dios y los aleja de los mundanos futbolistas bravucones y chapuceiros, que de no ser por su accionar aleccionador terminarían arrancándose los ojos y las piernas.

Luego de charlar un rato le entregué mi libro. La decisión de obsequiárselo nació por dos motivos. Primero estaba mi empatía como jugador hacia su forma de arbitraje (de relación franca y fluída) y, por el otro, él era el árbitro más mencionado en Futboloscopia.

Ya había dialogado con algunos árbitros en su vestuario previo a un juego, principalmente cuando era el capitán de mi equipo y nos debían notificar de alguna resolución, pero nunca permanecí tanto tiempo y charlando de forma tan amena.

Hoy en día, el arbitraje argentino se debate entre dos estilos de conducción: el siga-siga y el intransigente. Si me dan a elegir me quedé con los primeros, siento empatía por la forma que tienen de entender el juego y de manejarse dentro del terreno (el diálogo y la pedagogía son los puntos fuertes). No se puede entrar a dirigir pensando en poner cara de malo frente a cualquier reclamo, revolear tarjetas para todos lados si el partido se llega a poner picante y evitar a rajatabla el diálogo.

Alejandro cometía errores, como cualquiera, pero al menos te ibas a tu casa con la sensación de que no te había querido perjudicar y aunque lo hubiera querido hacer, como te trataba con respeto, no me ofendía tanto. Sentirte perjudicado y tener que soportar que el árbitro

EL ULTIMO PASE

te rebaje, con un trato soberbio y distante, es de las vivencias que más impotencia me despertaba dentro de una cancha, me sentía aún peor que perdiendo un partido por goleada.

Al terminar con la charla, nos sacamos una foto para recordar el momento. No le dije que tenía pensado escribir otro libro y que lo iba a volver a mencionar. Eso hubiera condicionado nuestra relación para el resto del campeonato y, como era de esperarse, nos cruzamos bastante durante el año.

Al partido lo perdimos por goleada, terminó 3 a 1 pero podría haber sido peor. San Martín de San Juan era un muy buen equipo, nos presionó, aprovechó la posibilidad de ponerse en ventaja en el arranque y terminó redondeando una buena performance.

Al final del partido, nos saludamos. Lo felicité por su arbitraje, se compadeció por mi derrota y nos fuimos cada uno por su lado.

El último minuto, el último partido

*“Las dificultades aumentan
conforme se aproxima uno al fin”.*

Johann Wolfgang Goethe. Poeta y dramaturgo alemán.

Estaba tirado cómodamente en la cama, la televisión mostraba un partido del fútbol inglés, Manchester United visitaba al Everton. Estábamos en la habitación 405 del Hotel Presidente Perón, igual que la semana anterior. Con el colorado Sava, no podíamos creer lo que estaba ocurriendo, lo que mostraba la tele. Después, a la noche, me di cuenta que podría haberlo tomado como una advertencia divina, un hecho premonitorio. Pero en ese instante, no creí que los designios del destino se expresaran de esa manera. Seguí acostado, me sudaba la frente. No hacía calor en el cuarto, era la impotencia que me generaba ver como se podía esfumar un resultado. No pensé que nosotros, a la tarde, correríamos la misma suerte.

La puerta estaba entreabierta, se escuchaban las voces del pasillo. Nuestra habitación era la última del largo corredor y nos podíamos dar el lujo de dejarla abierta. Faltaba poco para ir a almorzar pero no

EL ULTIMO PASE

queríamos bajar. Mirábamos atónitos el final del encuentro. Iban 44 minutos del segundo tiempo y el equipo de Alex Ferguson ganaba 3 a 1. Un resultado justo, el conjunto visitante había sido superior en todo momento.

Afuera estaba soleado pero frío, había sido la lluvia de los últimos días la que había refrescado el clima. La temperatura era la justa para una tarde de fútbol. El campo de juego todavía presentaba esas irregularidades típicas del invierno, por el uso excesivo y la falta de un cuidado acorde. Ahora, el deterioro había llegado a un nivel mayor al habitual pero, por fortuna, pudo ser medianamente subsanado por la lluvia y el sol de los últimos días. Igual seguía notándose, dentro del campo de juego, el contraste entre las zonas con matas y las no cubiertas.

Enfrente estaría Belgrano, uno de los equipos grandes de la categoría que por poderío económico siempre era candidato al ascenso. No llegaba de la mejor manera, todavía no había conseguido una victoria, un lujo impropio para un club con pretensiones de campeonar. Nuestra actualidad no exhibía un gran diferencia, veníamos de caer estrepitosamente en San Juan por 3 a 1 y llevábamos un victoria y tres empates. Esta era una buena oportunidad para volver a la olvidada senda del triunfo.

Como era habitual en Caballito, la visita nos cedió el dominio territorial y la pelota. Adoptaron un esquema conservador y se pre-dispusieron para aprovechar la velocidad del “Picante” Pereyra y el oportunismo de Campodónico, el resto del equipo estaba dedicado a mantener el arco en 0. Nuestro esquema de arranque (4-4-2) tampoco fue muy audaz pero por las necesidades del partido (íbamos 0 a 0 y con solo dos remates al arco en 60 minutos) cambiamos a uno más ofensivo (3-4-1-2) y generamos algunas chances.

Faltaban cinco minutos y el partido parecía liquidado. Ellos no querían y nosotros no podíamos. La gente alentaba y, también, exigía la

JUAN MANUEL HERBELLA

victoria. El equipo iba para adelante con pocas luces pero mucha entrega. Vino el corner desde la derecha ejecutado por Tonetto, Olave pasa de largo y le cayó justo en la cabeza a Altamirano. Gol de Ferro pese a que no habíamos hecho grandes meritos. Faltaban apenas seis minutos para terminar el partido y pasamos a ganar 1 a 0.

Ya terminaba el partido, se había cumplido el tiempo adicionado. El árbitro dejó jugar la última pelota, un tiro libre desde la mitad de la cancha. Un jugador de Belgrano tiro la pelota llovida al centro del área, una jugada de fácil despeje para la defensa pero Pereyra llamativamente estaba solo para cabecear. No fue fuerte el impacto pero rozó en Nico Agorreca y sorprendió a Nereo. Nos empataron el partido sobre el final. Cuando sacamos del medio, el juez terminó el juego. Lo mismo que le pasó al Manchester United con sendos cabezazos de Cahill, uno al arco y el otro para asistir a Arteta.

El último minuto de un partido dura lo mismo que el primero pero tiene otro valor.

El asado indigesto

*Nuestras vidas no están en manos de los dioses, sino
en manos de nuestros cocineros.*

Lin Yutang. Escritor y filólogo chino.

Era un viernes soleado. Caminar desde mi casa hasta el club ya se había tornado un hábito, un precalentamiento encubierto, que a medida que pasaban los días cada vez me resultaba más gratificante. Salí temprano. Pensaba aprovechar que el entrenamiento estaba pausado para las diez de la mañana, una hora más tarde de lo habitual, para ir un rato antes al gimnasio. Se modificó el horario porque al finalizar la práctica tendríamos un asado en los quinchos de atrás del estadio; supuestamente para jugadores, cuerpo técnico y la subcomisión de fútbol profesional.

Al llegar al club me sorprendió que en las parillas estuvieran unos muchachos que no conocía pero aparentaban ser de la hinchada. No era común ver gente a esa hora de la mañana y menos en las cercanías del quincho. Como no los conocía, seguí derecho sin decir una palabra, ellos tampoco atinaron a saludarme. Su presencia me

generó algunas dudas: ¿El asado tendrá más comensales de los esperados?

Entre al vestuario con la duda a cuestas. Era uno de los primeros, algo poco habitual en mí, así que no tenía con quien sacarme las dudas. Pasé por la utilería y agarré la ropa de mi cubículo. Todavía seguíamos usando los conjuntos de la marca que había vestido al club la temporada anterior y que estaban en un estado deplorable. Ahora habían arreglado con otra, a comienzo de campeonato, pero hasta el momento no habíamos tenido noticias de la ropa nueva. Me cambié con prisa. Quería aprovechar el tiempo disponible para realizar un buen circuito de fuerza. Así y todo no llegué a terminarlo, me vinieron a avisar que nos juntábamos antes de entrenar para charlar.

El clima dentro del vestuario estaba caldeado, algunos de mis compañeros ya estaban ansiosos por comenzar la charla. Nos apiñamos en los bancos que pudieron ser dispuestos en forma circular. Yo no estaba seguro del tema de la reunión pero lo sospechaba: el monumental atraso salarial que acarreaba el club. Los jugadores que nos habíamos incorporado al club en julio, llevábamos dos meses y medio entrenando sin cobrar un peso. A mí que estaba instalado en Buenos Aires me afectaba un poco pero no me complicaba la vida, para los que venían de otras ciudades y debían armarse una casa era una complicación importante. Para intentar solucionar el conflicto, los miembros del Órgano Fiduciario (O.F.), habían ofrecido pagarnos el 10% del mes del julio. Más que una propuesta parecía una cargada, una buena intención transformada en un bidón de nafta. Para las necesidades económicas existentes, ese puchito no servía de nada. Lo único que lograron fue complicar aún más la situación, desatar un incendio.

El sistema de conducción del fútbol profesional era bicéfalo. El O.F. y la subcomisión de fútbol profesional se pasaban la pelota uno a otro e intentaban manejar el tema a su manera. No tenía una buena

comunicación y se manejaban de manera automática y descoordinada. De esta forma, nos obligaban a los jugadores a manejar dos canales de resolución de conflictos, lo económico debía tratarse con el Órgano Fiduciario, lo político con la Subcomisión de Fútbol Profesional (carente de poder efectivo, salvo por sus aportes económicos).

La charla fue extensa y se resolvió no entrenar a partir del día siguiente y mantenernos en este estado hasta que se solucionaran los problemas. Sin nadie a quién plantearle las demandas, nos fuimos a entrenar. Con buen tino, el cuerpo técnico decidió realizar ejercicios recreativos de definición (centro-gol, uno contra uno y dos contra dos, y remates de larga distancia) para bajar la carga y relajar el ambiente.

Ahí, en el medio del trabajo me enteré de las malas nuevas: los muchachos que estaban en las parrillas también estaban invitados al asado. Ingenuamente pregunté el motivo, nunca había compartido una comida con la hinchada y tampoco tenía intenciones de hacerlo. ¡¡Ellos no estaban invitados, ellos lo pagaban!!

Todavía sorprendido por la noticia, salí de la cancha auxiliar hacia el vestuario. A mitad de camino se encontraban las parrillas, que para ese entonces ya se habían convertido en el punto de encuentro de más de una decena de muchachos. Algunos charlaban cerca del fuego, a otros se los veía preparando las ensaladas y un pequeño grupete, separado del resto, se divertía tirando petardos.

Después de bañarme entré al salón y me senté en una mesa cerca de la televisión esperando a que llegaran mis compañeros. Se estaba jugando la Copa Davis frente a Francia, Mónaco ya había perdido con Llodra y recién empezaba el partido de Nalbandian. Estaba mal predispuesto pero me quedé, supuestamente era algo habitual para los que llevaban unos años jugando en el club. Este tipo de reuniones nunca fueron de mi agrado pero ya era tarde para buscar una excusa y rajarme y tampoco correspondía si el resto se quedaba. Al terminar

la comida, me di cuenta que debería haberlo hecho igual.

Arrancamos tarde porque el cuerpo técnico se había demorado en su camerino. Sentados en una mesa larga nos ubicábamos todos los jugadores, en otra de igual disposición y tamaño, se sentaron los hinchas, el cuerpo técnico y los allegados (cuerpo médico y utilería). Algo me incomodaba. Llamativamente no había ningún dirigente presente cuando en teoría había sido ellos los que habían propuesto la comida.

Promediando la comida, un señor vestido con un buzo celeste y una remera azul larga que caía por fuera de un pantalón negro con el escudo de Ferro, se paró delante de nosotros. Él daba por sentado que todos lo conocíamos y no se presentó, yo que no tenía ni idea de quién era tarde unos segundo en identificarlo como el jefe de la hinchada como hablaba.

“Yo estoy acá porque este club esta lleno de mierda, si estuviera bien yo estaría tirado en Marbella” fueron las palabras que eligió para comenzar su alocución de quince minutos. Mientras nos miraba atentamente continuó con un discurso duro pero realista, donde intentaba dejar claro su importancia: “Yo soy el único que hice algo por este club, la gente de la platea lo que hizo fue fundirlo”. El monólogo no perdía intensidad. Nos contó que no estaba solo, que tenía un grupo de diez hombres que eran “a prueba de balas”, que se guiaban por el lema: “Mi pecho es tu chaleco” y que a él lo respetaban porque él era respetuoso.

Para el final de la diatriba dejó el tema económico. “Nosotros a los jugadores no les pedimos plata porque sabemos donde están jugando pero por eso espero que ustedes también lo entiendan. Estamos en un club hecho mierda”. Para cerrar la charla con una sonrisa nos animó con un chistecito: “Sean bienvenido al tren fantasma”.

Un crack el hombre. Dueño de una locución impecable, sin falla gramaticales y ni problemas de dicción, nos tuvo quince minutos

EL ULTIMO PASE

con los cinco sentidos alertas a sus palabras. Ya estaba pensando en pararme e irme cuando uno de sus laderos tomó la palabra. Estaba un poco averiado y no coordinaba bien lo que decía pero se desesperaba por hablar. Con muchas dificultades pude entenderle que dijo algo así: “Él que les habló es el dueño de todo esto. Sino esta él, son las balas. Así que más vale que el sábado ganen”. El hombre estaba tan mal que le tuvieron que aclarar que jugábamos el domingo, y ahí, intento rectificarse pero ya no daba para más nada. Apenas se hizo un silencio me paré, saludé y me volví caminando a casa con un nudo en el estómago.

En el camino pensaba: “Una comida así, indigesta a cualquier cristiano”

El adiós a Facundo

“Cuando un amigo se va queda un terreno baldío, que quiere el tiempo llenar con las piedras del hastío.”

Canción de Alberto Cortéz

Nos dimos un abrazo para despedirnos, parados en la puerta de la cancha auxiliar. Era sábado y faltaba poco para el mediodía, un jornada atípica en una semana con muchas sorpresas. Al día siguiente jugábamos en Tucumán frente a San Martín pero Facundo ya había decidido no viajar; ni siquiera quiso cambiarse para entrenar, su retiro se había consumado.

Antes lo había estado mirando desde lejos, veía como charlaba con un grupo de dirigentes del club explicándoles su apresurada dimisión. Llevaba puesto un jean y un pulóver violeta, y en la mano derecha sujetaba una camiseta verde de Ferro con el número 9. Sus ojos, enrojecidos por el llanto, denotaban la emoción. Su determinación nos había sorprendido; no por ilógica, ya tenía 36 años, sino por lo súbita.

A decir verdad, a mí no me había sorprendido tanto. Hacía tiempo

EL ULTIMO PASE

que lo notaba dolorido por la pubialgia y disconforme por algunas cosas que ocurrían en el club. La noche anterior habíamos charlado por teléfono y me lo había anticipado. No me dijo nada sobre el asado indigesto pero podría apostar que fue la gota que derramó el vaso. Ya estaba cansado, vivía constantemente en la camilla de los masajes y en su cabeza se cruzaba todos los días la idea de dirigir, pero si no hubiera existido esa incómoda comida creo poder asegurar que su decisión se habría demorado. Ahora quería prepararse, viajar a Europa, ver los entrenamientos de los mejores equipos del mundo y charlar con sus directores técnicos. Ya sentía la necesidad de decirle adiós al jugador para poder sentirse entrenador.

Nos conocimos, a comienzos del 2009, en la fundación “El Futbolista”; una entidad creada por el gremio de jugadores para fomentar el desarrollo educativo de sus afiliados. Pero, en realidad, ya nos habíamos cruzado muchas veces antes. La primera vez fue el 24 de octubre de 1998, el día de mi debut en primera división. Facundo era uno de los delanteros de Gimnasia y Esgrima de la Plata y casualmente Eduardo Solari, el entrenador de Vélez, me lo asignó como responsabilidad de marca en las jugadas de pelota parada. Pese a la derrota (1 a 0 con gol de Jorge San Esteban de penal) fue uno de los días más felices de mi vida: había logrado el objetivo que perseguía desde niño.

Nos enfrentamos unas cuantas veces más, en algunas me ganó y en otras mi equipo salió victorioso pero siempre disfruté del desafío. Incluso aún en aquellas oportunidades en las que me convirtió un gol: uno con Gimnasia, en La Plata cuando todavía estaba en Vélez, y el otro en Jujuy, él jugaba en Racing y yo en el Lobo. En mi memoria, aún guardo los recuerdos de la ansiedad que sentía cuando debía enfrentarlo. Siempre lo consideré un jugador muy inteligente, de esos que nunca te dan un respiro porque constantemente están atentos a la jugada. Jamás imagine que compartiríamos un plantel pero el fútbol

es tan azaroso que un día terminó juntándonos.

A fines de agosto del 2009, abrió la puerta del vestuario de Quilmes y vino a sentarse a mi lado, no porque lo buscara especialmente sino porque era uno de los pocos lugares libres disponibles. Nos sentamos uno al lado del otro durante todo el campeonato y nos fuimos conociendo. Con el tiempo, también, empezamos a compartir la habitación en la concentración del estadio Centenario, la amistad se fue fortaleciendo. El año terminó de forma maravillosa, logramos devolver al cervecero a la máxima categoría. Detrás del éxito llegó el éxodo, el desmembramiento del grupo fue un golpe difícil de asimilar. Ahí pensé que nuestros caminos se bifurcarían pero apareció Ferro, con Bianco en la dirección técnica, para volver a juntarnos.

Ahora ya sabíamos que coincidíamos en muchos puntos: valorábamos el estudio como un factor fundamental del desarrollo personal y teníamos la certeza de que el perfeccionamiento diario y la búsqueda constante del arco contrario eran los objetivos prioritarios de un equipo de fútbol.

Por su cabeza ya había pasado la posibilidad del retiro. Me acuerdo de una vez en Quilmes, a comienzo del campeonato, que un resultado negativo y su disconformidad con el tipo de juego exhibido lo hizo dudar de seguir batallando. Ahora, para colmo, acarrea una pubialgia que lo tenía a maltraer y no lo dejaba disfrutar del día a día. Su decisión de venir a Ferro había sido tomada más con el corazón que con la cabeza, buscó ser retributivo con la institución que le dio la posibilidad de formarse y de debutar en primera.

En aquel momento, el club vivía el fin de fiesta de la época dorada, la década del 90. Hoy, la historia era muy distinta. Sufriendo una realidad socioeconómica complicada, que horadaba los cimientos, Ferro buscaba tapar los agujeros a medida que iban surgiendo. El clima dentro del plantel tampoco era bueno: los atrasos económicos generaron mucho malestar y no se vislumbraba que existiera una

salida clara al conflicto. No había dinero, lo poco que aportaba la televisación del fútbol se destinaba a cubrir a todas las disciplinas por igual.

Al llegar al estadio, aquella mañana, había visto que su camioneta ya estaba estacionada en los primeros lugares. Había llegado temprano. Cuando entré al vestuario lo busqué pero no estaba cambiándose en su lugar. Me dijeron que estaba dentro del camarín charlando con Bianco, lo estaba notificando de su decisión de retirarse del fútbol profesional. Estuvo un rato largo encerrado y cuando salió todos nos juntamos a su alrededor para escuchar sus palabras: “Hoy dejo de jugar. Me duele el cuerpo y no puedo rendir como quisiera, de esta forma no le soy útil al equipo. Les quiero dar las gracias por lo bien que me trataron”.

Una forma sencilla de decirle adiós y gracias, al plantel. Con la prensa fue más detallista: “Mi cuerpo no ejecuta lo que mi cabeza ordena, eso me marca que es momento de dejar de jugar” argumentó frente a los micrófonos. Los que lo conocíamos bien, sabíamos que existían un par de cosas más que lo incomodaban.

Decirle adiós al yo-jugador es un proceso único e irrepetible. A cada uno de nosotros se nos cruzan sentimientos propios e intransferibles. Un individuo joven, sano y en la plenitud de su vida, decide abandonar aquello que lo hizo feliz desde la infancia. Los motivos pueden ser varios, la forma del adiós es personal y fortuita. Algunos pueden elegir el cómo y el cuándo; otros no, apenas son víctimas de las circunstancias. Él ya lo venía meditando, hasta que un día dijo basta. Largó el fútbol como lo vivió, de forma decidida y apasionada. No dudó. Se fue como las leyendas: de improviso. “Se acabó”, dijo, “hasta acá llegamos”.

El tenis-fútbol intentó, sin éxito, relajar el ambiente. El atraso salarial, más el asado indigesto y el condimento del retiro de un compañero conformaron un coctel de puro abatimiento. Por fortuna el

JUAN MANUEL HERBELLA

entrenamiento fue corto, lo que aceleró la deglución del mal trago. Me bañé lo más rápido que pude, quería llegar a casa para aprovechar el poco tiempo que me quedaba antes del viaje.

Al salir por la puerta del Etchart lo vi, ahí parado. Intentaba mantenerse firme pese al mar de sensaciones que le corría por dentro. Al mirarlo recordé que habíamos compartido momentos importantes: él había estado en el día de mi debut y yo estuve en su último partido. Pero, sin lugar a dudas, lo mejor fue tenerlo de compañero. Me acerque para abrazarlo y me sentí un afortunado: había tenido la chance de compartir un plantel con Facundo Sava.

En el fútbol, como en la vida, es bueno estar bien acompañado. ¡Gracias Colo!

Matías, el manija

“Las cosas que tienen valor no tienen precio, y las cosas que tienen precio no tienen valor”.

Juanma Lillo. Entrenador español.

Lo vi entrar al campo asomando su cabeza a través del agujero de la manga inflable. Saltó como un boxeador al realizar su primer paso sobre el ring, empujado por su pierna izquierda y con la derecha flexionada, bien propulsada hacia adelante. Vi su cara con el ceño fruncido por la tensión. El rostro adusto y los ojos rojizos e hinchados mostraban su estado de ánimo en los minutos previos al juego. Estaba ansioso, debutaba de titular en su nuevo equipo. Luego de persignarse, hizo un pique corto y empezó una carrera zigzagueante. Se notaba que quería que el partido comenzara cuanto antes, el entusiasmo lo desbordaba. Se detuvo para saludarme, fue apenas un instante. Nos dimos un abrazo y arrancó, de nuevo, a picar como un enloquecido para todas partes.

Nos habíamos conocido a mediados del 2005 en Argentinos Juniors y nos hicimos amigos, compartíamos el gusto por la lectura y por el

fútbol. Matías era una joven promesa del club que había debutado el campeonato anterior y que, pese a los pocos partidos que llevaba jugados, se había convertido en una pieza ofensiva importante por sus goles trascendentales. Jugaba como esos antiguos número diez, de trote tranquilo y gran panorama, que manejaban al equipo con su variedad de pases cortos y largos. Para ese entonces, yo ya estaba catalogado en el grupo de los jugadores trotamundos, volvía a la Argentina luego de una travesía por Brasil y Ecuador.

De arranque pegamos onda, él estaba estudiando periodismo deportivo y tenía inquietudes que excedían al simple hecho de patear una pelota. Esto lo convertía en un interlocutor ameno para las largas jornadas de concentración que tuvimos durante el año. El año, en lo deportivo fue bueno, logramos salvar al Bicho del descenso pese a que cargábamos una pesada mochila de la temporada anterior. Llegando al final del torneo, sufrió una grave lesión (ruptura del ligamento cruzado anterior) que cortó su proyección y lo sumió en un bajón anímico del que le costó salir. Matías tenía unas condiciones bárbaras pero le costaba tenerse confianza, vivía dándose manija con cualquier problema menor que lo perturbara: que el técnico no lo quería o que no le gustaba su forma de jugar o que tenía muchos en su posición. Siempre algo lo inquietaba.

Al terminarse mi contrato me fui a Godoy Cruz de Mendoza, seguía con el objetivo claro de viajar y conocer nuevos lugares. Matías se quedó en el club recuperándose pero no tuvo muchas posibilidades. El tiempo y la falta de oportunidades en cancha lo obligaron a irse, a buscar otros lugares a donde jugar. Estuvo en Tigre, cuando recién ascendió a primera, y después se fue a probar suerte en Estados Unidos. Siempre a préstamo y teniendo que volver al club cada vez que se le vencía el contrato. Y así se abrió la posibilidad de volver a encontrarnos.

En uno de esos casos de eternos pasamanos, llegó a Quilmes. Yo

estaba en el club y el entrenador buscaba un enganche para completar el plantel. Me pidieron referencias y, dije la pura verdad: “Si está bien anímicamente es un excelente jugador”, lo contrataron. Lamentablemente se quedó solo 6 meses -se fue a Venezuela, al Monagas de Maturín- y se perdió de festejar el ascenso con el cervecero, a pesar de que formó parte durante la primera parte.

Cuando volvió del Caribe, con un bronceado envidiable, pasó a saludarme por casa. Estaba contento, quería contarme que ya se había desvinculado de Argentinos Juniors, se sentía liberado. Además ya tenía donde continuar jugando: en el santo tucumano. A los pocos días se fue para San Miguel y partir de ahí, seguimos hablándonos a la distancia.

“¿Que pasa? Me tenés miedito” le escribí en el chat durante la semana porque no me respondía los mensajes. El domingo íbamos a enfrentarnos y tenía ganas de chicanearlo un rato. En realidad, él no sabía si iba a jugar, todavía no había arrancado ningún partido como titular como para estar preocupado por mis “supuestas” patadas. Nada hacía presagiar que terminaría debutando como titular justo el día que nos enfrentábamos. La lesión de Juan Casado, le abrió la puerta para jugar, sobre el final de la semana. Ahora si nos veríamos realmente las caras, nunca nos habíamos enfrentado.

Era una tarde muy calurosa, a la típica humedad de esta ciudad se le agregaba un sol radiante que elevaba aún más la sensación térmica. En la tribuna estaba Sol, la novia de Matías, junto con sus padres y su hermana que viajaron desde Buenos Aires casualmente para esa fecha y terminaron viéndolo jugar desde el arranque

Tuvo la chance de ser el protagonista de la jornada, justo el mismo día que su familia estaba en la platea mirándolo. En el primer tiempo, Herrera le puso un pase entre líneas y lo dejó solo frente a Champagne. Quiso definir a media altura, al segundo palo, pero Nereo le tapó el remate. Hubiera sido el 2 a 0 de su equipo, la consumación

JUAN MANUEL HERBELLA

de la victoria del santo. Lamentablemente para Matías Córdoba y su familia, se quedó sin la gloria del gol y sin la alegría del triunfo. En el segundo tiempo, nos repusimos y logramos empatarlo, a él ya lo habían reemplazado unos minutos antes del gol. Así terminó el encuentro, con diez jugadores por lado; ellos con Pereira expulsado y nosotros con Aban desgarrado.

Después de bañarnos nos juntamos a charlar en la boca del túnel local. Los dos vestidos con la ropa de concentración recordamos historias vividas en el pasado, como aquellos veinte días que nos pasamos encerrados esperando para jugar la promoción para no descender en Argentinos Juniors. Una situación que no le deseo a nadie donde el estómago se achica al punto de sacarte el hambre y la cabeza no para de dar vueltas en forma redundante sobre un único tema: escaparle al descenso. Esos y otros momentos intensos (el campeonato del ascenso con Quilmes), sumados a la buena química que tuvimos, forjaron una relación de amistad.

Nos despedimos con un abrazo y cumplimos el ritual de los amigos-rivales: el cambio de camisetas. Matías se llevó la 6 de Ferro y yo me quedé con su camiseta roja y blanca del santo. Pero no era cualquiera, era la número 10, la de la manija del equipo.

Una visita al gremio

*“El trabajador aislado es el instrumento de fines ajenos;
el trabajador asociado, es dueño y señor de su destino.”*

José Enrique Rodó. Escritor dramaturgo y ensayista uruguayo.

Eran las cinco de la tarde de un día de furia. Con la cabeza *hecha pelota* abrí la puerta de casa, en uno de esos pocos días donde el fútbol no es placentero. Debo reconocer que me ocurre muy esporádicamente, está era una de esas veces. Había sido una mañana larga y tediosa, de mucha charla y de poco juego. El diálogo es bueno como forma de resolver conflictos pero hay un punto donde ya no surte efecto. Cansado y sin energías, me tiré en la cama. Pese a que no condicionaba mi vida, la situación me afectaba directamente. Como era uno de los jugadores de mayor recorrido en el plantel, no podía evadirme del problema.

El entrenamiento, que originariamente iba a ser por la tarde, se pasó para la mañana. A las nueve en punto comenzamos la práctica de fútbol que fue un reflejo exacto del estado de ánimo del plantel: palo y palo. Sabíamos que, por delante, tendríamos un día complica-

do. Hubo mucha dinámica, mucho vértigo y muchas situaciones de gol, todas consecuencias lógicas del clima de efervescencia que se respiraba en la cancha.

Al terminar de entrenar, nos estaban esperando los integrantes de la subcomisión de fútbol. Querían explicarnos –nuevamente– la complicada situación que estaba atravesando el club. Buscaban disculparse por los inconvenientes, por las abultadas deudas y buscaban explicarnos que su accionar estaba supeditado a las decisiones del Órgano Fiduciario (O.F.), el supuesto responsable de todos los males. Al reconocernos que la única solución vendría a través del O.F. y que ellos no tenían potestad alguna para solucionar las necesidades económicas del equipo, le quitaron todo sentido a la charla. ¿Para que demorarlos?, el camino ya estaba pautado de antemano: desde Ferro directo a la sede de Futbolistas Argentinos Agremiados.

El coqueto edificio de la calle Salta al 1100 es el lugar donde se reúnen los jugadores, nuestra tercera casa (la segunda es el club). Posee un salón-auditorio en la planta baja destinado especialmente para este tipo de reuniones. Refaccionado recientemente cuenta con una treintena de silla metálicas recubiertas con tapizado blanco. Las paredes están adornadas con fotos, de un lado están los clásicos más populares del fútbol argentino y del otro los distintos presidentes que tuvo la agremiación inmortalizados como jugadores. Viendo las fotos de los clásicos me di cuenta que había disputado varios de ellos y una, específicamente, era de un partido que había disputado, estaban el “Huevo” Toresani y Fernando Ortiz corriendo atrás de una pelota en el último Unión-Colón en la cancha del Tatengue.

Al entrar al salón nos dimos cuenta que nos estaban esperando. Los abogados no habían llegado pero los sandwiches de miga, las empanadas y las gaseosas descansaban sobre la mesa. Aceptamos la comida de tan buen gusto que se acabaron enseguida. Un rato después entró el Dr. Suñe (abogado de FAA) junto con Chechia, Aragón

y Segel (representantes gremiales), parecía que todo estaba cronometrado.

Estábamos todos en la sala, los jugadores que nos habíamos incorporado a comienzo del campeonato, los que ya estaban en el club y también algunos chicos que ni siquiera tenía contrato pero les serviría como aprendizaje. En un rincón de la sala se sentaron Sánchez y Lema. Uno acababa de firmar su primer contrato, él otro ni siquiera cobraba un viático pero ambos parecían encantados por como miraban, no se querían perder nada. Con los ojos bien abiertos y las orejas muy paradas prestaban atención a todo lo que pasaba, en cierto punto hasta parecían disfrutarlo. Se sentían partícipes de algo importante y seguramente, en el futuro, esta experiencia les sirviera para saber como manejarse

El tema de la reunión era claro. ¿Cuáles eran los caminos para hacer aparecer la plata? El fútbol es un ambiente heterogéneo y mezcla distintas realidades frente a una misma circunstancia. Un escenario de atraso salarial afecta en forma diferente a los jugadores. No sufre lo mismo un profesional de prolífica carrera que un chico de primer contrato y no tienen las mismas necesidades un jugador que viene de otra ciudad y debe equipar una casa a uno que ya está afincado. Afortunadamente habíamos logrado formar un grupo sólido y decidimos, todos juntos, buscarle una solución al inconveniente y el mejor lugar para encontrarla era en F.A.A. De esta forma conoceríamos los pros y los contras de las distintas medidas y elegiríamos la que a la mayoría le pareciera la más adecuada.

Luego de escuchar los pormenores sometimos la decisión a votación. Ganó la opción de no entrenar hasta que no apareciera el mes de julio (esto de cobrar de a pequeños porcentajes es algo bizarro y yo no lo había experimentado en ningún lado). A partir de ahí, el gremio se comprometía a hacer las gestiones para conseguir el salario de agosto en el corto plazo.

JUAN MANUEL HERBELLA

Terminadas las cuatro horas de reunión, nos fuimos despacito, uno atrás del otro, rumbo a nuestras casas. Sin fecha de entrenamiento, sin fecha de pago y sin la certeza de presentarnos a jugar el sábado. Para colmo y también sin que lo sospecháramos, en ese mismo momento, en el juzgado, las dos representantes del Órgano Fiduciario estaban presentando su renuncia.

La peste y el trapo

“El dinero lo pone todo patas para arriba”

Bertrand Russell. Filósofo y matemático británico.

La plata no es nada, solo importa Ferro” decía la bandera que colgaba sobre la estructura de los viejos tablones de la platea descubierta. Estaba ubicada en un lugar estratégico, justo enfrente de las cámaras de televisión y a la vista de todo el estadio. Yo la vi apenas salí al campo de juego a reconocer el terreno pero ya estaba notificado de su presencia.

El *trapo* apareció como una reacción, de algunos hinchas, frente a la situación vivida en el club durante la semana. El retraso en el pago de los haberes, la decisión del plantel profesional de no entrenarse hasta que no apareciera el dinero, la posterior renuncia del Órgano Fiduciario y la sensación de desgobierno que rondaba los pasillos de la institución. Desde el primer día que llegue a Ferro sentí esa sensación tan característica del vacío de poder. No era que la institución estuviera acéfala, había personas que tenían un cargo

pero no tenían autoridad y otras que tenían algo de poder sin tener cargo. Esa sensación, en estos momentos, se sentía más fuerte que nunca.

Este no era un partido más, sumado a los inconvenientes de la semana, enfrentábamos al supuesto candidato al título: Rosario Central. En condición de local y, para la televisión. La visita también venía acarreado inconvenientes: su entrenador, Reinaldo Merlo era cuestionado por los pobres resultados obtenidos y por el supuesto mal desempeño de sus dirigidos. A comienzo del campeonato, los simpatizantes canallas pensaban que volver a primera sería un trámite, ahora ya se estaban dando cuenta que solo con la camiseta no alcanzaba.

Este era el famoso partido bisagra. O ganábamos y salíamos aplaudidos por habernos sobrepuesto a las adversidades o perdíamos y nos iba a insultar, a coro, todo el estadio. Acá no había término medio, ni siquiera el empate era un resultado aceptable.

Así es la realidad del fútbol argentino, lo único importante es el resultado. El problema está en que, muchas veces, el hincha no entiende que lo que ve adentro de la cancha es una consecuencia directa de las decisiones que se toman afuera. La actualidad de Ferro demostraba, a las claras, que no habían sido buenas.

En mi caso, a estos inconvenientes le sumaba un fuerte estado gripal. Mi estado de salud no era ideal, mejor dicho: era bastante malo. La noche anterior llegué a tener picos de 38,5° de temperatura; y antes del partido se le agregó un lacerante dolor de cabeza y escalofríos constantes. No era el único, Roberto Salvatierra también había estado con los mismos síntomas y decidieron que no juegue. Yo al principio pensé en hacer lo mismo pero, con el momento que estábamos viviendo, me parecía agregarle una complicación más al entrenador. Él supo que yo no estaba bien pero igual me puso a jugar.

EL ÚLTIMO PASE

Con la peste encima, la tos constante y los alfileres pinchándome la cabeza, salí a jugar el partido en el que peor me sentí en los últimos años. No estaba bien, pero a medida que transcurría el partido me acostumbraba al dolor y al tomar temperatura fue disminuyendo la tos. La adrenalina generada por mi propio cuerpo era una droga maravillosa, diluía las distracciones y me focalizaba en el juego.

El primer tiempo fue muy trabado y terminó con una sola situación de gol por lado, el resto habían sido todos pelotazos. Cada vez que la pelota me venía a la altura de la cabeza era un nuevo desafío. Rechazarla era garantizarme un par de minutos de dolor extra.

Para el complemento salimos más decididos en ataque y terminamos logrando el gol. El gordo Altamirano recibió un centro pasado desde la derecha, se llevó la pelota con la panza –después lo cargaron diciéndole que le sirvió para algo- y definió cruzado, de zurda, al segundo palo. Una jugada bien resuelta con poco tiempo y casi sin ningún espacio. El resto del tiempo ellos no pudieron y nosotros solo cuidamos la ventaja. En esas condiciones se fueron los minutos que quedaban y logramos una victoria importante que levantaba el ánimo y nos daba más fuerza y autoridad para reclamar lo adeudado.

La contra de la adrenalina endógena fue que, terminado el esfuerzo, me dejó destrozado; no tuve energía ni para festejar la victoria. Apenas sonó el silbato, me abrigué con un buzo que me prestaron y me fui directo para el vestuario. Parado bajo la ducha, disfrutando del agua caliente, me quedé lamentándome. ¿Por qué se preguntaran? Porque no logré el objetivo de hacerme amonestar, pese a habérselo pedido al árbitro. Tenía cuatro tarjetas amarillas, si recibía la quinta quedaba automáticamente suspendido por una fecha. De esta forma, no viajaría a Rafaela y podría recuperarme tranquilo en la semana.

Abatido por la peste, lamentándome no haber sido amonestado y

JUAN MANUEL HERBELLA

descontento por el trapo que colocaron algunos hinchas, me subí al auto de mi viejo que me llevó hasta casa. Sentado al volante, escuchó pacientemente mis reclamos durante todo el viaje. Solo dijo unas cuantas palabras, que lo resumieron todo, justo antes de que me bajara: “No quiero imaginarme como hubieras estado si no ganaban”.

El ímprobo

*Nada se parece más a un hombre honesto
que un pícaro que conoce su oficio.*

George Sand. Escritora francesa.

Sixto estaba nervioso, había entregado su alma y no tenía vuelta atrás.

Por su apellido podría perfectamente tener algún ancestro entre los creadores de la Orden de los perfectibilistas, llamada también *logia Illustrati*. Una sociedad secreta única y ubicua, omnipotente y omnividente que supuestamente controlaba el destino de nuestra civilización. A través del ojo que todo lo ve podía: conspirar, infiltrar y adueñarse de los resortes del poder y manejarlos a su antojo. Los Iluminati de Bavaria, fundados por Adam Weishaupt en 1776, tenían como objetivo crear una tiranía de las masas y llevar al mundo a una nueva era de oscuridad.

Sixto estuvo lejos de recibir la omnividencia de la logia pese a descender de ese linaje familiar. Sus sueños eran más mundanos, fantaseaba con ser futbolista. No tenía una gran altura y su dominio

del balón era limitado pero le ponía voluntad. Soñaba con ser reconocido, con que la hinchada coreara su nombre y, tal vez en alguna oportunidad, tener el honor de salir en andas de una cancha. Pero no tardó mucho en darse cuenta que su futuro como jugador era miserable. Si quería experimentar las sensaciones de una cancha y sentir el grito de la hinchada, la quedaba una única opción: ser árbitro.

Un día, compungido por su frustrado presente como futbolista, fue al SADRA y llenó la ficha de inscripción. A partir de allí, empezó a recorrer el mundo con los hombres de negro. Luego de un tiempo de estudio dentro de la escuela, debió decir cual camino seguir. No están claros los motivos que lo llevaron a escoger la senda de los *linemans*, se sospecha que fue porque consideró que no le daba el *piné* para ser juez principal. Seguramente como juez de línea podría vivir sensaciones parecidas sin tener que acarrear el peso de la responsabilidad. Eso sí, debería lidiar con los insultos, escupitajos y proyectiles de los inadaptados que se aprovecharían de su cercanía en algunos estadios.

Día a día, partido tras partido, iba sintiéndose más seguro en la función y empezaba a considerar que dominaba el oficio. No cualquiera estaba capacitado para tomar decisiones sintiendo al “enemigo” a un metro de distancia y no sucumbir a la presión. Se consideraba un soldado centinela, en la frontera de las dos Coreas, vigilante, desafiante, preparado para entrar en acción en el momento indicado. Su rifle era la bandera con la cual apuntaba al centro del campo ante cualquier acción o infracción que lo ameritara, sea cometida por el equipo local o por el visitante.

Esta vez le tocó en una fría noche de primavera en el estadio monumental de Rafaela. La cancha estaba rápida porque había llovido todo el día, la sensación térmica cerca de los 0° atentaba contra la afluencia de público. Pese a las inclemencias del clima, juntó coraje e ingresó al campo con su remera negra de manga corta. En la mano

EL ULTIMO PASE

derecha sujetaba orgulloso el banderín solferino como estandarte. Su cuerpo, rígido, demostraba la tensión generada por ese fugaz encuentro, horas antes del juego.

En estos pagos ronda Bernabá, un ángel oscuro que sobrevuela los lugares donde descansan los hombres de negro. Poseedor de una fortuna hecha por fuera del fútbol, ingresó a este ambiente como un pasatiempo no rentado y rápidamente se convirtió en un hábil gestor de banderas levantadas a control remoto. Su labor, poco reconocida por quienes no transitan estas tierras, es muy valorada en los despachos de la sede y del estadio. Conocedor del paño y de los bueyes con los que ara, busca a sus adláteres en la periferia del campo, donde se encuentran los sectores más necesitados y menos reconocidos de la sociedad de los hombres de negro. Allí donde la responsabilidad es menor pero se mantiene presente la capacidad de daño, Bernabá detecta los deseos inconfesos y los cumple, encuentra las fragilidades humanas y las explota.

Sixto estaba condicionado, debía practicar su felonía sin llamar la atención. Estos momentos de poder lo hacían olvidar que, en realidad, seguía ocupando ese triste papel secundario; al alcanzar el objetivo propuesto se sentía como uno de los actores principales de la obra. Tener el poder de otorgar o quitar goles de acuerdo al color de la camiseta, era un elixir adictivo al cual ya no podía resistirse.

Dando pequeños saltos para no enfriarse se ubicó en el lateral asignado, el lindante a los bancos de suplentes, justo debajo de la platea techada. Ocuparía el rol de primer asistente, controlaría los cambios de jugadores, asistiría al árbitro principal en el desarrollo del juego y lo reemplazaría en el caso de que no pudiera continuar arbitrando.

Desde el comienzo del partido Sixto mostró sus intenciones: toda infracción, saque lateral o pelota en disputa, era marcada a favor del equipo local. No sorprendían sus decisiones. En esta cancha, se vería claramente en el transcurso del campeonato, los visitantes saldrían

perjudicados por el accionar de los hombres de negro.

Iban 43 minutos del primer tiempo, el partido estaba 0 a 0. A Sixto que había favorecido en todo lo que había podido, le llegó el momento para hacer la diferencia. Tiro libre en tres cuartos de cancha, los jugadores del local invadieron el área en forma ilegal y quedaron en posición adelantada. Uno de ellos cabeceó solo y venció al arquero. El árbitro principal, miró hacia su derecha para deslindar su responsabilidad. Vió que había cinco jugadores adelantados pero, como Poncio Pilato, se lavó las manos dejando la decisión a criterio de su asistente. Sixto comenzó una loca carrera hacia la mitad de la cancha para convalidar el gol.

El objetivo estaba cumplido. Después, en el segundo tiempo, llegaron dos goles más para decorar el resultado. Lo más importante de su obra fue que apareció en el momento que más lo necesitaron.

En el recuerdo quedará que Sixto quiso ser futbolista pero viéndose perdido intentó hacer carrera como árbitro, la realidad fue que sólo le alcanzó para quedar en la historia como el muchachito de los mandados. En la logia de los perfectibilistas, pese a venir de un linaje familiar afín, hacía tiempo que tenía las puertas cerradas.

P.D: Querido lector, este es un relato verosímil y si usted ha sido capaz de decodificarlo, considérese un iniciado.

La charla

“Jugar al fútbol es como tratar de taparse con una manta corta: si uno se cubre la cabeza es inevitable que se descubran los pies; y si se tapan los pies, queda afuera la cabeza”.

Tim. Entrenador brasileño.

Cuando salí de casa, la calle estaba vacía. Era lunes, feriado. Recorrí las diez cuadras que la separan del club, casi sin cruzarme con nadie. Bueno, en realidad me topé con un par de peatones que sacaban a pasear sus mascotas. Nunca me afectó ir a entrenar en un día festivo, hasta podría decir que desde que empecé a jugar en primera perdí la noción de lo que es un feriado, este empleo nunca los ha respetado. Lo habitual siempre fue trabajar cuando la gente descansaba y descansar cuando los demás trabajaban. Una verdad impiadosa del fútbol.

Ni bien nos citaron para entrenar el lunes, sospeché que ocurriría algo extraño. No por tener que entrenar un día no laborable sino por el contexto y el momento en el que se daba. El sábado habíamos jugado un mal partido contra la CAI en Caballito, habíamos cometido muchos errores y apenas pudimos empatarlo (2 a 2) cuando

deberíamos haberlo ganado. Como el próximo partido sería recién el siguiente domingo, en Paraná frente a Patronato, no hubiera sido extraño que, tras un buen desempeño, nos dieran los dos días libres. Pero como no hubo ni buen desempeño ni buen resultado, no fue difícil inferir que el entrenamiento era un castigo por el empate.

Llegué al vestuario, como era costumbre, cuando ya estaban casi todos mis compañeros. No es que vaya tarde sino que algunos tienen el hábito de desayunar en el club y llegan una hora antes de comenzar el entrenamiento. Se quedan dando vueltas por el vestuario, charlando y tomando mate. Yo prefiero desayunar en casa, leyendo los diarios. El Mono Bernacchia siempre me decía que no iba a extrañar el vestuario cuando me retirara, porque no lo disfrutaba. Para mí con estar media hora antes de iniciar la práctica y tener unos minutos disponibles para hacer un par de ejercicios de fortalecimiento en el gimnasio, alcanzaba y sobraba.

En vez de ir a la cancha, fuimos al gimnasio del primer piso. Allí había un gran salón, habitualmente utilizado para hacer patín infantil, donde el entrenador decidió reunirnos en ronda para analizar el partido. De arranque habló él, pero después cada uno de nosotros fue opinando sobre el rendimiento colectivo y el resultado.

En la ronda estábamos los jugadores, los miembros del cuerpo técnico y un pequeño intruso de cuatro años que se pasó la tarde aburrido, mirando como un grupo de adultos hacía catarsis. No era la primera vez que venía. El padre ya lo había traído en algunas oportunidades y se había divertido mucho pero esta vez fue una decisión desafortunada, el clima no estaba para juegos.

Los errores y las causas de los dos goles de la CAI fueron disecados durante una hora de charla. Las diferentes apreciaciones sobre el juego y la gran cantidad de oportunidades manifiestas de gol desperdiciadas apenas se llevaron un comentario fugaz. Así es la subjetividad del fútbol. A mí me parecía que comparado con el empate

EL ULTIMO PASE

frente a Almirante (0 a 0), habíamos tenido muchas situaciones de gol y debimos convertir más de dos goles. Para el cuerpo técnico este partido había sido peor porque nos habían convertido dos goles y en el otro terminamos con el arco en cero.

El día se nos pasó debatiendo sobre el partido y lo que cada uno pensaba sobre el rendimiento. Al terminar, fuimos a dar unas vueltas a la cancha para regenerar. Tampoco se podía hacer mucho más. Las caras demostraban la bronca por el empate y el fastidio por tener que venir a entrenar en un día feriado. El único alegre era Luca Imboden que corría de un lado para el otro. No era para menos, se había aguantado dos horas de charla.

Victor, el guapo

*“Valiente es aquel que
no toma nota de su miedo”.*

George S. Patton. General estadounidense.

Y un día se cruzaron. El fútbol fue el motivo que justificó su encuentro; si no hubiera sido por él, difícilmente se habrían conocido las caras.

Víctor Boquin había pasado los cuarenta hacía un par de años. Vivía con su familia en Lugano y trabajaba como chofer en la empresa Chevallier. Su trato cordial y su responsabilidad, le habían sido útiles para ganarse el lugar y trasladar a los planteles de fútbol. Era común tenerlo al volante en alguno de los tantos viajes que realizábamos al interior del país para disputar un partido. Este fin de semana le tocaba trasladar al plantel de Ferro a Paraná, una tarea agradable comparada con la habitual: viajan más tranquilos, duermen en un buen hotel (habitualmente a cargo del club), ven fútbol y se limitan a llevar y traer el equipo (al estadio y luego de vuelta a la ciudad de origen). Por norma son dos los choferes, uno maneja y el otro descansa en el

asiento del acompañante. En esta oportunidad, terminado el aburrido empate sin goles frente a Patronato, Javier conducía y Víctor venía relajado en el asiento del acompañante.

Circulábamos por la Avenida Churruarin rumbo al túnel subfluvial, escoltados por cuatro motos y dos camionetas de la policía de Entre Ríos. A lo lejos se veía un grupete de quince amigotes que se departían alegremente sentados en el cordón de la vereda tomando cerveza y fumando. Cristian Horacio Suarez era un cuarentón canoso, hincha de Patronato, que estaba mezclado dentro del grupo. No se consideraba un hincha más porque formaba parte de la barra brava, ese conjunto de individuos que consideran que las leyes, en los alrededores de “su” estadio, no se aplican para ellos. Su pelo entrecano delataba que había abandonado la adolescencia hacía rato pero después nos daríamos cuenta de que todavía no había superado la edad del pavo. Llevaba puesto un modelo antiguo de camiseta, con la propaganda media gastada y la barriga al aire. Se notaba que en algún momento debió quedarle bien, ahora le iba un poco ajustada.

Cuando pasamos a la altura del clan, la escolta policial aminoró la velocidad. Tal vez fue porque estaban justo en la esquina y había una cuneta al frente pero no se entendió la movida. Víctor había quedado en una posición preferencial, veía a su derecha a la congregación de hinchas. A priori parecían indiferentes a nuestra presencia, ninguno atinó a insultar o a realizar algún gesto obsceno, simplemente siguieron con su ritual bebedor pasándose la cerveza de uno a otro hasta que le llegó a Cristian.

Sentado en su butaca Víctor vio como la botella de cerveza salía despedida de la mano de Cristian rumbo a su cabeza. El parabrisas aguantó el impacto, se hundió y astilló en ese sector pero la botella no pudo atravesarlo. Víctor empezó a maquinarse mientras veía como el líquido amarillento se escurría sobre el vidrio. Lleno de furia salió disparado del colectivo para increpar al barra. No le importó

que ellos fueran muchos y él estuviera solo, tampoco le preocupó que al bajarse del ómnibus se detuviera la caravana y que el plantel quedaran expuestos a una agresión más grave. A Víctor no había forma de calmarlo. Los jugadores bajamos del micro y lo acompañamos hasta donde estaba este grupo de hinchas que ni osaron ocultarse. Los policías bajaron de los patrulleros sin poder entender lo que estaba pasando. Cuando les contamos el incidente y Víctor identificó al agresor, se nos quedaron mirando. Ellos se habían dado cuenta de quien era, no querían detenerlo. En vez de eso, un comisario comenzó a increpar a Víctor porque había puesto en peligro a la delegación con su locura y que en su inconsciencia alguno podrían haber salido lastimado.

La actuación de la policía entrerriana rayaba la inoperancia: no habían podido evitar la agresión, querían que siguiéramos camino con el vidrio roto y no tenían ninguna intención de detener al agresor. Era algo inexplicable y a partir de ahí todo se salió de lógica. Parados en el medio de la calle, rodeados de patrulleros, se armaron dos bandos: los policías por un lado y nosotros con Víctor por el otro. No pensábamos retirarnos hasta que detuvieran al agresor y fuéramos a la comisaría a realizar la denuncia.

A todo esto el fulano seguía sentado en la vereda, mirando, como si nada hubiera pasado. Era tal su sensación de impunidad que jamás consideró la posibilidad de echarse a correr. Se quedo ahí, impávido, con otra botella de cerveza en la mano, hasta que le ocurrió aquello que consideró imposible: lo detuvieron.

La caravana de patrulleros y el ómnibus se detuvo en la comisaría cuarta congestionando la zona. En pocos minutos era una maraña de gente agolpándose en la puerta de la seccional. Vehículos que esperaban para pasar, los típicos curiosos que veían movimiento y querían saber que pasaba, los policías que estaban en la calle y, de nuevo, querían nos fuéramos lo antes posible y nosotros abajo del

EL ÚLTIMO PASE

micro viendo como le tomaban la declaración a Víctor. Los oficiales estaban preocupados, temían que nos cruzáramos con los hinchas de Patronato que seguramente se acercarían para reclamar la libertad de su “compañero de armas”. El clima se caldeaba. Llegó un punto en el que la situación se les estaba yendo de las manos. De a uno nos subieron de prepo al colectivo y haciendo sonar las sirenas nos despacharon rápido hasta la boca del túnel subfluvial. Allí esperamos durante una hora a: que nos mandaran una nueva unidad y al guapo de Víctor que se había quedado en la comisaría declarando.

Al enfermo que tiró la botella no volvimos a verlo, seguramente le labraron un acta por daños a la empresa y lo largaron apenas cruzamos el río Paraná. Yo me contenté con redordar su cara al verse increpado y su gesto de incredulidad al sentirse esposado.

Conociendo al Organo

“Los clubes de fútbol tienen una santísima Trinidad: están los jugadores, el cuerpo técnico y los hinchas. Los dirigentes no, ellos están solamente para firmar los cheques”.

Bill Shankly. Entrenador inglés.

Hay una metáfora que compara al fútbol con una mesa y asocia su resultado al estado de las cuatro patas (jugadores, dirigentes, cuerpo técnico e hinchas). Ferro, pese a tener particularidades únicas, no puede escaparle a esa máxima.

Era la primera reunión (también fue la única) en la cual estuvieron presentes todos los engranajes futbolísticos del club. La mesa de Ferro tenía más de cuatro patas y algunas cohabitaban en un mismo sector. Algunas particularidades se vieron desde el principio, otras aparecieron con el correr del año.

La convocatoria, previa al entrenamiento vespertino, era una excusa para presentar a los nuevos integrantes del Órgano Fiduciario. Las anteriores habían renunciado al verse desbordadas por la crisis económica que invadía al club, al fin de cuenta su función era equilibrar las cuentas de una institución quebrada.

Éramos alrededor de un centenar de personas en el hall del estadio. Por un lado estaban algunos de los integrantes de la subcomisión de fútbol profesional (Pandolfi, Ferrero, Aloisio). Al lado de ellos estaba uno de los miembros más identificados de la hinchada (Visconti) y un ex presidente del club devenido en periodista que conocía al dedillo el día a día del club (Evangelista). Enfrente de los tres nuevos integrantes del Órgano Fiduciario estaba el plantel completo. Al decir completo se incluía, además de los futbolistas y el cuerpo técnico, a los miembros del departamento médico y a los dos utileros. Además había un par de personas desconocidas, que no emitieron palabra durante toda la jornada.

Tal cantidad de personas, juntas en una misma reunión no es un hecho habitual. Comúnmente, en el fútbol, se reúnen dos partes: el plantel (jugadores y en algunos casos el cuerpo técnico) y la comisión directiva. Este exceso de interlocutores que existía en Ferro (O.F., S.C.F.P., hinchas con intenciones políticas y periodistas representantes en AFA con libre acceso a las dependencias del club) era un inconveniente a la hora de resolver los problemas. No por la capacidad si no por la cantidad.

Ella rompió el hielo diciendo: “Mi sueño es lograr que Ferro ascienda a la primera división”. Lo mismo podría haber sido dicho un futbolista al sumarse a un nuevo proyecto, el éxito deportivo le podría acarrear un progreso profesional; o un hincha verdolaga, que encontraría en la victoria una alegría indescriptible. Para evitar confusiones, rápidamente aclaró que era hincha de Boca Juniors, que su corazón estaba pintado de azul y amarillo. Ella estaba lejos de vivir pateando una pelota pero su progreso profesional también se vería influenciado por el resultado, igual que un futbolista. Sacar a Ferro de la situación en la que estaba era graduarse con honores.

En esos pequeños minutos, Claudia Golubok demostró credenciales futboleras. Formada en los claustros universitarios de derecho y

ciencias económicas disfrutaba enormemente del ambiente del fútbol y había decidido resignar el resto de su actividad laboral para dedicarse full-time a Ferro. Vestía un elegante trajecito marrón con pollera al tono y en su breve alocución omitió mencionar su participación como dirigente de Boca Juniors. Era un detalle menor pero que al llegar a los oídos del plantel unos días después, llamó la atención.

A su izquierda y exhibiendo un perfil más sencillo se encontraba el Dr. Julio Marsano que estaría a cargo de la función deportiva del Club. Parado frente al grupo, con su saco ocre y el jean suavemente decolorado, demostraba un estilo propio e informal para un hombre de cincuenta años. En su mano derecha aprisionaba un maletín de cuero color caoba y no lo largaría durante toda la charla. Hablaba en forma pausada con dicción clara, como si fuera un maestro de escuela dictando clase. Su imagen irradiaba un aura de tranquilidad envidiable. Describió, en forma superficial, su participación en el intento de recuperación societaria del Club Comunicaciones pero no demostró una gran afición por el fútbol, pese a que estaría a cargo de la función deportiva.

El último en tomar la palabra fue el Dr. Marcos Brusa, abogado, que desempeñaría las tareas jurídicas. Se había pasado la primera mitad de la charla alejado de la ronda, hablando por teléfono celular. Después diría que se comunicó con futbolistas argentinos agremiados para acordar una reunión y analizar el futuro. Tenía camisa blanca, corbata celeste y un traje azul cruzado prolijamente abotonado. Sus palabras fueron escuetas, apenas mencionó su nombre, su futura función en el club y solicitó el apoyo de todos los presentes para poder sacar a Ferro del pozo en el que estaba inmerso desde hacía más de diez años..

Esta reunión había sido una experiencia nueva y poco común en el fútbol: vivir el recambio de una representación judicial en un club,

EL ÚLTIMO PASE

una vuelta de tuerca más en una situación atípica. Aquí, en Ferro, me había dado cuenta de una particularidad: los que se consideraban con poder no tenían cargo ni potestad y las autoridades fiduciarias tenían la responsabilidad de dirigir pero no tenían poder para hacerlo. Las luchas fratricidas y los pases de factura lo deterioraban todo.

Cuando los tres miembros del Órgano terminaron, Bianco habló en representación del plantel y agradeció el apoyo. No recuerdo bien que dijo, debo reconocer que no le presté mucha atención. Ya estaba cuestionándome sobre como haría esta señora para convertir su sueño de ascenso en realidad. En Ferro, la famosa mesa del fútbol era disfuncional y tenía serios problemas de estabilidad pese a que contaba con más patas de las necesarias y habituales.

Se cansó de los amagues

“Me retiré a los cuarenta años porque mis hijas un día me miraron y me dijeron: Papá... pelado y con pantalones cortos, no quedás bien”.

Alfredo Di Stéfano.

Y el día llegó y yo, casualmente, tuve el privilegio de ser testigo de su último partido. En realidad esta vez no jugó, se pasó el partido sentado en el banco pero al fin de cuentas fue la última vez que ingresó a una cancha como futbolista profesional.

A algunos les llega antes, fruto de un cansancio precoz o por falta de motivación para continuar, a otros les llega después. Igual, más tarde o más temprano, nos llega a todos. Retirarse a los 38 años no cabe duda que era sinónimo de haberlo exprimido al máximo, aún para un arquero.

Nos conocimos a mediados del 2003 en Quilmes. Marcelo terminaba uno de sus ciclos en Belgrano de Córdoba y yo finalizaba mi contrato con Colón de Santa Fe; para los dos era la oportunidad de volver a jugar en Buenos Aires, nuestra ciudad. Nos saludamos en el vestuario, nos tocó cambiarnos a unos pocos metros de distancia.

Nos habíamos enfrentado un par de veces y, en una de las oportunidades, pude convertirle un gol: jugando para Chicago, él atajaba en Lanús (empatamos 1 a 1). Igual era fácil reconocerlo por su metro noventa de altura y su cabeza calva por elección.

En poco tiempo se gestó una buena relación, hubo algunos factores que aceleraron el proceso: Entre arquero y marcador central había muchos motivos para dialogar, ambos teníamos la responsabilidad de representar al grupo como capitán y sub-capitán y, además, viajábamos juntos al entrenamiento dado que vivíamos a cinco cuadras de distancia. Ya en aquellos viajes, a finales del 2003, lo escuchaba decir que estaba jugando su último año de fútbol. Eran todos amagues, puro amagues.

Al terminar ese año fantástico (con Quilmes hicimos 60 puntos, la mejor campaña de un equipo recién ascendido en torneos cortos) nos separamos: Marcelo se quedó en el club para jugar la Copa Libertadores; yo me fuí a Brasil, contratado por el Internacional de Porto Alegre.

Luego, en la temporada 2005/06, volvimos a encontrarnos. Esta vez en Argentinos Juniors que llevaba una temporada en primera y acarreaba un bajo promedio en la tabla de los descensos. Nuevamente realizamos una buena campaña pero igual tuvimos que ganarle a Huracán, en la promoción, para mantener la categoría. Al concluir, nos separamos de la misma manera: él continuó en el club y yo seguí con mi vocación nómada.

Pasé por Mendoza (Godoy Cruz), Jujuy (Gimnasia y Esgrima) y Venezuela (Unión Atlético Maracaibo), y fue un llamado para volver a Quilmes lo que hizo que retornara a la Argentina y me reencontrara con Marcelo a comienzos del 2009. Él cuidaba el arco del equipo y juntos tuvimos otro ciclo exitoso. Con el cervecero ascendimos a Primera División al año siguiente, haciendole honor al viejo refrán de no hay dos sin tres.

Como era costumbre, concluido el campeonato, otra vez nos separamos. Marcelo arregló en Deportivo Merlo, para jugar el supuesto último año que venía anunciando para los íntimos desde hacía años. Ya llevaba siete años de amagues y en algún momento, llegué a pensar que yo dejaría antes.

Su actitud frente al retiro no era casual, Marcelo había crecido como arquero a la sombra del longevo Pedro Catalano que jugó hasta pasado los 40 y aún posee el record de partidos jugados en forma consecutiva. El arquero llegó a un total de 333 partidos seguidos defendiendo el arco de Deportivo Español.

Habíamos hablado por teléfono la noche anterior y me había anticipado su decisión: este sería su último partido como futbolista profesional. Había decidido aceptar la propuesta de volver a Quilmes, esta vez como entrenador de arqueros del nuevo cuerpo técnico de Leonardo Madelón.

Llegamos al estadio José Manuel Moreno un poco tarde, nos habíamos demorado en el Acceso Oeste a la altura del peaje de parque Leloir aguardando en vano la escolta policial. Marcelo estaba esperándonos en la puerta de ingreso a la zona de vestuarios, su cara denotaba relajación y entusiasmo. Dialogamos unos minutos sobre sus expectativas con el nuevo rol y sus sensaciones por el retiro. No pudimos charlar demasiado, debía prepararme para realizar el calentamiento.

El partido fue muy trabado, producto de un campo de juego de dimensiones pequeñas y en mal estado. Terminamos perdiendo 2 a 1 contra un rival que no había hecho méritos como para ganarlo pero había aprovechado sus chances.

Tras el pitazo final, lo busqué para saludarlo y desearle éxitos en su nueva etapa pero ya no estaba. Se había escabullido entre la gente sin que me diera cuenta y pasó entre los periodistas sin decir nada. De esta forma dejaba la puerta abierta.

EL ULTIMO PASE

Esa tarde en la provincia de Buenos Aires se consumó el retiro de un futbolista de virtudes varias, la mayoría esperables en un buen arquero. Pero había una sola que resaltaba por lo extraño: una virtud que era común verla en delanteros pero no en guardavallas.

Marcelo Pontiroli fue un experto en el arte de los amagues pero, como a todos los de su especie, le llegó el día en que se cansó de practicarlos.

Un día heteróclito

“Si no te ha sorprendido nada extraño durante el día, es que no ha habido día”.

John Archibald. Físico estadounidense.

A la noche, recostado en la cama, intenté recordar otro día tan extraño. No encontré muchos y llegué a una conclusión: igualarlo sería difícil, superarlo casi imposible. El 27 de octubre de 2010 quedará en el recuerdo como una jornada completamente atípica, su excepcionalidad rozó lo absurdo.

Pese a ser un día feriado tuve que levantarme temprano. A las 8.30 llegó el censista y, unos minutos después, la gente del móvil de Fox Sports; ya que a media mañana saldría en vivo desde mi casa para el programa de Tití y Benedetto. Los técnicos comenzaron con los preparativos: buscaron un lugar luminoso y empezaron a colocar el cableado. Y yo, junto con el productor, me senté en una mesa y me coloqué la famosa “cucaracha” con el retorno del estudio. A través del auricular se escuchaban las voces de los productores que estaban en el piso. Mientras hacíamos tiempo para salir al aire, charlabamos

de fútbol y del censo. Un rato después, una de las voces del retorno dijo: “Che, se murió Kirchner”. Parecía ser una joda, nos miramos entre los cuatro, hicimos silencio y no se escuchó ningún otro comentario.

Enseguida Tití me saludó y apenas alcanzó a terminar una pregunta que no pude responder. Me interrumpió para anunciar la noticia oficial de la muerte del ex-presidente Néstor Kirchner. Se hizo un silencio, sabía que la cámara me estaba enfocando pero no sabía que decir. No es habitual que te interrumpan en el medio de un reportaje para notificar del deceso de un personaje público tan influyente.

Un suceso de este tipo no puede resultar indiferente, era un momento que quedaría en la historia argentina. Marcelo Benedetto intentó continuar el reportaje y salimos adelante como pudimos, no era algo fácil. Una cosa así te deja *fuera de orden*.

Al mediodía comenzaron los primeros rumores, la posibilidad de postergar la fecha del campeonato por duelo estaba por convertirse en una realidad. A la tarde se reunirían en la AFA los miembros del comité pero ya era vox populi que no habría fútbol durante el fin de semana. Algo lógico teniendo en cuenta lo sucedido.

Nosotros debíamos jugar al día siguiente contra Chacarita, el partido televisado del jueves por TyCSports. Por el censo ya habíamos alterado la rutina habitual: íbamos a entrenar por la tarde y quedar concentrados. Estaba preparándome para salir, cuando me avisaron que se suspendía el partido, el entrenamiento continuaba pero no tenía que llevar la ropa para concentrar. A este punto estábamos en presencia de una situación *irregular*.

Era una tarde fresca y ventosa, uno de esos días feriados en que la gente no se mueve de sus casas salvo que sea necesario. El club estaba vacío. Gracias que estaba el portero para dejarnos estacionar los autos dentro del playón. El entrenador, con muy buen tino, decidió hacer una práctica corta e intensa, tampoco había mucha luz

como para especular con un entrenamiento muy largo. Al terminar la sesión, mientras volvíamos al trote para el vestuario, ví una imagen que nunca hubiera imaginado. A la altura del banco de suplentes, justo en los asientos que utiliza el cuarto árbitro había una pareja sentada. Al principio estaba muy lejos y no llegaba a divisar quienes eran los que estaban, en un día feriado, viendo una práctica de fútbol intrascendente. Cuando me acerqué, me dí cuenta que era la nueva fiduciaria y uno de los miembros de la hinchada. No era una imagen común pero era como me habían dicho cuando llegué al club: “En Ferro, siempre ocurre algo *extraño*”.

Apuré el paso para no incomodar y bajé las escaleras rumbo al vestuario. Quería bañarme rápido para no enfriarme, ya me había resfriado unas semanas antes y no tenía intenciones de repetir el mal trance. Abrí el grifo del agua caliente, con el shampoo en la mano, y no corría agua. Apenas salía un chorro miserable y congelado de agua fría que no servía ni para mojarse.

Después me enteré que como era feriado, nadie había abierto los grifos de la caldera y no teníamos las llaves de la puerta de acceso al salón de maquinas. Quedaban dos opciones: bañarse a lo guapo o irse todo sucio a casa. Yo me incliné por la primera, fui uno de los pocos, la mayoría decidió posponer el baño. Igual comparado con el resto de las cosas *raras* que ocurrieron durante el día, esto no era nada.

P.D: Según la Real Academia Española, heteróclito es aquello que es raro, extraño, irregular o fuera de orden.

El hotel

“El hábito convierte los placeres suntuosos en necesidades cotidianas”.

Aldous Huxley. Novelista, ensayista y poeta inglés.

Pese a saber adónde iba y lo que me esperaba, no opuse resistencia. Me convencieron al decirme que el predio de Ferro, en Pontevedra, estaba en peores condiciones. A mi criterio, antes que alojarse en un lugar así para ahorrarse unos cuantos pesos (porque el hotel contaba con servicio de “late check-out”) era preferible quedarse cada uno en su casa.

En condiciones normales, un jugador no se debe preocupar por las finanzas de la institución que lo contrata, su única responsabilidad es representarla de la mejor forma posible, tanto dentro como fuera de la cancha. Pero en un club tan necesitado como Ferro las cosas se ven diferente y, en algunas oportunidades, se confunden los roles y las obligaciones.

Mientras iba para el hotel me preguntaba: ¿Por qué el 99% de los clubes de la Argentina gastan, innecesariamente, dinero en concentra-

ciones cuando juegan de local? El escenario es peor en estos lugares que ni siquiera cumplen los requisitos básicos: una buena cama, una buena oferta alimentaria y el confort tecnológico standart (televisión por cable e Internet). Pequeños detalles que habitualmente un jugador puede tener en su casa.

El maestro Carlos Peucelle en su libro “Fútbol a todotiempo” decía: “Y se apeló a la concentración, costoso remedio que empobrece a los clubes y encierra a los jugadores para que se porten bien. Pero... ¿y que hacen estos cuando los sueltan?” Y que van a hacer, lo mismo que harían sino estuvieran concentrados. El futbolista que sabe cuál es su trabajo se cuida y el que no lo sabe, no sobrevive por mucho tiempo.

Este hotel, al que íbamos por primera vez en la temporada, estaba ubicado en una zona comúnmente denominada como peligrosa. Construido hace muchísimos años, tenía estructuras antiguas que habían sido remodeladas en algún momento pero que ahora llevaban un tiempo descuidadas. No era quisquilloso ni tampoco pretendía concentrar rodeado de lujos, apenas me conformaba con poder mantener mis rutinas diarias de la misma forma que lo podría haber hecho en mi casa. Eso, en este lugar, era algo complicado.

Tal vez, estimado lector, se pregunte: ¿Si lo conoce es que ya estuvo hospedado? Si, estuve pero no hospedado. Aquella vez, cuando llegamos al hotel, el entrenador del equipo nos mandó de vuelta a nuestras casas, citándonos directamente para ir al estadio. Sus palabras fueron elocuentes: “Para estar mal prefiero que se queden en sus casas”. Volvimos al día siguiente y ganamos el partido. Ahora la situación era distinta y difícilmente el entrenador se animara a mandarnos a nuestras casas.

–“Errar es humano” me dijo el conserje ni bien me vio bajar del ascensor y sin mediar palabra se puso a buscar la llave de la habitación 907. Cosa que debería haber hecho cuando llegué al hotel, antes de mandarme para arriba diciéndome que la llave la tenía mi compañero.

EL ULTIMO PASE

A Nicolas Agorreca, mi compañero de pieza, le había dicho exactamente lo mismo y nos cruzamos en el noveno piso preguntándonos por la llave.

Era un señor mayor de pelo entrecano con bigotes bien tupidos, al mejor estilo policial. Intentó ser amable y disculparse por las molestias ocasionadas.

–“No se preocupe - le dije medio en broma medio en serio - yo no hice el ridículo. Él que estaba golpeando la puerta como un loco era mi compañero. Yo recién subía”. No quería enojarme con el pobre hombre, tal vez estaba trabajando demasiado y el lugar no aparentaba retribuir con buenos salarios.

Al entrar a la habitación prendí la luz y, luego de un vistazo rápido, suspiré aliviado. Aparentemente mis temores habían sido infundados. La primera impresión no fue tan mala: era una habitación amplia con cuatro camas y un televisor bien ubicado en altura sobre un soporte de pared. El aspecto de la ropa de cama no era de lo mejor pero, al menos, estaba limpia y en buen estado.

Cuando me senté en la cama, me dí cuenta que a veces la primera impresión no es la que cuenta. El sonido de los resortes me devolvió a la realidad y el colchón comenzó a hundirse cada vez más y más profundo. No era cama, era un catre, similar a lo que utilizan los militares en campaña. Los resortes chillones estaban tan vencidos que ni siquiera volvieron a su posición anterior al levantarme. El colchón había pagado las consecuencias y se hundía como si fuera una cama de agua.

Al percatarme del problema llamé a recepción para ver la posibilidad de cambiar de colchón, de catre o, en su defecto, de habitación. El teléfono no tenía tono. Me asomé por detrás de la cama y constaté que el aparato estaba desenchufado. Del agujero de la pared, que estaba lejos de parecerse a un enchufe, salía una maraña de cables de diferentes colores cubiertos, en algunos tramos, por una cinta adhesiva

blanca que oficiaba de atado. Hasta ahí llegaron mis intenciones de repararlo. Tampoco tenía ganas de bajar personalmente a la recepción, así que espere hasta la hora de la cena para consultar sobre las posibilidades de cambio.

La comida fue lo mejor de la noche. Fue tan buena que superaba ampliamente a la del hotel donde habitualmente concentramos. Como el menú es siempre el mismo, es muy fácil comparar: la noche anterior al partido (pizza de entrada y pollo con arroz de segundo plato) y el almuerzo previo (tarta de jamón y queso de primer plato, seguido por unos fideos con salsa mixta).

Al terminar de comer nos marchamos a las habitaciones, al prender la computadora constaté que tampoco teníamos internet en el cuarto. Esta situación, sumado al percance con la cama y la ausencia de tono en el teléfono, me forzó a reclamar en conserjería.

El señor mayor de pelo entrecano con bigotes bien tupidos, al mejor estilo policial. Intentó ser amable y disculparse por los nuevos inconvenientes ocasionados. Para bajar los mails me dio la opción de subir al lobby del hotel en el segundo piso, único lugar con señal de Internet. Para solucionar el tema del teléfono debía esperar a la mañana del día siguiente porque ya se habían retirado el personal de mantenimiento. Con respecto a la cama, debía conformarme con lo que había en la habitación, ya que él no estaba autorizado a cambiar de cuarto.

Subí a la habitación ofuscado, agarré la computadora y bajé al lobby. Era un salón antiguo, amueblado con unos sillones de tapizado de pana que en algún momento fueron nuevos y ahora estaban gastados por el uso y por los cigarrillos de algunos huéspedes irresponsables. En el centro del salón, había un mueble con la estantería llena de banderines de diferentes clubes que adornaba la sala, supuestos presentes de las instituciones que tuvieron la fascinante experiencia de alojarse en este lugar.

EL ULTIMO PASE

El día siguiente transcurrió igual: nadie vino a arreglar el teléfono y no pude cambiar de cuarto. Pero antes de irnos para el estadio, se le agregaría un nuevo capítulo a la zaga.

Entré al toilette, que estaba remodelado y adornado con grifería de plata brillante y aparentaba ser lo mejor de la habitación. Entre los accesorios resaltaba una flor de gran tamaño en la ducha que invitaba a tomar un baño placentero. Al abrir el grifo me percaté de un detalle, no me serviría de mucho sino salía agua.

Como el teléfono no andaba, tuve que cambiarme y bajar a consultar. El señor mayor de pelo entrecano con bigotes bien tupidos, al mejor estilo policial, continuaba “prestando servicio”. Otra vez intentó ser amable y disculparse. Su respuesta fue escueta: “Tenemos un inconveniente y estamos intentando solucionarlo. No tenemos datos de cuánto tiempo demoraran en arreglarlo”. Lamentablemente cuando nos fuimos todavía no lo habían solucionado. Así que intentado respetar mi rutina de partidos, me duché recién al llegar al vestuario.

El rival que nos visitaba era uno de los equipos que, a priori, se armó para ascender: Chacarita. No venían bien, habían perdido un par de partidos y justo habían despedido al entrenador. Este día debutaba Humberto Zucarrelli y estaban ilusionados con dar vuelta la historia.

Pese a todos los inconvenientes vividos durante la concentración, tuvimos una gran performance colectiva. Logramos una goleada sorpresiva y merecida.

El hincha de Ferro, al finalizar el partido, nos despidió con aplausos. No me imagino que hubieran hecho si llegaban a enterarse de todos los obstáculos que veníamos superando.

El calor embriagador en la tierra del sol y del buen vino

*“El sol no espera a que se le suplique para
derramar su luz y su calor”.*

Epicteto. Filósofo grecolatino.

La sensación al bajar del ómnibus fue como si estuviéramos chocándonos con una pared de aire seco y caliente, fue el primer indicio de la temperatura que sufriríamos adentro de la cancha. El contraste entre el agradable cobijo del aire acondicionado en el ómnibus y la cruda realidad de la tarde calurosa, producía escalofríos.

La sombra de los álamos, que bordeaban el estadio, atemperaba la sensación térmica pero dentro de la cancha no habría reparo que pudiera mitigar el calor. La tierra del sol y del buen vino se caracteriza por tener días como estos.

El estadio Bautista Gargantini está ubicado en el parque San Martín que fue diseñado por el arquitecto Carlos Thays y con el tiempo, se transformó en uno de los lugares más emblemático de la ciudad de Mendoza. Allí, el club más pudiente de la provincia, Independiente Rivadavia, construyó su reducto de coqueta arquitectura e inmejora-

ble paisaje.

Cinco escalones separaban la vereda rústica del parque del ingreso al vestuario visitante, situado debajo de la platea principal. Había poca gente en los alrededores, faltaba más de una hora para el comienzo del partido y el calor era sofocante. Las tribunas estaban vacías, apenas había un par de hinchas colgando sus banderas en el alambrado, fanáticos que llegan antes para poder lucirlas en un lugar destacado.

Cuando asomé la cabeza por la boca del túnel, para reconocer el estado del campo, sentí sobre mi espalda una caricia familiar: era el solcito cuyano. El sol de Mendoza no es como cualquiera sol. El sol de Mendoza es picante pero placentero.

El terreno de juego estaba parejo y el césped de un marcado color verde oscuro. Cortado al rás permitía que la pelota circulara sin demoras, en una cancha con una anchura superior a la media. Estas características (el calor, el ancho del campo y el tipo de corte del césped) son bien aprovechadas por el estilo de juego que practicaba el conjunto mendocino: juego de pases y apertura en ataque para finalizar con centros cruzados.

Volvimos al vestuario con la certeza de que el clima sería un adversario más. Para un futbolista de Buenos Aires, habituado a un ambiente húmedo, la sequedad cuyana y la diferencia de presión atmosférica son factores que afectan el rendimiento. Antes de salir a jugar apliqué un par de truquitos que aprendí con el paso de los años y los lugares (tomar bebidas hidratantes rebajadas al 50% con agua para facilitar su absorción, bajar la temperatura corporal con una ducha de agua fría previo a salir al campo y humedecer la remera con agua caliente para facilitar la pérdida de calor por evaporación con menor pérdida de líquido por sudoración). Algunas tienen un fundamento científico probado, otras son empíricas pero aún como placebo me dieron resultado.

Independiente salió a jugar con un esquema muy ofensivo: tres delanteros y dos volantes ofensivos. Centros cruzados, pelotas en cortada o triangulando por las bandas lograron desequilibrarnos defensivamente y tuvieron innumerables ocasiones de gol pero fallaron en la definición. A nosotros, nos salvó la gran actuación de Nereo Champagne que jugó su mejor partido del torneo. Nos fuimos al descanso 1 a 0 abajo pero la diferencia debería haber sido más amplia.

En la segunda parte se cumplió el refrán: “Los goles que se desperdician en el arco contrario, se sufren en el propio”. Faltaban cinco minutos para terminar el partido, cuando logramos el empate. Un tiro libre desde la mitad de la cancha, un par de rebotes en el área y Carballo terminó empujándola abajo del arco. En la última jugada del partido podríamos haberlo ganado pero Lértora remató desviado, hubiera sido demasiado premio.

Entré al vestuario exhausto. “Estás muy colorado” me dijo el doctor al ver mi apariencia. Desparramado sobre una banqueta con una botella de agua en la mano y las piernas tumefactas por el cansancio solo atiné a responderle con el gesto del pulgar levantado. La garganta me picaba de tanto gritar en la cancha y sentía más sed que un beduino en el desierto de Sahara.

Como siempre que paso por Mendoza me voy con una mezcla de sensaciones encontradas: la ambivalencia por el inmerecido empate que pudo ser victoria, las consecuencias generadas por la exposición al sol y la bronca de no haber aprovechado para disfrutar un buen vino.

Media falta

Más vale tarde que nunca

El despertador sonó. Eran las ocho de la mañana, hora de levantarse para ir a entrenar. Lo apagué, con un manotazo veloz, de forma inconsciente y me quedé haciendo fiaca en la cama. Estaba un poco cansado, todavía no había logrado recuperarme del exigente partido frente a Independiente Rivadavia de Mendoza. En forma reactiva volví a la posición original, casi sin esfuerzo, y cerré los ojos. Ese fue el error de la mañana, del cual no tardaría mucho en arrepentirme.

-“Rochi ¿Son las nueve y cuarto?” le pregunté sobresaltado a mi mujer desde la cama. Ella estaba abajo preparando a los chicos para llevarlos al jardín.

- “Si. No me digas que tenías entrenamiento por la mañana” me respondió. Como si la carga de ansiedad que llevaban mis palabras no hubieran sido suficientes para darse cuenta.

JUAN MANUEL HERBELLA

No recuerdo la última vez que me quedé dormido, hasta dudo de que me haya ocurrido alguna vez en mi carrera de futbolista. Llegar tarde a un entrenamiento, es una falta grave. Más para mí, que era uno de los jugadores más grandes del plantel y debía predicar con el ejemplo. En un primer momento pensé en no ir y dar parte de enfermo, era una forma de no quedar en falta. Al segundo deseché la idea, preferí intentar llegar a tiempo o, en su defecto, dar la cara.

Me levanté de la cama de un salto, agarré lo primero que encontré colgado del perchero y bajé volando las escaleras. Ni siquiera pasé por el baño. De la cocina manoteé un par de galletitas y las llaves del auto. Normalmente iba al club caminando pero frente a este percance no tenía otra alternativa. Cumpliendo las leyes de Murphy, el ascensor no venía: como vivo en un piso once, no tenía otra alternativa que esperarlo.

Ingresé al club un minuto antes de la hora establecida. Eran las 8.59 en el reloj del auto. Mis compañeros ya estaban, dentro del campo, listos para iniciar el entrenamiento de la mañana. Al ver que no tenía ninguna chance de evitar la multa, me relajé. La cagada ya estaba hecha y tenía que hacerme responsable.

La doble derrota

Los hermanos sean unidos porque esa es la ley primera. Tengan unión verdadera en cualquier tiempo que sea, porque si entre ellos pelean los devoran los de afuera.

José Hernández. Escritor argentino.

Entré al estadio por la puerta cero, la misma que utilizan las delegaciones en los días de partido. Me paré en la puerta, toque fuerte la bocina y esperé a que el encargado de seguridad me abriera. Adelante mío, acababan de llegar los árbitros en un auto viejo y medio desvencijado que aparentaba ser un remise. Tuve que esperar a que descargaran sus bolsos para ingresar al pequeño playón que habitualmente utilizan los ómnibus que trasladan a los jugadores y, en los partidos televisados, estacionan el camión de exteriores de TyC-Sports. Aproveché el último lugarcito que quedaba, justo al costado del micro que transportó a la delegación de Boca Unidos.

Era una tarde soleada pero fresca, casi ideal para jugar al fútbol. Entré al vestuario a saludar a los muchachos que estaban preparándose para el juego y, después me fui con mi hijo mayor al campo de juego para que pudiera patear algunos tiros al arco. Uno de esos

pequeños lujos que se pueden dar los hijos de futbolistas y que generalmente no dimensionan.

En ese momento, les habían abierto la puerta de ingreso a un grupo de hinchas de Ferro para que pudieran colgar sus banderas del lado de adentro del alambrado. Un rato después, llegaron mis compañeros a para hacer el calentamiento con un par de pelotas. En el aire se percibía un clima de nerviosismo, especialmente entre la gente que rodeaba al equipo. Recién durante el partido me enteraría de lo que estaba pasando.

Ferro es un club especial, uno de los pocos del fútbol argentino manejados por la justicia pese a que su deuda es cincuenta veces menor que la de algunos de equipos grandes. En el seno de la institución, existen dos subcomisiones de socios (profesional y amateur) que se disputan el poder. No tienen gran poder de decisión, las determinaciones las termina tomando el órgano fiduciario, pero algo debe haber en juego para tanto resquemor. Por lo que sospecho, llegará el momento en que la justicia dé un paso al costado y procuran quedar mejor colocados frente a ese escenario. Un grupo enfatiza en el desarrollo de las divisiones inferiores y el otro prioriza los resultados de la primera división.

Estos dos bandos, que pugnan en una lucha fratricida e irracional, acusándose mutuamente de distintas felonías, le generan al club que supuestamente aman, un gran perjuicio.

En las horas previas al partido, se había disputado un nuevo round. Al llegar, el nuevo Órgano Fiduciario, había removido el avispero institucional al revisar los contratos existentes. Supuestamente, aparecieron algunos puntos oscuros en los convenios con los juveniles y las acusaciones cruzadas desencadenaron la renuncia de los entrenadores de divisiones inferiores y, posteriormente, de la Sub Comisión de Fútbol Amateur. Esta decisión abría un nuevo frente de conflicto interno, el club no estaba en condiciones de darse estos lujos.

EL ULTIMO PASE

En el vestuario ya había clima de partido. Luego de la arenga y las palabras de aliento para salir a la cancha, me fui con mi hijo a ver el juego desde el palco. Sebastián, el ascensorista, me miró sorprendido al verme llegar, no estaba enterado de la suspensión por acumulación de tarjetas amarillas.

El palco de honor es un lugar tranquilo, normalmente la gente no insulta tanto y Facundo, mi hijo, tiene un espacio circunscripto para correr durante los noventa minutos. Si, no sólo corren los jugadores durante los noventa minutos, mi hijo también lo hace. Pese a que comúnmente es un lugar apacible, esta tarde el ambiente estaba cargado por la renuncia de la SCFA.

El primer tiempo fue muy aburrido, casi sin situaciones de gol. En el entretiempo nos ofrecieron el lunch habitual con unos fabulosos sándwiches de miga. Mi hijo, después del desgaste de los primeros cuarenta y cinco minutos, los deglutió sin saborearlos, al igual que al paquete de galletitas que llevé como provisión.

El segundo período comenzó igual pero tras una jugada plagada de errores, Boca Unidos pudo abrir el marcador. Era la primera oportunidad que tenían y la aprovecharon. A partir de ahí, el partido se hizo cuesta arriba. Para colmo, unos minutos después, nos hicieron el segundo y parafraseando a Walter Nelson: “Era un partido liquidado”.

“Jugadores, la c. de su madre, a ver si ponen h., que no juegan con nadie” empezó a cantar al unísono la popular. Sentado en mi butaca del palco, escuchaba los insultos de los plateistas y lo miraba a Facundo correr por el pasillo como si nada pasara.

Las sensaciones son distintas mirándolo desde afuera. Nunca me afectaron los insultos mientras jugaba, ni siquiera les prestaba atención. Pero desde afuera y viendo que mi hijo de 2 años podría entender lo que estaba pasando, me empecé a sentir incómodo. No lo medite. Lo agarré del brazo y le dije: “Dale que nos vamos para el vestuario”. No presencie la despedida del equipo. La escuché desde

el camarín, sentado en el lugar donde habitualmente me cambiaba y con los gritos me alcanzó para poder imaginármelo.

Esta fue la jornada de la doble derrota de Ferro: adentro de la cancha perdió el invicto que tenía en condición de local; afuera perdió a un grupo de hinchas que trabajaba por el club. A partir de ahora, si lo que decían las malas lenguas era cierto, estarían en la platea esperando la derrota para cobrarse su vendetta.

Otro obstáculo más se acumulaba en la larga lista de inconvenientes, después la gente se preguntaba por que le iba mal a Ferro. ¿Qué le habrá pasado a aquél club pujante, que la Unesco declaró como modelo en la década del ochenta, para llegar a esto?

Hugo, el hombre puñalada

*Creo que si no se entiende que esto es una pasión,
y las pasiones son bastantes inexplicables, no se
entiende nada de lo que pasa en el fútbol.*

Roberto Fontanarrosa. Escritor argentino.

Faltaba poco para comenzar el entrenamiento y no había noticias de Hugo. Nos preguntábamos si le habría pasado algo grave, siempre era uno de los primeros en llegar al vestuario.

El “Fisca” nació en Aceval, un pequeño pueblo de la provincia de Santa Fe. Desde chico correteó en los campitos con una pelota abajo del pie. Cualquier descampado se transformaba mágicamente en el “Coloso del Parque Independencia”. Y su amor platónico por la número cinco lo llevó a cortejarla, de forma lúdica pero siempre seria. Intentó convertirse en futbolista profesional, se esforzó, luchó y su sacrificio no fue en vano. Logró vivir del fútbol, no le alcanzó para alcanzar al estrellato pero se hizo de unos mangos. Jugó el tiempo que pudo y luego continuo trabajando en el club Renato Cesarini, donde se convirtió en entrenador. Al poco tiempo apareció la oportunidad: José María Bianco estaba buscando un ayudante de campo.

Con Hugo nos conocimos en Quilmes, a comienzos del año 2009. Llegaron en un momento complicado, el club vegetaba por la mitad de la tabla, había perdido las chances de pelear por el campeonato y ellos llegaban con el objetivo de conocer a los jugadores y armar el plantel para el siguiente año

Su forma de hablar, bien campechana, lo acercó al grupo rápidamente. Para explicar algún trabajo usaba algunas de esas palabras típicas de los oriundos de la “escuela de Renato”. La medialuna, la banana, el barandazo y el corner-gol son algunos de esos términos o trabajos característicos utilizados para denominar algún trabajo, una jugada o un remate. Anteriormente se los había escuchado a Eduardo Solari, Salvador Capitano y Carlos Ramacciotti, entrenadores que tuve que durante el discurrir de la carrera. Pero Hugo se destacaba por una palabra de exclusiva.

Con ella tenía un idilio especial, la sentía propia, se identificaba con su idea y la utilizaba constantemente. Su gestualidad, al mencionarla, era formidable. No dejaba parte del cuerpo sin moverse, cada vez que la aplicaba.

Con la cabeza recta, erguida, mirando al horizonte cual suricata observando el campo. Su brazo flexionado hacía un movimiento brusco de atrás para adelante con su mano abierta en posición horizontal y con los dedos juntos, como si fuera a saludar a alguien, pero mucho más rápido. Sus pies nunca quedaban a la par, siempre ubicados en posición de guardia. Era como un boxeador a la espera del momento oportuno para descargar su arma. Ese momento llegaba al pronunciar la palabra, su palabra: “Puñalada, mete puñalada”

Eran las nueve de la mañana. Sería un día templado, el sol había superado la altura de la popular visitante y ya impactaba de lleno sobre el campo de juego. Corría una leve brisa primaveral. Estábamos todos menos Hugo, el Fisca, que todavía no había llegado. Reunidos en el centro del campo esperábamos por la charla técnica postparti-

EL ULTIMO PASE

do. Seguramente sería larga porque la derrota frente a Boca Unidos había dejado mucha tela para cortar. Si arrancábamos sin que Hugo estuviera era porque algo grave le había pasado.

Hugo Fiscalini vivía el fútbol de forma pasional. Durante el partido se había sentido mal, la tensión generada por el mal rendimiento del equipo lo había alterado y la catarata de insultos que bajaban de los tres costados -la popular visitante estaba inhabilitada-, le dieron el golpe de gracia.

En el vestuario, al terminar el partido, Hugo sintió un fuerte dolor en el pecho. Como se quedó reposando en el camarín del cuerpo técnico fueron pocos los que se enteraron de su malestar. Como no se le iba y tenía la presión elevada lo llevaron al Hospital Piñeiro, donde estaba de guardia uno de los médicos del club, y quedó internado por un día para monitorearlo. Después se fue a Aceval, a descansar con su familia.

Volvió una semana después con el ojo colorado y la conjuntiva irritada, el pico de presión le había dañado una vena. Los médicos lo habían medicado pero aún le duraba el cagazo. Volvió simplemente para no dejarnos en banda en la última semana del campeonato, tenía decidido dar un paso al costado al terminar el año. Para el plantel sería una pérdida enorme, su ausencia nunca pudo ser suplantada. Además de extrañarlo a él, extrañaríamos su puñalada: el famoso pase entre líneas que daña a la defensa del rival. Justamente el recurso que había utilizado Boca Unidos para ganar el partido y quitarnos el invicto.

Por una cabeza

“Los primeros 90 minutos son los más importantes.”

Bobby Robson. *Ex futbolista inglés.*

Por una cabeza
de un noble potrillo
que justo en la raya (*del área chica*)
la manda a guardar ,
y que al regresar
parece decir:
No olvidés, hermano,
vos sabés *que hay que marcar*.
Por una cabeza,
se fue la alegría
de aquella coqueta
y burlona mujer, (*la victoria*)
que al *pasar* sonriendo
al amor que está evadiendo,
quema en una hoguera
todo mi *placer*.

Por una cabeza,
se van las locuras. (de ascenso)
Su *frente que mella*,

EL ULTIMO PASE

trae la tristeza y
sume en la amargura. (*por el promedio*)
Por una cabeza,
si ella me olvida
qué importa perderme
mil veces la vida,
para qué vivir.

Cuántos desengaños,
por una cabeza.
Ya jugué mil veces,
y vuelvo a insistir.
Pero si *al* mirar
ella puede pasar,
un lamento nuevo,
es un nuevo pesar
Basta ya *de pardas,*
se acabó *el hastío.*
¡Un final *rendido*
ya no *quiero* ver!
Pero si *en un juego*
llego a empatar de nuevo,
me voy de puntero.
¡Qué le voy a hacer..!

El pelado Furios, con un fenomenal golpe de cabeza desde el vértice del área chica, empató el partido en el último minuto e inició una loca carrera hacia la mitad del campo. Instituto jugaba con un jugador menos. Ferro, pese a la ventaja numérica, no supo cuidar la pelota o generar algún buen movimiento de ataque que definiera el partido. La victoria, en condición de visitante, le era esquivada y la sucesión de empates no le servía para subir en la tabla de posiciones y escaparle al fondo de la de promedios. Esta vez fue *por una cabeza* y dio lugar a una versión libre del tango.

El entrenamiento más corto del mundo

“Cuando era más joven no creía en la necesidad del trabajo semanal; ahora comprendo que en la semana está el éxito o el fracaso del jugador”.

Angel Labruna. Futbolista y entrenador argentino.

En las adyacencias del estadio se escuchaba el rock n´roll pesado que brotaba de los parlantes. Eran las nueve de la mañana del sábado, un horario poco apto para este tipo de música. Supuestamente estaban realizando la prueba de sonido del show de motocross que a la noche se iba a realizar en el campo de juego.

Iba camino al vestuario, luego de traspasar la puerta 6 que da sobre la Avenida Avellaneda, e intentaba imaginar lo que sentirían los propietarios de los edificios cercanos. Ser despertado un sábado a la mañana con las canciones de Metálica a todo volumen, es un deleite con pocos adeptos. Es probable que ya estuvieran acostumbrados al ruido: aquel que elige vivir enfrente de un estadio de fútbol sabe que no puede pretender la tranquilidad absoluta.

Me llamó la atención que en el pasillo que se interpone entre el estadio y la cancha auxiliar había un movimiento de socios mayor al

habitual. Era sábado y estaba llegando el verano, dos factores que contribuían para aumentar la afluencia.

Al acercarme a la puerta del gimnasio Héctor Etchart escuché otro sonido, diferente, un poco más heterogéneo y agudo pero no por eso menos fuerte que el anterior. El griterío de un centenar de niños y niñas que pululaban por las graderías, se mezclaba con unos acordes de música electrónica de fondo. Esta vez le tocaba a Ferro ser el anfitrión del torneo de acrobacia de clubes porteños y el gimnasio ya estaba preparado para el evento. La larga mesa de madera que utilizarían los jurados estaba, ubicada de frente a la cancha, dándole la espalda al acceso principal del estadio.

El barullo del Etchart aún persistía dentro del vestuario (estaba ubicado debajo de una de las populares). La gran mayoría de mis compañeros ya estaban cambiados, algunos disfrutaban de llegar temprano y desayunar en el club. No es mi caso, prefiero desayunar en mi casa, leyendo el diario y llegar al club con el tiempo justo para cambiarme.

¿Adónde iríamos a entrenar? La cancha auxiliar, el lugar que utilizábamos usualmente, había sido alquilada para un mini torneo de fútbol americano. Al campo, le habían marcado las típicas yardas del deporte yanqui y sabíamos, desde hace dos días, que no lo podíamos utilizar. Esta era una de las formas que tenía el club para generarse un ingreso extra.

La cancha principal tampoco estaba disponible. En el campo habían armado las estructuras tubulares para el mencionado evento de motocross y acrobacias. Nunca imagine que un estadio de fútbol, dos días antes de un partido oficial de primera división, pudiera albergar una competencia de este estilo. Pero ya lo dice el refrán: “Siempre hay una primera vez para todo”. Para redondear las dificultades, el Etchart, que utilizábamos en los días de lluvia, tampoco estaba disponible por el certamen de gimnasia.

“Vamos a la auxiliar. Rápido que tenemos poco tiempo” dijo el profe abriendo la puerta del vestuario. El entrenador salió a mendigar un lugarcito para poder movernos y consiguió el sector lateral del campo auxiliar pero solamente por 45 minutos. Así que había que apurarse para aprovechar ese poquito de tiempo disponible, era preferible eso a deambular por el club buscando un espacio.

Hicimos un calentamiento rápido y un torneito de fútbol tenis para engañar a las piernas. Era poco para un equipo que 48 horas después enfrentaría al puntero del campeonato (Atlético Tucumán) en un partido bisagra para el futuro del club. En los pasillos corrían rumores sobre la posibilidad de que el ciclo de Bianco, al frente del primer equipo de Ferro, estuviera llegando a su fin. Rumores infundado pero rumores al fin.

A las diez y media de la mañana, saludé a mis compañeros y, a ritmo cansino, abrí la puerta del vestuario. Subí las escaleras hacia el hall del estadio. La prueba de sonido había concluido, el bullicio de los jóvenes gimnastas continuaba mezclado con la música dance de sus coreografías. En la cancha auxiliar, los jugadores entraban en calor pateando a los postes para convertir “goles de campo”.

Una hora y media después volví a atravesar la puerta 6 que da sobre la Avenida Avellaneda, esta vez para retornar a casa. Tenía una certeza: Ferro era un club modelo en oferta deportiva pero, a mi humilde entender, tenía la escala de prioridades un poco desvirtuada.

Jerri, el revoltoso

“Una de las ventajas de ser desordenado es que uno está continuamente haciendo nuevos y excitantes descubrimientos”.

Thomas Middleton. Escritor inglés.

Estaba parado detrás de los equipos, pelota en mano, esperando a que salieran al campo. Cuando se incorporó al club disfrutaba de estos momentos, se emocionaba, se enorgullecía, se consideraba parte del fútbol. Ahora, cuatro años después, pese a que se había transformado en algo rutinario, lo seguía disfrutando igual que la primera vez.

Jerri Ismael Sánchez nació en Lima, (Perú) , a los diez años llegó a la Argentina y nunca más volvió a su país. Sus padres se habían instalado en Buenos Aires unos meses antes, buscando una mejor calidad de vida, y lo habían dejado con su abuela hasta lograr asentarse. Jerri viajó en soledad los 5000 km cuando sus padres tuvieron resuelto adonde irían a vivir. Una vez afincado en la ciudad, Jerri conoció a una porteña, se casó y tuvo dos hijos, ambos argentinos.

Al club llegó a los veintiún años, lo contrataron para ayudar

a “Mendo” en la utilería. Su carácter dicharachero y bonachón le permitió ganarse rápidamente el aprecio de los jugadores. Tenía un comportamiento excéntrico, poco habitual en el ambiente del fútbol. Jerri se prendía en todas las bromas y se convirtió en el blanco predilecto de las chanzas del plantel: recibía estoicamente los impactos de “balas de ropa”, soportaba las montoneras humanas y cada tanto concretaba alguna represalia menor que no dañaba pero funcionaba como combustible para fogonear disputas posteriores.

Al ingresar al vestuario, luego del entrenamiento, se desataba la guerra casera. Los botines, las ojotas, las vendas humedecidas en las duchas, los restos de barro de un día lluvioso o cualquier otro elemento se convertían en munición para volar de un lado al otro, habitualmente sin un destinatario fijo. Jerri generalmente participaba en las contiendas y no las reprimía pese a que cuando nos íbamos debía quedarse ordenando el campo de batalla. Esta locura era única, nunca vista en otros vestuarios del fútbol argentino por eso se notaba que los jugadores lo apreciaban y él disfrutaba de compartir esos momentos con ellos.

Aquella tarde calurosa de noviembre, el sol resplandecía sobre la cabecera local y la temperatura rondaba los treinta grados. Jerri permanecía atrás de los jugadores, en el hall del estadio, esperando a que salieran al campo. Los chicos “alcanza pelotas” ya estaban ubicados en los alrededores de la cancha, solo faltaba que les repartieran las pelotas. El estado del campo de juego era bizarro. El terreno sufría la escasez de agua, que sin éxito había intentado que la competencia de motos del sábado no dejara marcas. Entre los surcos y las matas amarillento verdosas, podían encontrarse arandelas, bulones y alambres que habían perdido a su dueño, durante la carrera.

Ferro comenzó perdiendo pero logró dar vuelta el resultado con goles de Carballo y Altamirano. Faltaban pocos minutos para terminar el partido cuando se desató la gresca. El local tenía el partido

EL ULTIMO PASE

controlado y Atlético no encontraba el juego colectivo que le permitiera torcer el resultado. La desesperación se apoderaba del banco visitante que veía como se escapaba la posibilidad de alejarse en la punta del campeonato. Jerri empezó a guardar los balones pese a que el partido no había finalizado. El rechazo largo de un defensor fue a parar a la tribuna y la pelota no volvía. Desde el banco de suplentes visitantes lo increparon. Era lógico que lo hicieran, estas cosas ocurren en todas las canchas pese a los reclamos.

No tomó conciencia de lo que su respuesta iba a generar. Si lo hubiera sabido no habría hecho ese típico gesto juntando todos los dedos de la mano en el mismo momento que les decía: “Ehh. Cierren la boca que ya se comieron dos”.

Se metió en el túnel cargando la bolsa con las pelotas. Primero caminando, luego corriendo para escapar de la estampida que salió del banco visitante cuando el árbitro terminó el partido. En su loca carrera pasó por delante de los policías que custodiaban la puerta de los vestuarios. Al ver el brete en el que estaba metido, los uniformados trataron de auxiliarlo y se interpusieron en el camino de los jugadores y allegados de Atlético. Volaban manotazos y se escuchaban insultos en el hall del estadio, mientras los jugadores de Ferro seguían festejando en el medio del campo.

Jerri, apichonado en un rincón del vestuario, se lamentaba por la situación. No pensó que su comentario generaría tremendo revuelo. Es que pese a serlo, él no se consideraba un revoltoso.

El triste viaje de fin de año

“A mí siempre me pareció más interesante marcar un autogol que un gol. Un gol salvo si uno se llama Pelé, es algo vulgar y descortés con el arquero contrario, mientras que un autogol es un gesto de independencia”.

Roberto Bolaño. *Escritor chileno.*

No era el ritual de los estudiantes al concluir un ciclo lectivo, nuestro viaje era más modesto: a Rosario, a jugar frente a Tiro Federal.

La muerte del ex presidente Néstor Kirchner generó un desfasaje en el calendario y este partido se convirtió en el último del año cuando debió ser el penúltimo. La Asociación del Fútbol Argentino había decidido que se disputaran 18 fechas, quedando las 20 restantes para la segunda parte del campeonato.

Al finalizar el entrenamiento matutino, último del año, saludamos a los compañeros que no viajaban y nos fuimos caminando por la Av. Avellaneda rumbo a la sede social. En la confitería almorzaríamos y luego saldríamos en ómnibus, rumbo a la ciudad santafesina. La rutina habitual en los viajes de menos de 500 kilómetros.

Al doblar por Martín de Gainza deberíamos haber visto el ómni-

bus, esperándonos en la puerta. No verlo era un mal presagio. En la sede nos enteramos que estaba fallándole una correa y como era temprano (eran las 11.30 hs y teníamos previsto salir a las 13 hs) se lo habían llevado al taller para que lo revisaran los mecánicos.

El almuerzo se estiró un poco más de la cuenta para darle tiempo a la empresa Chevallier para que resolviera el problema pero se estaban demorando más de la cuenta.

Alrededor de las 14.30 hs, una hora y media después del horario previsto de salida, apareció el interno 3130. Era la misma unidad pero, supuestamente, el problema estaba resuelto.

Me ubique en el mismo sitio de siempre: en la cuarta fila de los asientos dobles, sobre el lado izquierdo del ómnibus. No era una cuestión de cábalas pero generalmente todos respetábamos los mismos lugares durante los viajes. Cerré las cortinas para evitar el reflejo del sol y cuando el bus arrancó su marcha, caí víctima del famoso efecto postprandial, fruto de la combinación entre una comida placentera, un pizca de sueño y un ambiente acogedoramente tranquilo. La modorra me venció y quedé tendido en mi butaca por más de una hora.

A la altura de Zarate me desperté completamente transpirado por una brusca maniobra del chofer que casi nos manda a la banquina. No pude volver a dormirme. Por fortuna había comprado la revista “Un caño” (una de mis favoritas junto con El Grafico) antes de salir, así que tenía con que entretenerme. En la tapa había un dibujo del “Kaiser” Passarella realizado por el amigo Sebastián Domenechs.

A la altura del kilómetro 180, se escuchó un ruido seco y el ómnibus empezó a desacelerar. Algo extraño había ocurrido. Avanzó por inercia hasta que el chofer encontró una salida asfaltada que podría utilizarse como sector de descanso unos metros después de la salida a Gobernador Castro sobre la ruta 9.

¿Cuál era el problema ahora? Exactamente el mismo: el vehículo

había roto la única correa que le quedaba indemne. En Buenos Aires, los mecánicos les habían dicho a los choferes que podían salir con una de las dos correas rotas y arreglarla en Rosario, al llegar. Lamentablemente se equivocaron, apenas alcanzó para recorrer un poco más de la mitad del camino. Ahora debíamos esperar hasta que viniera un mecánico de San Pedro con dos correas nuevas para solucionar el problema.

Al principio nos quedamos sentados en el ómnibus, la idea era esperar arriba hasta que llegara el mecánico. Unos minutos después, todos estábamos desparramados a la vera de la ruta. Si no funcionaba el motor, tampoco lo hacía el aire acondicionado. La temperatura dentro del ómnibus superó lo tolerable.

Dos horas más tarde apareció una camionetita gris, un rastrojero medio destartado. El mecánico era un hombre mayor que aparentaba estar cerca de los 60 años. Llevaba el típico look del rubro: un ambo sucio y de bolsillos amplios con algunas herramientas adentro. Su pelo ondulado y entrecano y su bigote prominente, no lograban opacar la atracción generada por sus cejas tupidas y de distribución anárquica.

-“Ustedes son mecánicos” les preguntó a los choferes mientras observaba el desorden de herramientas, correas y tornillos sobre el pavimento.

No esperó la respuesta. Inclino la cabeza por debajo de la tapa del motor, que continuaba abierta, y empezó a buscar el desperfecto.

-“No se preocupen, ya me di cuenta que no. Este es el resultado cuando meten mano los que no saben” dijo sin levantar la cabeza.

No cabían dudas de que el hombre sabía lo que hacía. Él solo, en cuestión de minutos, desarmó el engranaje y colocó ambas correas. Al terminar quiso, como era lógico, cobrar el arreglo. Los choferes se miraron, ninguno de los dos tenía plata para pagarle.

-“Cargalo en la cuenta de la empresa” le respondió el más veterano.

EL ULTIMO PASE

El hombre no estaba de acuerdo. Decía que siempre pasaba lo mismo, que después demoraban dos meses en pagarle un arreglo, que había tenido que pagar las correas de su bolsillo. Luego de descargar su bronca contra la empresa, se dio cuenta de que no tenía sentido seguir discutiendo: no había otra forma que hacer lo que le decían y cargarlo a la cuenta. Agarró sus cosas ofuscado, se subió al rastrojero y se fue sin siquiera darnos tiempo a agradecerle.

A las nueve y media de la noche llegamos a Rosario, cuatro horas después de lo previsto. La cuadra estaba sin luz y el hotel no era la excepción. Subí por la escalera nueve pisos para dejar mi valija en la habitación y, unos minutos después, tuve que bajar a comer.

Me acosté a la madrugada y la luz no había vuelto. Igual no importaba, con el cansancio que tenía lo único que me importaba era la cama.

P.D: Al día siguiente despedimos el año de la peor manera: perdimos por goleada.

Año nuevo, cuerpo técnico nuevo

“En este mundo que habitamos, todo está sujeto a cambios continuos e inevitables”.

Jean De Monet. Biólogo francés.

Durante el receso hubo novedades. Algunas esperadas, otras no. Recién un par de días antes, por teléfono, me avisaron el día y la hora del primer entrenamiento. Lo habitual es que lo comuniquen antes de irse de vacaciones pero se sabía que debían definirse algunos temas antes de pensar en la pretemporada.

Cuando llegué al club, la puerta seis colapsaba de padres y niños pugnando por entrar. La avenida Avellaneda era un caos. Los micros de transporte escolar que transportaban a los chicos a Pontevedra y los autos estacionados en doble fila, taponaron el tránsito. El coro de bocinazos, inesperado en los primeros días de enero, alteraba la paz de Caballito. A mí no me afectó, ir caminando a entrenar tiene sus privilegios: uno de ellos es no ser víctima de los embotellamientos.

Debo reconocer que ver a los niños ingresar al club con sus remeritas verdes y sus valijas con la vianda, me trajo reminiscencias de la

infancia. Treinta años atrás, yo formaba parte de esa turba de infantes y disfrutaba de los “veranos alegres” de Ferro. Guardo recuerdos fantásticos de aquellos tiempos (los juegos, la pileta en Pontevedra, las competencias deportivas) y afloraron de golpe mientras caminaba entre los chicos.

Adentro del vestuario se vivía un clima expectante. Las típicas charlas post vacacionales fueron opacadas por los comentarios, llenos de incertidumbre, sobre la disolución del cuerpo técnico y la conformación de uno nuevo. En realidad, no era nuevo: Bianco continuaba a cargo de la dirección técnica pero sin sus tres ayudantes (Hugo Fiscalini, Fernando Morelli y Santiago Piccinini).

A las 9.30 hs subimos las escaleras que separaban el vestuario del campo de juego del estadio. Era un día soleado que, en cuestión de minutos, se transformaría en muy caluroso. Sobre el césped nos esperaba Bianco con sus nuevos ayudantes: Víctor Molina (ayudante de campo), Luis Núcara (preparador físico) y Guillermo Lamborizio (segundo preparador físico). Daniel Caminos, el entrenador de arqueros, continuaba en el club pero su relación con Ferro era previa al arribo de Bianco.

La charla fue breve y pese a que la situación era un poco extraña, no hubo demasiadas explicaciones. Luego llegó el turno del trabajo físico y con él, la indescriptible y desagradable sensación de rigidez de un cuerpo aletargado por los veinte días de inactividad.

Reconozco que nunca seguí el protocolo de entrenamiento en las vacaciones. Si mi trabajo consistía en patear una pelota y correr, en las vacaciones podía hacer cualquier cosa menos eso. Y así lo hice, en quince años de profesión corrí cuando tuve ganas y sólo jugué al fútbol con amigos. El precio de estas actitudes era sufrir el doble al retomar el entrenamiento.

Las reacciones eran conocidas: los músculos de las piernas se fatigaban progresivamente y, con cada vuelta, se ponían más pesadas;

JUAN MANUEL HERBELLA

las rodillas enviaban sutiles señales de alerta para reducir el impacto y como nunca eran escuchadas, terminaban doloridas e inflamadas; el pie plano valgo me hacía sentir hormigueos en el arco plantar pese al uso de las plantillas ortopédicas.

El arranque fue tranquilo, recorrimos un total de diez kilómetros (en 5 pasadas de 2 km) sin un tiempo mínimo establecido. El calor de la mañana fue un condimento extra, treinta grados de temperatura y 90% de humedad. Para concluir el ensayo, al profe se le ocurrió hacer una interminable sesión de abdominales, espinales y flexiones de brazos.

Volviendo a casa me arrepentí, una y otra vez, de no haber ido con el auto. Hubiera sido preferible soportar el embotellamiento y no la tortura de caminar diez cuadras.

El tiempo pasa

“Mi pasatiempo favorito es dejar pasar el tiempo, tener tiempo, tomarme mi tiempo, perder el tiempo, vivir a contratiempo”.

Françoise Sagan. Escritora francesa.

Lo que sería un viaje rápido para jugar un partido de fútbol se transformó en un calvario, una aventura metafísica de quince horas vagando por el valle de Punilla.

El ómnibus no llegaba y la banda (léase los jugadores) se estaba impacientando. Estábamos en un hotel de Córdoba Capital y el conmutador nos había despertado a las 6.15 hs de la mañana. Media hora después, supuestamente, saldríamos en colectivo para el complejo bautista de Villa Giardino a disputar el primer amistoso de la pretemporada contra Tristán Suarez.

Viajar dos horas por un partido de dudosa utilidad (por las condiciones del campo de juego) no era algo que motivara pero estábamos resignados, al fin de cuentas era parte del trabajo de preparación para el campeonato y hacer fútbol era más atractivo que cargar pesas o hacer pasadas.

Los minutos pasaban y no había noticias del ómnibus. Esperábamos un servicio distinto al que nos trasladaba habitualmente a entrenar al predio de Belgrano. La demora fue tanta que llegó el tiempo de preguntarnos si realmente vendría el colectivo. No había respuestas para darnos.

Desperdigados por el hotel y sus adyacencias, intentamos hacer más llevadera la espera. Algunos dormían desparramados sobre los sillones del lobby, un par tomaban mate sentados en la calle y otros en la baranda de la cañada frente a la avenida Figueroa Alcorta. Los gestos de fastidio se acumulaban, yo me divertía viendo como se potenciaban a medida que amanecía y los dormilones se iban despabilando.

Había pasado una hora y media del horario previsto y las chances de jugar eran mínimas. En condiciones normales, el partido se debería haber suspendido pero, como el viaje tenía un segundo objetivo, se mantuvo en pie esperando a que llegara el transporte. Recién dos horas después del horario previsto, apareció la carrocería roja y negra de la reconocida empresa de transporte.

Apareció, cual broma de mal gusto, justo en el mismo momento en que el entrenador analizaba suspender el viaje, ir a entrenar al predio a la mañana y dar libre la tarde. Con el colectivo parado en la puerta del hotel comenzaron las deliberaciones.

Faltaban quince minutos para las nueve. Si salíamos en ese momento llegaríamos al predio cerca de las once de la mañana y la temperatura esperada para esa hora era de 30°. Pese a la evidente desprolijidad, primó la idea de viajar y, con altas dosis de fastidio, los jugadores nos subimos al micro. A la hora que debía comenzar el primer amistoso, el ómnibus todavía no había salido de la ciudad de Córdoba

Llegamos a la villa Bautista, como estaba previsto, cerca de las once de la mañana. Bajamos con los bolsos para prepararnos rápido

pero nos topamos con la sorpresa de que nuestros rivales todavía no habían llegado. La sorpresa era mayor teniendo en cuenta que Tristán Suarez estaba realizando la pretemporada en La Cumbre, a tan solo diez kilómetros de las canchas.

El calor, afuera del micro, era sofocante. Desparramados, bajo la sombra de unos álamos, esperamos a que llegaran. A esta altura de la mañana, el sol resplandecía a un punto que dañaba más de lo que bronceaba.

Los minutos pasaban y no había noticias de los rivales. Alrededor del mediodía, se hizo evidente lo que todo el mundo sospechaba: el amistoso se había suspendido. Con la confirmación de lo evidente quedaba por verse como continuaba. Ya nos habían sugerido la posibilidad de “ir al cerro Uritorco a tomarnos unas fotos” (sic).

Este “cerro de los loros”, en idioma de los pueblos originarios (comechingones), era venerado como un lugar sagrado por los nativos y, actualmente, algunas personas lo consideran un lugar místico, cargado de una energía especial.

Originariamente, estaba pautado almorzar junto con el plantel de Tristán Suárez en la hostería donde se hospedaban. En un comienzo, la idea no era mala pero como la mañana estaba perdida, el plantel no se oponía a bancarse el hambre con tal de volver al Córdoba lo antes posible. La propuesta de volvernos fue denegada, el fastidio seguía acumulándose.

Demoramos quince minutos en llegar al restaurant y al bajar del ómnibus nos dimos cuenta que el lugar estaba vacío y las puertas cerradas. Desde la parte de atrás del lugar, se asomó una señora para avisarnos que la comida estaría recién en una hora. Se había pasado la mañana entera sin hacer nada.

Al llegar la hora de almorzar, empezaron a aparecer los jugadores del lechero que bajaban caminando distendidos desde la hostería. Se pasaron la mañana en la pileta dado que el colectivo que los había

ido a buscar en la segunda oportunidad (la primera vez retomaron a mitad de camino al ser advertidos de nuestra demora) no cumplía los requisitos mínimos impuesto por el entrenador para transportar a una delegación. Nosotros no lo podíamos creer. El problema había sido nuestro, llegamos dos horas más tarde de lo previsto. Pero el partido se terminó suspendiendo porque el colectivo de línea que trasladaba a Tristán Suarez había pasado a buscarlos en la mitad del recorrido y cargado con pasajeros. Para ese entonces, ya tenía un nudo en el estómago y sabía que cualquier cosa que comiera me iba a caer mal y así fue.

De vuelta en el micro, luego de la comida, los jugadores esperábamos a que recapacitaran pero cuando el chofer dobló hacia la derecha, en dirección a Capilla del Monte, se nos acabaron las ilusiones. Supuestamente sería algo rápido: bajaríamos unos minutos en la base del cerro para sacarnos unas fotos y emprender el regreso.

A las tres de la tarde llegamos al destino. La temperatura, en ese momento, superaba los 30 grados y el sol seguía picando más que bronceando. Bajé las escaleras, con mi cámara de fotos en la mano. Al costado de la playa de estacionamiento había unas escalinatas para bajar al parador de la base del cerro. El calor era agobiante. Cuando llegué al parador, luego de bajar los treinta escalones, ya estaba completamente transpirado. Nos apretamos en un reparo para sacarnos la foto. A los costados se ubicaban los vendedores ambulantes con sus artesanías, sorprendidos por lo que veían.

La espera se tornaba tediosa, supuestamente ya no había nada para hacer pero seguíamos desparramados a la sombra de los árboles. Nadie sabía por cuánto tiempo más nos quedaríamos ahí. Cansados de transpirar inútilmente, un par de jugadores nos fuimos para el ómnibus, al menos allí esperaríamos sentados y con aire acondicionado.

Los minutos pasaban y no teníamos noticias del resto. Cada uno en lo suyo, seguíamos aguardando en nuestros lugares. Paso un largo

EL ULTIMO PASE

rato hasta que se escucharon unos pasos subiendo por las escaleras al piso superior del ómnibus, era el profe Guillermo Lamborizio. Si él subía era porque esperaban que nosotros volviéramos. Eso quería decir que se habían alterado los planes y lo que supuestamente sería una visita para sacarse una foto, se había transformado en otra cosa completamente distinta.

-“Me mandaron a buscarlos. Vamos a caminar un rato”, dijo en forma escueta.

¿No era que llegábamos al cerro, nos sacábamos una foto en la base y volvíamos para Córdoba? Aparentemente no, este día no tenía plan y tampoco lógica. Ahora habían decidido caminar por un curso de agua rumbo a la cima de otro cerro cercano. Al Uritorco no podíamos subir, había que pagar un canon; al otro cerro, caminando por un sendero que serpenteaba el río sí, ese era gratis.

Cuando llegamos al cauce del río, luego de prepararnos y bajar nuevamente la escalera, ya no quedaba nadie. Divisamos, muy a lo lejos, un par de remeras verdes que caminaba zigzagueando entre las piedras. Sin ningunas ganas, los seis rezagados les seguimos los pasos. Habremos recorrido unos dos kilómetros hasta que llegamos a una bifurcación.

El camino de la izquierda era plano, continuaba paralelo al río y era el que había escogido Guille, que nos llevaba unos doscientos metros de ventaja. El camino de la derecha era en ascenso, primero había que cruzar el cauce del río, traspasar una vieja tranquera de madera y comenzar a trepar por un camino rumbo a la cima de la colina. Mirando hacia arriba, entre medio de los árboles, se veían un par de figuras vestidas con remeras verde, supuestamente otro grupo de jugadores.

Los cinco rezagados no sabíamos que sendero tomar y antes que

perdernos, preferimos sentarnos en la bifurcación, esperando a que volvieran.

Al rato volvió Guille, había escogido el camino equivocado. Concluía a unos quinientos metros en una especie de espejo de agua. Nosotros (Nereo Champagne, Martín Bernacchia, Sergio Meza Sánchez, Juan Martín Raponi y quien escribe) sentados a la vera del riacho, descalzos y con los pies sumergidos en el agua intentábamos disfrutar del momento, ya estaba más que claro que no tendríamos la tarde libre.

Los minutos pasaban y no aparecía nadie. Sedientos, cansados y muy aburridos emprendimos el regreso; al menos hasta la base del cerro, adonde había un kiosquito para comprar algo para tomar.

A la hora y media empezó a verse una columna de hombres vestidos de verde que bajaban a la carrera del cerro. La imagen era simpática, más que un plantel de fútbol parecía un grupo de jóvenes de excursión o un cuerpo del ejército ejercitándose. La nota de color la dieron Lértora y Sosa que, confiados en que sólo nos tomaríamos una foto, bajaron del ómnibus en sandalias. Los pies de Federico terminaron llenos de ampollas y las ojotas de Juan destruidas.

Arribamos al hotel a las 21.30 hs, luego de tres horas de viaje. Fatigados y fastidiados de una jornada larguísima, impropia de una pretemporada. “El tiempo pasa” dice la canción y en la pretemporada también, pero un poco más lento de lo habitual.

Los tres arqueros y yo

“Hay gente que dice que los futbolistas profesionales somos esclavos del juego. Bueno, si esto es la esclavitud, denme cadena perpetua”.

Bobby Charlton. Futbolista y entrenador inglés.

El auto del “gato” Dominguez parecía una latita llena de sardinas. Emientras viajábamos por la autopista rumbo a Carlos Paz. Éramos cuatro jóvenes de más de un 1,85 mts apiñados dentro de un WV gol que intentaba recorrer los 40 kilómetros de distancia, lo más rápido posible.

Disfrutar de una tarde libre en el medio de la pretemporada era como encontrar un oasis en el medio del desierto. Por el contrario, quedarse en Córdoba capital un soleado domingo de enero era un sacrilegio. Nos lanzamos a la aventura, en la búsqueda del sano esparcimiento, como si fuéramos D’Artagnan y los tres mosqueteros, bajo el lema: “Todos para uno y uno para todos”. Nereo Champagne (arquero surgido de San Lorenzo), Martín “el mono” Bernacchia (arquero surgido de Vélez con pasado en Almagro y Talleres), el Gato y yo.

A la mañana disputamos dos partidos amistosos contra el Club Atlético Las Palmas (conjunto cordobés que participa en el torneo argentino C): los titulares empataron 0 a 0 y el equipo suplente ganó 3 a 0 con goles de Altamirano, Varela y Chimino. Luego almorzamos todos juntos en el hotel y, de ahí en más, quedábamos liberados hasta la noche. Algunos se quedaron durmiendo para recuperarse del cansancio acumulado, un par se fue de compras y otros disfrutaron una tarde de pileta en el hotel.

Salimos de la ciudad, unos minutos después del mediodía. El gato había sacado el registro unos días antes y era su primera experiencia en ruta, estaba medio nervioso. La autopista 20, que une la capital con Carlos Paz, estaba vacía pero con mucho control policial y esto lo tenía intranquilo. No por que estuviera en falta sino que no sabía cómo reaccionar si lo detenían. Pero nada de eso ocurrió, sin detenciones ni demoras llegamos a la villa. A esta altura, el conductor ya se sentía confiado, había superado el desafío pero no sabía que le faltaba la parte más difícil: el ingreso al balneario “Los mimbres”. El camino era de ripio, en mal estado y con pendientes. Conocedor de sus limitaciones, el hombre cedió el lugar y a partir de allí continuó Martín al volante, el baqueano, el único que conocía el lugar al que nos dirigíamos.

Al superar una lomada, apareció el parador, justo sobre el final de la bahía del lago y con un paisaje fantástico. En la puerta, sentado a la sombra de un árbol, un muchacho controlaba el ingreso.

“Esta el Laucha” lo inquirió Martín ni bien nos acercamos.

El muchacho asintió con la cabeza y nos dejó pasar. Nuestra cara de sorpresa, cuando nos dejaron pasar sin pagar, era como la del pibe que seguía preguntándose quiénes éramos. No sabíamos que el Mono tenía organizada toda la movida.

-“¿Ustedes son los muchachos de Talleres, no?”

Martín asintió con la cabeza, convencido de que no necesitaba

darle más explicaciones, y enfiló derecho para el estacionamiento.

Cuando nos bajamos del auto apareció el Laucha. Cargaba unas cajas de cervezas para su boliche: una cabaña de madera rústica color oscuro con una barra larga en el lateral y un mobiliario de sillas y mesas al tono.

Nos sentamos en una mesita cerca de la playa. La tarde era magnífica, invitaba al relax. Una picada con salames de Colonia Caroya y unas cervezas acompañaron la charla.

A media tarde se me acercó un muchacho, que también disfrutaba de la tarde y del parador. Llevaba un rato mirándonos junto con su grupito de amigos de alrededor de 20 años.

- “¿Vos sos el doctor Herbella?”

Ante mi respuesta afirmativa se dio vuelta y los ninguneo de forma irónica. Estaba confiado, se le notaba que haber acertado lo había hecho sentirse orgullosos e idóneo para charla.

-“Y él es Monasterio” afirmó confiado mientras apuntaba en dirección al Mono.

Los cuatro intentamos contener la risa pero no pudimos. No queríamos que el chico quedara mal parado frente a sus amigos pero tampoco podíamos para de reírnos. La cara de Martín se transformó. Es cierto que el error no era tan grave. Al fin de cuentas los dos eran arqueros, tenían el pelo entrecano y llevaban un par de años jugando en el ascenso. El pibe no sabía adónde meterse. Los amigos también se reían a carcajadas. Se dio media vuelta y volvió con el grupo.

“De que se ríen ustedes, si no conocen a nadie” les dijo para que se callaran.

Bajó el sol y llegó la hora de irnos para el centro. Por gentileza de Daniel Comba, productor de la obra, conseguimos entradas para ver “Excitante” en el Teatro Candilejas. Daniel había sido mi representante durante un largo tiempo y ahora se dedicaba a la producción de obras teatrales.

Nueve y media en punto, luego de comernos unas pizzas, nos paramos en la puerta esperando a que vinieran a buscarnos. Era una noche divina. La luna resplandecía rodeada de estrellas. La gente aguardaba a que abrieran las puertas, la fila llegaba hasta la esquina y doblaba hacia la derecha. De una puerta lateral, se asomó el acomodador y nos hizo subir al primer piso. Ahí nos convidaron unos fernets y nos dijeron que esperáramos hasta que se ubicara todo el público. Unos minutos después apareció Daniel, ataviado con una camisa celeste muy canchera y un jean ajustado. Charlamos un rato para ponernos al día hasta que se hizo el momento de pasar a la sala. Nos ubicamos en un rincón, fila nueve, cerca del escenario.

La obra fue fantástica: los chistes de Artaza, las imitaciones de Cherutti, los sketchs del Bicho Gómez, la voz de Estela Raval, los cuadros de baile de Flavio Mendoza y los cuerpos de Adabel Guerrero y Cintia Fernandez. El tiempo se nos pasó volando. Otra vez, apretados como sardinas, emprendimos el viaje de vuelta. Volvíamos charlando sobre lo bien que lo habíamos pasado.

Había sido un día de película, el de D'Artagnan y los tres arque-
ros

Nos tapó el agua

“No hay mayor dolor que acordarse de los tiempos felices en la desgracia”.

Dante Alighieri. Poeta italiano.

Cuando se desató la tormenta salimos corriendo para el vestuario. Esta no era la primera vez que llovía fuerte pero sí la primera que nos obligaba a suspender el entrenamiento. En la decisión había pesado el recuerdo del accidente sufrido por el masajista de Racing quien murió víctima de la descarga eléctrica de un rayo.

El cielo estaba oscuro cuando llegué al club, alrededor de las cinco y media de la tarde. Como se veía venir la tormenta el cuerpo técnico decidió suspender el loco habitual y, previo una breve charlita sobre la proximidad del inicio del campeonato, arrancamos el calentamiento con un jueguito competitivo dentro del área grande donde sólo valía jugar la pelota con la cabeza y con la mano.

Progresivamente se iba poniendo cada vez más y más negro hasta que, mientras disputábamos un torneo de tenis-fútbol, se desató el diluvio. La tormenta empezó fuerte y de golpe. Los padres que ve-

nían a buscar a sus hijos a la colonia apuraban el paso pero no podían evitar mojarse.

Como originariamente no estaba planificado que el entrenamiento fuera muy exigente, a la mañana siguiente jugaríamos un amistoso con Quilmes en el estadio Centenario, el entrenador decidió finalizar la práctica. El profe nos aviso que corriéramos al Etchart, a guarecernos. Demoramos muy poco en recorrer los cien metros que separaban la cancha auxiliar del gimnasio pero igual llegamos empapados. Fuimos para el vestuario sin elongar y con mucho cuidado para que los botines no resbalaran en el piso mojado.

En la puerta de ingreso estaban colocados los carritos de supermercado que utiliza la utilería para juntar la ropa sucia. Esta vez estaban afuera para que no ingresáramos embarrados.

Me senté en el banco para sacarme la poca ropa que me quedaba y vi como el agua empezó a brotar por debajo de la puerta de una de las habitaciones laterales que habitualmente se utilizaba como depósito. Cuando la abrieron nos sorprendió la insólita inversión de roles: el agua en vez de irse por la rejilla, brotaba a través de ella. Inicialmente era una leve cantidad, pero unos minutos después emulaba a uno de esos grandes bebederos de las plazas municipales.

En un momento pensamos que el inconveniente estaba resuelto y aproveché para bañarme. No tardamos en darnos cuenta que era una impresión equivocada. Seguía saliendo agua y en poco tiempo el vestuario se inundó por completo. Mendo y Jerry corrían de un lado al otro levantando las cosas del suelo, como dos competidores del equipo verde de aquel recordado programa televisivo Supermatch.

En la antesala de las duchas, Gonzalo Abán intentaba contrarrestar la creciente, empujando el agua con un secador de piso hacia las rejillas del baño. Algunos que ya estaban en ojotas comenzaron a resguardar sus prendas personales, especialmente los zapatos, para que no sufrieran una inmersión indeseada. Yo, afortunadamente, ha-

bía terminado de bañarme. Junté mi ropa y salir a cambiarme en la mitad del pasillo.

El agua seguía avanzando, y más rápido de lo esperado. Adentro, en la parte más honda, que debía tener más de cinco centímetros de profundidad, los botines y las zapatillas que no habían sido rescatados, se ahogaban en el líquido oscuro.

Ni siquiera había terminado de vestirme cuando el agua superó la puerta y se dirigió hacia donde me encontraba. No había nada que me retuviera ahí. Dejé el resto de mi ropa en el carrito que todavía permanecía afuera y emprendí el camino a casa. En seguida, apareció corriendo un empleado de mantenimiento que tenía la llave del gabinete de al lado, donde estaba ubicada la bomba que podría drenar este desastre.

Salí del club sin saber si se jugaba el amistoso y a que horario había que estar en Quilmes. Afuera, ya no llovía. La tormenta había durado veinte minutos, el tiempo suficiente para convertir al vestuario en un espejo de agua que reflejaba la triste imagen del club que supo ser modelo a nivel mundial y que en estos momentos peleaba por salir a flote. Para ello deberán dejar de lado las rencillas y remar todos juntos, sino se les hará muy difícil conseguir resultados.

Volver

“Poder disfrutar de los recuerdos de la vida es vivir dos veces”.

Marco Valerio Marcial. Poeta latino.

Era temprano, muy temprano. Como estábamos en verano, ya había un halo de claridad cuando asomé la trompa del auto a la calle. Todavía sentía los síntomas del sueño, esa somnolencia típica del que se levanta antes de lo habitual. Normalmente entrenábamos a las nueve de la mañana y Ferro me quedaba a diez cuadras de mi casa; no necesitaba madrugar demasiado. Ahora debía estar una hora antes (8.00 AM) en Quilmes y para llegar tenía, como mínimo, cuarenta minutos de viaje.

Con el mate preparado para ir desayunando, el bolsito con los afeites en el asiento trasero y la radio prendida para escuchar las noticias, arranqué un recorrido archiconocido. Las calles estaban vacías. En otras épocas del año, cuando este camino era una rutina de todos los días, me resultaba monótono y tedioso tener que lidiar con el tráfico hasta que podía subir a la Autopista 25 de mayo. De ahí hasta Quil-

mes, el trayecto era mucho más rápido. El destino final: el estadio Centenario José Luis Meizner, la casa del Quilmes Athletic Club. Un lugar lleno de reminiscencias y amigos.

Estábamos en la etapa final de la pretemporada, faltaban apenas diez días para comenzar el campeonato. Ya había pasado la parte dura y nos quedaban un par de amistosos. Hasta el momento los resultados no habían sido buenos pero tampoco habían sido ilógicos, la carga física y la distinta etapa de preparación podían servir como justificativo: empate en 0 con Las Palmas (equipo del regional de Córdoba) y con Social Español (equipo de la primera B metropolitana). Ahora tendríamos un rival de mayor jerarquía, una verdadera medida para analizar en que nivel estábamos.

Estacioné el auto en la calle interna del estadio, a unos metros de la puerta de la utilería local. Por allí ingresaba todos los días al vestuario cuando era jugador de Quilmes. La golpeé suavemente, como para pedir permiso, y asomé la cabeza. Adentro, Bertín se movía frenéticamente preparando la ropa.

Norberto “Bertín” Lattuada, además de utilero, es la historia viviente del Quilmes Athletic Club. Entre tantas otras cosas también es padre, abuelo, bombero y experto en seguridad fabril, un de esos personajes únicos que aparecen en este ambiente. Con su andar pachorriento y su pancita prominente está en todos los detalles, nunca se le escapa nada. A veces se ponía un poco ácido, cuando el rendimiento del equipo no era bueno, pero hay que saber llevarlo y entenderlo. Alejandro Godoy y Carlitos Mizzau, son los colaboradores co-responsables de que esta utilería sea una de las mejores del fútbol argentino.

Charlaba con Bertín sentado en un rincón, cuando por la puerta lateral que conectaba con el pasillo central, apareció el flaco Milozzi. Leyenda deportiva de los años de oro, capitán del equipo campeón del 78. Aún mantenía ese porte erguido de zaguero recio, que infun-

día miedo en sus antiguos rivales, y el aspecto desgarbado, de los últimos años, que causaba simpatía en los jugadores actuales.

A medida que me adentraba por el corredor, iban aumentando las chances de cruzarme con amigos, colegas y recuerdos. De a uno, me fui reencontrando con algunos ex compañeros del 2003 (Danilo Gerlo, Diego Torres y Pablo Garnier) y otros del año pasado (Emanuel Trípodí, Gastón Corvalán, Martín Quiles y el Tano Di Gregorio). En los pasillos de este club se guardan muchos y muy buenos capítulos de mi carrera futbolística.

Cuando llegué al vestuario visitante, mis compañeros estaban terminando de cambiarse, las charlas me habían llevado más tiempo del esperado. Hasta ese momento, no se sabía dónde se disputarían los amistosos. Afortunadamente, pese a la tormenta del día anterior, primó la idea de jugar en el estadio. El anexo del club, detrás del parque, no tenía el terreno en buen estado.

No esperaba arrancar jugando el primer partido (el de los titulares), pero tampoco arrancar jugando en el segundo (el de los suplentes), era para preocuparse. En las vacaciones, el entrenador me había comunicado que buscarían refuerzos en mi posición y que estaba liberado si deseaba continuar en otro equipo. Busqué alternativas pero las que surgieron no me convencían ni a mí ni a mi familia: debía irme de Buenos Aires y no estábamos dispuestos. Un par de días atrás le había comunicado al entrenador que no había aparecido ninguna opción tentadora y que me quedaría en el club peleando por un lugar dentro del equipo.

Ingresé en el segundo juego, faltando apenas treinta minutos, cuando el equipo ya perdía 2 a 1, el mismo resultado con el que luego terminaría el juego. Estos fueron mis primeros minutos de fútbol del año, antes ni siquiera había realizado una práctica. Los titulares no tuvieron mejor suerte, también cayeron, 1 a 0 con gol de Raymonda de penal.

EL ULTIMO PASE

En líneas generales, me sentí bien pese a la inactividad. Es cierto que, en el primer pique casi me desgarró y que estuve ahogado durante los primeros diez minutos pero no me puedo quejar. El clima del partido fue distendido, aún más para mí que conocía a los tres delanteros de Quilmes, en algún momento habían sido compañeros míos (Carrasco, Torres y Narvay).

Entre los saludos, las charlas y el baño, llegué a casa, pasado el mediodía, cuando mis hijos ya estaban durmiendo la siesta. Para nos despertarlos me senté en la computadora y empecé a escribir este capítulo. No había sido una mañana muy productiva pero al menos volví a Quilmes y al fútbol. Tenía que aprender a mirar la mitad del vaso lleno.

La sorpresa

*“La vida es 10% de lo que te ocurre y
90% de como respondes a ello”.*

Lou Holtz. Entrenador de fútbol americano.

Fue un dialogo corto, de esos que se producen casi por compromiso entre dos conocidos que se cruzan casualmente después de un tiempo sin verse.

-“¿Cómo estás?” me preguntó de repente cuando caminábamos a la altura de la mitad de la cancha.

-“Bien”, le respondí.

La pregunta me tomó por sorpresa. Hasta ese momento, casi no había tenido contacto con el entrenador, salvo aquel día que fugazmente le había confirmado que permanecería en el club los seis meses que me restaban de contrato.

-“¿Y para jugar como estás? Porque no hiciste mucho fútbol durante la pretemporada”

-“Bien, también”

Eso fue todo. Estábamos en el medio de la cancha, prontos para comenzar el entrenamiento y empecé a percibir que algo raro pasaba.

Faltaban tres días para que comenzara el campeonato y todavía no estaba definida la alineación titular. Algo poco habitual teniendo en cuenta que había transcurrido un mes de preparación.

Mi situación, durante la pretemporada, había sido atípica. No había participado de los amistosos frente a Las Palmas y Social Español y apenas había realizado unos minutos de fútbol sobre el final de la preparación (25' contra los suplentes de Quilmes y 75' contra los de Deportivo Merlo).

¿Estarían tanteándome para sacarme del freezer en el debut del campeonato? No era lógico pero, como en el foro del club me pedían los hinchas y al entrenador le influían esos comentarios, era posible. La respuesta no demoraría en llegar, apenas veinte minutos, el tiempo que duró el calentamiento.

Antes de empezar a correr, me dí cuenta que el corazón me latía más rápido. Distintas preguntas y miles de hipótesis se me cruzaban por la mente: ¿jugaría o iría al banco? ¿el equipo de la práctica terminaría siendo el que entraría en campo?

La situación me había tomado desprevenido, jamás imaginé que de la noche a la mañana y sin un aviso previo podría tener chances de arrancar jugando. Comencé a sentirme ansioso, ahora quería que se develara el misterio, quería saber el equipo. Nos paramos en círculo en la mitad de la cancha y el entrenador empezó a leer la pizarra verde donde habitualmente anotaba las formaciones titulares y suplentes.

“Para aquél lado van: Champagne, Chimino, Herbella, ...”

Hasta ahí llegó mi atención. Cuando escuché mi nombre me corrió una electricidad por dentro, pensar que había realizado la pretemporada pensando en remarla desde atrás y ahora estaba en el equipo titular sin siquiera haber comenzado el campeonato. Bianco dio algunas indicaciones de lo que pretendía para enfrentar a Unión: hacer correr la

JUAN MANUEL HERBELLA

pelota y atacar por los costados. Además aclaró que no quería que nos desgastáramos, la temperatura rondaba los treinta y cinco grados.

Durante mi carrera, nunca le mi di trascendencia al rendimiento en las prácticas de fútbol entre titulares y suplentes, y tampoco al resultado. Andar bien no aumentaba las chances de ganar el domingo y perder podía servir para corregir errores y no entrar confiados. Pero debo reconocer que este día resultó ser mi mejor entrenamiento del año y lo decoré, sobre el final, con un bonito gol de contraataque a la salida de un córner (con una sutil definición de emboquillada con la pierna izquierda).

Cuánto vale la esperanza para el desahuciado.

La lesión

“En la naturaleza no existen premios ni castigos, sólo existen consecuencias”.

Robert Frost. *Poeta norteamericano.*

Percibía como el ácido láctico iba haciendo mella, los músculos de las piernas ya no respondían como al inicio del partido. Supe lo que iba a hacer el delantero, lo intuí, pero mi cuerpo no reaccionó a tiempo. La celeridad de mi cabeza no era correspondida por las piernas y terminé cometiéndole falta, justo lo que él buscaba.

“Nada es porque sí” me repetía a mi mismo mientras esperaba a que ejecutaran el penal. Estaba pagando las consecuencias de la preparación inadecuada, de la falta de fútbol durante la pretemporada y de esas decisiones que, pese a no haber sido mías, me estaban costando caras.

Al partido había llegado entusiasmado como niño que recibe un regalo inesperado, de ser suplente del suplente pasé a titular en menos de una semana. Son esas cosas raras que pueden ocurrir en el fútbol que no tienen explicación. Si tuviera que arriesgar una, diría que fue

por el clamor popular.

Era una tardecita de verano ideal para jugar al fútbol: fresca y ventosa, un clima de esos que ocurren pocas veces en el año y que se disfrutan mucho. Pese a que era el primer partido del año, no había una gran asistencia de público; la popular estaba ocupada a la mitad de su capacidad y algo parecido ocurría con la platea cubierta. Es cierto que los resultados de la primera parte del torneo no daban para entusiasmarse y que tampoco había habido alguna incorporación que ilusionara al hincha.

El vestuario lucía diferente: las paredes estaban llenas de fotos de la pretemporada con inscripciones y frases de estímulo. Apuntaban a recordarnos el esfuerzo realizado para volcar esa energía positiva dentro de la cancha.

Las primeras jugadas del partido las resolví correctamente, me sentía muy bien. Pese a la falta de fútbol no sentía haber perdido el *timing* de juego, me notaba fino con la pelota y en condiciones de anticipar las jugadas en el momento deseado. Con el correr del partido, la acumulación de cansancio me haría perder esa finura.

Faltaban un par de minutos para terminar el primer tiempo cuando ocurrió la jugada desafortunada. Villavicencio y Rosales disputaron un pelotazo largo de la defensa de Unión, Villa resbaló y yo intenté relevarlo. El delantero me encaró con la pelota dominada. Retrocedí unos pasos y cuando voy a pararme para no entrar al área, me doy cuenta que en realidad ya estaba adentro. Rosales amagó a patear, y yo intenté tapar el supuesto remate. Cuando enganchó, buscó mi pierna. Yo sabía que tenía que retirarla para evitar que se tirara, pero no alcancé a sacarla. Toia cobró correctamente el penal, que justamente Rosales cambió por gol.

Pocos minutos después, el árbitro dio por terminada la primera parte y me fui al vestuario cuestionándome por un error claramente evitable. No habíamos jugado bien y habíamos sido superados por

Unión que aprovechó bien los espacios en contraataque; pero si no hubiera sido por esa jugada desafortunada, seguiríamos empatados.

Sentado en el vestuario sentía como me temblaban las piernas, no era por miedo, era por cansancio. El ritmo del encuentro era exigente y empecé a percibir la fatiga. Pensé en pedir el cambio. No lo hice, no quería que pensarán que me borraba en un mal momento o que me estaba justificando.

Apenas iniciábamos el segundo tiempo nos convirtieron el segundo gol. A esta altura, yo debí haber tomado la decisión de abandonar el campo: Tenía los isquiotibiales tensos, como si un perro estuviera mordiéndolos.

A medida que pasaban los minutos, aumentaban los insultos y la desesperación tomaba cuerpo en los hinchas. El equipo carecía argumentos para darlo vuelta salvo que alguna pelota parada pudiera resolver el déficit de juego colectivo, algo que acarreábamos desde el campeonato pasado.

Faltaban diez minutos para concluir el juego. Velazquez, mi marca, venía moviéndose parecido en todos los envíos al área: me amagaba que iba para adelante y buscaba ganarme la espalda. Para contrarrestar el movimiento, intentaba aguantarlo desde atrás y después cortarle el paso hacia la pelota.

En este tiro de esquina: él volvió a repetir el movimiento y yo también, pero mi pierna no aguantó el esfuerzo. No me quedaban dudas, el pinchazo era una señal inequívoca de lesión muscular.

No tenía sentido salir cuando faltaba tan poco para terminar. El dolor era persistente pero suave, sólo se incrementaba en la aceleración brusca. Lo correcto hubiera sido salir pero preferí continuar hasta el pitazo final del árbitro.

El doctor Rotemberg me revisó al llegar al vestuario. En el examen físico se palpaba una alteración muscular en el tercio medio del bíceps crural (músculo flexor de la pierna). No era una buena señal pero

JUAN MANUEL HERBELLA

tampoco me sorprendía, lo supuse desde el momento del pinchazo. Me dieron un antiinflamatorio inyectable, me llevé un par de pastillas para tomar cada 8 horas y la indicación de colocarme hielo en la zona de dolor cada dos horas.

Las causas de la lesión eran obvias (poco fútbol en la etapa de preparación), las consecuencias estaban a la vista, solo faltaba que los estudios dieran el veredicto. A partir de ahí, se sabría mi tiempo de exclusión. Como un preso que recluso purga su condena, daba comienzo a mi tiempo de reclusión. En este caso, en el gabinete médico.

Confirmado

“Vale más actuar exponiéndose a arrepentirse de ello, que arrepentirse de no haber hecho nada”.

Giovanni Boccaccio. Escritor italiano.

A la mañana, cuando me desperté, sentía un dolor punzante en la pierna. Fui al entrenamiento a sabiendas de que no tenía nada para hacer, salvo escuchar la charla técnica.

Parados en el área del arco que da a la cabecera popular, dialogamos unos minutos. Más que dialogo fue un breve monólogo del entrenador al que nadie le quiso agregar nada. No había mucho para decir y la bronca generalizada tampoco permitía hacer un análisis objetivo del partido. Sirvió simplemente como una forma de apoyo moral para que no decaiga el ánimo. Para colmo había un par de jugadores lesionados: García terminó contracturado, Guibelalde y yo nos habíamos desgarrado y Chimino tenía gripe. Los pocos que jugaron y no estaban enfermos, hicieron un trote regenerativo; los que no, realizaron un trabajo de fútbol en espacios reducidos. “Guibe” y yo, ni bien terminó la charla, nos fuimos al Hospital Piñeiro para

hacernos una ecografía.

Los doctores de Ferro estaban, los días sábado, a cargo de la guardia de traumatología y por eso decidieron que realizáramos allí la ecografía para confirmar el diagnóstico. El examen físico del día anterior y el dolor al despertarme, no dejaba lugar a dudas: me perdería un par de partidos. Ahora, había que evaluar el tamaño de la lesión muscular y, con ese dato, estimar el tiempo de recuperación

A las once de la mañana llegué al portón que da sobre la avenida Varela. Quise entrar el auto al estacionamiento, pero enserguida, salió un encargado de seguridad a cortarme el paso. Adentro sobraba espacio, con suerte si el playón estaba cubierto al 10% de su capacidad. Reconozco que la burocracia me agobia. Sábado al mediodía, el hospital público semivacío y este señor que no me quería dejar estacionar. No se si pretendía que le tirara unos mangos, nunca me lo dio a entender, pero tampoco se entendía su obstinación a impedirme el paso. Luego de mucho renegar y protestar me dejó pasar de mala gana.

Fuimos la guardia a buscar al doctor Torrisi, no lo encontramos. El encargado de recepción nos contó que, un rato antes, había entrado a quirófano a operar un herido de bala y que supuestamente tendría para dos horas de cirugía. Nosotros veníamos a hacernos una simple ecografía, no necesitábamos que Rubén estuviera presente. Intenté que nos atendiera el médico de guardia encargado del área de imágenes pero teníamos otro inconveniente: el sector se había quedado sin luz y, por ende, no funcionaban los aparatos. Ahora tendríamos que esperar que volviera la luz y que Rubén se desocupara para avisarnos. Al fin de cuentas habíamos tardado más tiempo intentando convencer al hombre de la puerta que dentro del hospital.

La tarde transcurrió sin noticias. Supuse que se había olvidado. A las ocho de la noche, cuando ya no lo esperaba, recibí el llamado del “Doc” avisándome que ya tenía todo listo, si iba en ese momento, no

EL ULTIMO PASE

iba a tener que esperar.

Salí de casa lo más rápido que pude. Cuando llegué a la puerta del hospital, sobre la Avenida Varela, estaba oscureciendo. Me paré en el semáforo y coloqué la luz de giro, justo a la altura del ingreso vehicular. Esta vez fui previsor y llamé a Rubén cuando estaba llegando para que me esperara en la puerta.

Ahí estaba, esperándome, firme, al lado del guardia de seguridad, con ese aspecto seductor que lo caracterizaba: estilo Guillote Coppola. Vestía un impoluto ambo de color blanco y unos zapatos negros muy elegantes.

Fuimos al sector de imagenes. El examen fue corto y el resultado el esperado: ruptura fibrilar de un centímetro y medio, lo quera igual a veinte días fuera de las canchas.

Él te “Salva”

“En las contiendas hay un momento en el cual se definen los ganadores y los perdedores, los buenos deportistas reconocen y dimensionan esos momentos”.

Pat Riley. Entrenador de básquet norteamericano.

La pelota rebotó en un jugador de Gimnasia de Jujuy y le llegó por sorpresa, la dominó con el pecho como si la hubiera estado esperando y, con un movimiento rápido, la empalmó con la pierna derecha para colocarla junto al palo. Ese gol sirvió de bálsamo para una situación muy complicada.

Antes de que Roberto se luciera, el clima en el estadio estaba bastante caldeado. La derrota frente a Unión había alterado el espíritu de los hinchas y desató una interna política donde también estaba en juego la continuidad de Bianco. La gente lo resistía, al igual que la subcomisión de fútbol profesional, y cantaban pidiendo su renuncia pero el entrenador contaba con el respaldo de Claudia Golubok. La representante del Órgano Fiduciario le había prorrogado el contrato, que vencía en marzo, para equiparárselo con los nuevos integrantes de su cuerpo técnico.

EL ULTIMO PASE

El equipo no venía rindiendo: había sumado pocos puntos en la recta final del torneo y en los cuatro amistosos de comienzo de año, ni siquiera había convertido un gol. La situación era complicada pese a que recién había comenzado la segunda parte del campeonato. El plantel estaba confiado pese a la derrota y a las lesiones. El juego iba a ser televisado y por TV siempre obteníamos buenos resultados.

Para “Salva” era su primer partido del año, en el primero no había sido tenido en cuenta ni para ocupar un lugar en el banco de suplentes. Los lesionados y el modificación en el esquema de juego (del 4-4-1-1 muy resistido por la gente al 4-3-1-2), le abrieron un lugar en el lateral derecho de la defensa. El fútbol es cambiante, por eso es importante estar preparado.

El partido era parejo hasta que Roberto Salvatierra dominó la pelota con el pecho como si la hubiera estado esperando y, con un movimiento rápido, la empalmó con la pierna derecha para colocarla junto al palo. Unos minutos después tuvo otra igual, pero no pudo definirla. Con la ventaja, el equipo pudo soltarse y jugar un poco mejor pero no logró volcar la superioridad en el marcador. La expulsión de Ramasco, a mitad del segundo tiempo, ahondó las diferencias en el trámite pero aún así podrían habernos empatado. En la última jugada: un foul innecesario en $\frac{3}{4}$ de cancha que derivó en un centro al medio del área y un jugador visitante quedó solo para definir; afortunadamente la tiró afuera, sino hubiera sido un castigo terrible.

Con la victoria y los tres puntos conseguimos un poco de distensión para el cuerpo técnico. No había sido un gran partido pero por la inspiración de Salvatierra logramos darle sustento a un trabajo que venía siendo cuestionado. Era un momento de definiciones y el equipo volvió a decir presente, como ya lo había hecho frente a Rosario Central, Chacarita y Atlético Tucumán.

Rehabilitando con O-mal

“El arte de la medicina consiste en distraer al enfermo mientras la naturaleza lo cura”.

Voltaire. Filósofo y escritor francés.

Díaz Vélez y Acoyte. Hospital Durand. Pabellón Romano. Servicio de Kinesiología. Mi lugar en el mundo durante estos desventurados días de verano con el bíceps crural izquierdo desgarrado y el espíritu maltrecho.

No hay peor vivencia para un futbolista que la de estar lesionado, incluso es preferible ser marginado por el entrenador antes que ser confinado al gabinete médico. La gente supone que en esos momentos el jugador trabaja menos y, en realidad, es completamente al revés: trabaja el doble. Un turno en el consultorio y otro en el campo.

En Ferro, las cosas eran un poco más complicadas. El club no contaba con la infraestructura básica para realizar la rehabilitación y dependíamos de lo que hiciera el kinesiólogo. Al fin de cuentas, era acorde a la situación político-económica del club: en quiebra y con uno de los presupuestos más bajos de la categoría.

Omar Rodríguez era nuestro kinesiólogo. El plantel lo había bautizado como “O-mal el que cura todo mal” pese a que era un buen profesional. La chanza era porque Omal no venía todos los días. Su relación contractual con el club lo comprometía, solamente, a asistir a los partidos y a tres entrenamientos por semana.

Los días que Omal no venía, debíamos buscarlo después del entrenamiento en su consultorio particular o en el Hospital Durand. El club no poseía los aparatos de kinesiología (léase laser, ultrasonido, magnetotherp o de corrientes alternas) y frente a la eventualidad, debíamos arreglárnoslas con el PF, para la parte física, y con Miguel, el masajista. Está situación, lejos de ser la óptima para un plantel profesional, era la que vivíamos día a día y a la que debíamos adaptarnos.

Om al me había dejado programado el entrenamiento, este era uno de sus días de ausencia. Primero tenía diagramada una rutina de pesas en el gimnasio y, luego, un trabajo de campo con el preparador físico. La idea era mantener el acondicionamiento general y fortalecer, específicamente, la zona lesionada.

Fue una hora de ejercicios con pesas y un par de vueltas a la cancha a ritmo lento. No me arriesgué con los alargues porque, al intentar acelerar el paso, se me contracturaba la cara posterior del muslo. Para final, el profe me ayudó con la elongación, tarea silenciosa y poco atractiva pero fundamental para un jugador.

De ahí me fui a bañar rápido y después a comer a casa, a las dos de la tarde tenía que estar en el Hospital. A esa hora, disminuía la cantidad de pacientes en el servicio, los de la mañana ya estaban almorzando y los de la tarde, todavía no llegaban.

Al entrar al pabellón había una pequeña sala de espera. Después un amplio salón, que un largo pasillo dividía en dos, dejando los boxes sobre ambos costados. En el fondo, había un pequeño gimnasio con algunas máquinas antiguas y un par de pelotas inflables.

Llegué y no estaba la recepcionista. Dudé, al principio pensé en esperarla pero no era necesario. Abrí la puerta y pasé. No había nadie en el pasillo pero se escuchaban voces en un gabinete del fondo, una de esas voces era la de Omar. Lo llamé desde afuera y se asomó para ver quién era. Me miró y me hizo un gesto para que lo esperara a que terminara de atender.

Me senté en un rincón y esperé. Habrán pasado unos diez minutos hasta que volvió a salir. En el ínterin, pude observar como desfilaban los pacientes que utilizaban el servicio de kinesiología del hospital. Era una población homogénea: muchas mujeres mayores de sesenta años y yo.

Mi rutina era siempre la misma: magneto, ultrasonido y masaje (en ese orden). Habitualmente, el tratamiento, me llevaba una hora y media. Estaba de vuelta en casa a la hora de la merienda. Pero las actividades no terminaban ahí, luego de tomar unos mates tenía que ir al gimnasio para cumplir la segunda sesión de fortalecimiento.

Cuando llegué, pasadas las siete de la tarde, me esperaban los nenes. Listos para empezar a jugar. Ellos no podían entender eso de que “papa está lesionado”. Este fue otro turno de entrenamiento, claramente el más entretenido de todos.

Playa y comida, fútbol y teatro

“Los amigos: una familia cuyos individuos se eligen a voluntad”.

*Jean Baptiste Alphonse Karr.
Filósofo y escritor francés.*

El 5 a 1 estropeó lo que podría haber sido un fin de semana perfecto.

Salí de Buenos Aires el sábado a primera hora de la mañana. A los jugadores que no estábamos concentrados nos habían dado el fin de semana libre y decidí ir a Mar del Plata, a ver el partido frente a Aldosivi. En realidad, aproveché que mis amigos también iban, solo no hubiera ido. Fernando y Seba vinieron conmigo; Tatí, Vergui, Guido y Agustín, ya habían salido la noche anterior.

A las 13.30 estábamos en Playa Grande, matando el hambre en uno de los paradores de la costa. Un menú marítimo: rabas y calamares. El clima estaba ventoso y nublado, nos quedamos con las ganas de tirarnos al agua. Entre mate y mate se pasó la tarde.

El partido era a las nueve de la noche, teníamos tiempo de sobra para bañarnos e ir a picar algo. Para después del partido compramos

un lomo y un matambrito de cerdo para un asado. Camino al estadio encontramos un barcito con cerveza artesanal. Entre pinta y pinta, queso y salame, se nos hizo la hora de ir al estadio.

Llegamos con tiempo al estadio Minella pero nos demoramos en el acceso: primero porque cambiaron de lado los ingresos y después por la requisita policial. Gracias a la gestión de la Dra Golubok y de los miembros de la subcomisión de fútbol profesional (SCFP) conseguí un par de entradas para mis amigos. No es algo habitual, más teniendo en cuenta que jugábamos de visitante y en el ascenso sólo estaba permitido que asistieran hinchas locales. Ninguno de ellos era hincha de Ferro, solo venían para acompañarme y para ver si podían disfrutar de un lindo partido.

Estacionamos los vehículos dentro del playón cubierto y nos separamos. Ellos fueron, junto con los dirigentes, a la platea cubierta alta y yo al vestuario, a saludar a mis compañeros. Al entrar me di cuenta que era el único que había viajado desde Buenos Aires a ver el partido. Me quedé con ellos hasta que estuvieron listos para salir a la cancha.

Cuando enfilaron hacia el tunel, me separé. Subí las escaleras de la platea lo más rápido que pude y llegué adonde estaban mis amigos, justo cuando el árbitro daba comienzo al partido.

Mis preocupaciones porque no se aburrieran se desvanecieron enseguida. Abán aprovecho un descuido de la defensa, a los siete minutos y puso a Ferro en ventaja. Al rato nos empataron con un remate de larga distancia y luego nos convirtieron de cabeza en un corner. Antes de terminar el primer tiempo, llegó el tercero de Aldosivi y, apenas comenzado el segundo periodo, el cuarto, que sentenció el juego.

Con el partido definido, un par de mis amigos se volvieron para ir preparando el asado. Yo me quedé hasta que el gordo Altamirano malogró el penal. A esta altura faltaban diez minutos y ya no tenía

EL ULTIMO PASE

mucho sentido quedarse. Al quinto gol de Aldosivi ni siquiera lo vi, escuché los gritos sentado en el auto mientras salía del estadio.

El matambrito de cerdo me quitó la desazón. Bizarrísima, la obra de teatro de Torry, Jacobo y Guido Suller, logró entretenerme pero nada pudo hacerme olvidar la goleada, la lesión y la difícil situación del equipo que se hundía en la tabla. Ni siquiera pudieron los churros de Manolo, el domingo al mediodía, mientras volvía a casa.

La caravana

El punto de encuentro: Rivadavia y Acoyte, pleno centro de Caballito. De allí saldrían en procesión a las 17 hs rumbo al “Templo”, como acostumbran llamar los hinchas verdolagas a su estadio. Mi idea era aprovechar que estaba lesionado para sumarme de incógnito y vivir la sensación de ir como un hincha más.

No eran muchos pero, debo reconocer que tenían mucho entusiasmo. La gran mayoría eran adolescentes, de entre quince y veinte años. Todos iban vestidos con las camisetas del club, algunas actuales y otras más antiguas. Por la calle iban blandiendo una bandera y tirando fuegos artificiales. Cada tanto se sumaba alguno que también iba hacia la cancha y no tenía pudor para ir cantando con estos jóvenes.

Luego de la goleada sufrida en Mar del Plata, el clima estaba muy enrarecido. Se veían signos de tensión en los rostros de los allega-

dos. Por los pasillos se corría el rumor de que si Ferro perdía al entrenador “lo renunciaban”, en criollo: le exigían la renuncia. Por el momento, lo único que lo mantenía en el cargo era el fuerte apoyo del Órgano Fiduciario.

El partido no era fácil. Defensa y Justicia venía de ganar su último partido de local y de rescatar un punto en Rosario frente a Central. El equipo demostraba tener un buen acople defensivo pero carecían de potencia en el ataque (atacaba con pocos jugadores). La base era un grupo de jóvenes valores del club con algunos refuerzos que habían tenido un pasado en primera división, su objetivo era mantener la categoría. En la tabla del descenso, apenas les llevábamos tres puntos de diferencia.

Vi el partido desde el palco, sentado junto a mi viejo que llegó por su cuenta unos minutos antes de que comenzara el partido. No fue muy atractivo, fue uno de esos típicos 0 a 0 con pocas situaciones de gol y mucha fricción. Tuvimos un par de situaciones claras (una de Abán y otra de Altamirano) pero lamentablemente no las pudimos aprovechar.

Faltando quince minutos, la barra brava arrancó con los cánticos en contra del entrenador; le pedían, más bien le exigían, la renuncia. El resultado, al fin de cuentas, no era ni bueno ni malo pero la producción futbolística del equipo había ido bastante pobre. Defensa se había dedicado a cuidar la pelota: hasta $\frac{3}{4}$ de cancha con mucho criterio, de ahí en adelante sin profundidad.

Antes de que terminara el partido bajé al vestuario. Me senté en la banqueta donde habitualmente me cambiaba. A través de los ventiladores rotos, escuché el silbatazo final del árbitro y la catarsis posterior de los hinchas, los señores de la platea no dejaban títere con cabeza.

El empate mantenía al entrenador en su cargo pero, con estos resultados, difícilmente los hinchas se entusiasmarían para seguir organizando caravanas.

El apriete

*“El primer gran mandamiento es:
no permitas que te asusten”.*

*Elmer Davis. Periodista
norteamericano.*

Habían avisado que iban a venir y vinieron, nadie hizo nada para frenarlos. Pensé que serían más pero apenas eran tres muchachos, todos desconocidos.

Había uno que llevaba la voz cantante. Era medio gordito y usaba una barba candado que resaltaba sus mofletudos cachetes. Lo primero que se encargó de aclararnos era, según sus propias palabras, que tenía cara de boludo pero no lo era. Vestía un pantalón de Ferro y una remera deteriorada, imagino que por el paso del tiempo o por el ataque de una jauría de pollillas hambrientas. “Calzaba” una riñonera color negro que hacía juego con unas zapatillas del mismo tono. Si tuviera que guiarme por lo que nos dijo, debería considerarlo como uno de los jefes de la barra pero la verdad es que me costaba mucho imaginarlo en una función de ese tipo, daba más para fuerza de choque que para otra cosa.

Al lado de él, había uno que aparentaba ser bastante más cuerdo. Media las palabras y hablaba con propiedad. Justamente era el más pequeño de los tres y no tenía un físico que intimidara pero demostraba que sabía usar la cabeza. Vestía una camisa rayada de mangas cortas que exponía la delgadez de sus brazos que difícilmente seguirían una rutina en el gimnasio. Esto no parecía acomplejarlo en lo más mínimo. Su pelo, prolijamente peinado, difería del perfil esperado para un barrabrava típico, tranquilamente podría haber pasado por oficinista en un *casual fridays*.

El tercero era un grandote de un metro noventa que no emitió una palabra. Este muchacho sí que tenía cara de malo. Estaba en cuero y no creo que estuviera acalorado, imagino que buscaba exhibir sus músculos y un tatuaje gigante estampado en el pecho con el escudo de Ferro. Alrededor del cuello también “calzaba” una riñonera, lo cual me llamo la atención porque dos de tres la utilizaban y ya habían pasado de moda.

Nos encontramos en el pasillo que unía el vestuario con el gimnasio Etchart, un lugar angosto para la cantidad que éramos. Apparentemente ellos habían elegido el lugar, estaban ahí cuando llegué. Comenzaron por hacernos saber el motivo de su visita: estaban preocupados por los malos resultados. Lo que no estaba claro era si venían a brindarnos su apoyo o a advertirnos sobre lo que nos podría ocurrir en el caso de que no mejoráramos. A priori, la charla marchaba tranquila. Les interesaba saber las causas del bajo rendimiento y si era verdad que algunos jugadores tenían inconvenientes con el entrenador. Les aseguramos que nadie estaba en contra de Bianco y que los resultados no se daban por impericia colectiva.

El clima empezó a enturbiarse cuando acusaron a uno de los jugadores recién incorporados de no estar compenetrado con el equipo, lo habían visto riéndose luego del empate con Defensa. ¿Hay alguna pauta de comportamiento establecida para un futbolista que acaba de

empatar un partido? ¿Está prohibido que ante un comentario de un familiar se sonría pese a estar rodeado de hinchas tristes por el resultado? Supongo que para evitar estos altercados no debería haberse quedado en el club pero cada uno es libre de hacer lo que le plazca.

El entrenador, parado unos metros atrás de nosotros, miraba como se desarrollaba la discusión. Él no emitía palabra, sólo observaba. Debíamos ser diez personas (entre jugadores e hinchas) encerrados en ese pequeño espacio y el tono de voz iba subiendo en forma paulatina pero sin llegar a los gritos. Dentro de todo, la charla venía dura pero controlada.

El inconveniente comenzó cuando apareció uno de los jóvenes del club con mayor trayectoria dentro del equipo. Él tenía una desavenencia previa con el más locuaz del trío, de la cual no habíamos sido informados. Aparentemente, se habían cruzado de nuevo en el quinchito apenas terminó el partido y discutieron.

A partir de ahí, la reunión se desmadró y parafraseando a “Deportes en el recuerdo”: se armó la hecatombe, la debacle total, una seguidilla de hechos bochornosos que no por ignominiosos dejan de ser corrientes en nuestro fútbol vernáculo.

No hay mayor amor

“¡Cuán grande riqueza es, aun entre los pobres, el ser hijo de buen padre!”

Juan Luis Vives. Humanista y filósofo español.

Al principio me preocupé, llevaba treinta minutos esperando al micro sobre la autopista 25 de mayo. Sabía que era una locura estar parado ahí, con los autos pasándome por al lado, pero era la mejor opción: ir hasta al centro para después volver y pasar a diez cuadras de casa era un desperdicio de tiempo.

Jugábamos contra Almirante Brown en Isidro Casanova, iba a ser el partido televisado de la noche del jueves. Si me iba al hotel, me perdía el turno de rehabilitación y la sesión en el gimnasio.

Oscurecía sobre la autopista. Del micro, ni noticias. La subida de Av. La Plata estaba colapsada por los autos que pugnaban por ingresar a la ya de por sí congestionada autovía. Todos los vehículos buscaban lo mismo: salir de la capital.

Llamé a Nereo Champagne para ver qué pasaba. La idea era cerciorarme de que mi presunción era cierta y el ómnibus estaba deteni-

do por el tránsito en algún lugar de la ciudad, estaba convencido de que no se habían a olvidar de mí.

Ellos también estaban preocupados. La utilería estaba viajando con la delegación y al llegar iban a tener que esperar para que Mendo y Jerry prepararan la ropa.

Pasadas las siete y media de la tarde, apareció un ómnibus Chevallier, doble piso, color gris y con letras en color rojo. Me dí cuenta que era mi transporte porque asomó la trompa por detrás de dos camiones, mientras circulaba por el carril lento. Una maniobra así indicaba que estaban buscando a alguien.

Cuando el colectivo se acercó un poco más, pude observar que al volante venía un señor que debía rondar los 50 años, de tez oscura y con la cara impecablemente afeitada (según me dijeron después era una obligación de la empresa). Además utilizaba unos anteojos cancheros que le daban un aspecto juvenil y le servían para combatir el reflejo de los últimos rayos de sol sobre el horizonte. A su lado viajaba Miño, el encargado de seguridad del club, con su brillante y característica pelada; imagino que asesorándolo sobre la mejor forma de encontrarnos con la escolta policial.

Sin detener la marcha, me abrieron la puerta de atrás del ómnibus y me subí a la carrera. No podían parar en el medio de la autopista, menos aún perder el precioso tiempo. En el interior se palpaba la ansiedad, ya llevaban más de una hora de viaje. En General Paz y Crovara nos esperaba un móvil policial para escoltarnos hasta el estadio “Fragata Sarmiento”. Hasta ahí, debíamos arreglárnoslas solos.

Al punto de encuentro arribamos faltando menos de una hora para comenzar el juego. Era tardísimo. La sirena del patrullero nos abrió camino y empezamos a avanzar a toda velocidad por la avenida. Una mitad del ómnibus circulaba por el carril que le correspondía; la otra mitad, de contramano. Los oficiales de policía no respetaban los semáforos, era indistinto que estuvieran en rojo, en amarillo o en

verde. Gracias a ellos fue que llegamos a tiempo, también gracias a la pericia del chofer que hizo maravillas al volante. En una maniobra tuvo que clavar los frenos, si no lo hacía, se llevaba puesto a un dormido que manejaba un Fiat Duna blanco y en ningún momento tomó conciencia que atrás tenía un ómnibus escoltado por la policía. En un momento, un par de jugadores no aguantaron más y le gritaron jocosamente: “Ehh viejo, maneja mejor que nos vas a matar a todos”. Atrás del grito llegaron las risas y los aplausos del plantel.

Pese a que llegamos tarde, al estadio, quedaba algo de tiempo como para prepararse. Nos bajamos del micro. Los que jugaban entraron al vestuario a cambiarse y el resto esperamos afuera para no molestar, el espacio era muy pequeño. Al rato llegó el chofer. Era raro verlo ahí adentro, parado al lado nuestro. Estaba con las manos cruzadas a la altura de la cintura y sujetaba una agenda de cuero color negro. Si no hubiera sido por el chaleco de la empresa, perfectamente lo podríamos haber confundido con un pastor, con biblia en mano, esperando para predicar el evangelio.

Los jugadores hicieron los ejercicios precompetitivos en la cancha auxiliar que estaba justo detrás de la platea. Un largo pasillo poco iluminado pero bien custodiado separaba el vestuario de la zona utilizada para el calentamiento. Aquél que quisiera ingresar a la zona, donde transitaban los jugadores y árbitros, debía traspasar dos controles policiales exclusivos para proteger a los protagonistas. No sabíamos de qué forma el chofer había logrado vulnerarlos y estaba mezclado entre medio nuestro.

Los jugadores de campo utilizaron el centro de la cancha, mientras que Nereo Champagne (arquero titular) y Christian Limusin (arquero suplente que debutaba en primera), se movieron dentro del área. El resto de los suplentes no precalentaban y se quedaron charlando con nosotros (los jugadores no convocados) a un costado del campo.

A los allegados, que quisimos volver al vestuario para la arenga

final, los policías nos cortaron el paso. No permitía que nadie estuviera en la zona previo al comienzo del partido. Nos mandaron directamente a una tribunita angosta que estaba pegada a la platea, el lugar desde el cual veríamos el partido. El chofer, que ya parecía un miembro más de la delegación, fue con nosotros pero se ubicó solo, arriba de todo, en el extremo de la tribuna más cercano al centro de la cancha. Se lo notaba cansado pero, en su cara había rasgos de alegría que no podían ser ocultados por las ojeras.

Era un partido intenso, Almirante había tomado la iniciativa y dominaba el trámite del juego. Era tan amplia su superioridad que no tardaron en ponerse en ventaja. Previamente ya habían desperdiciado un par de oportunidades. De Ferro no había mucho para mencionar, apenas unas pequeñas aproximaciones sin peligro real para el arco custodiado por Monasterio.

En el segundo tiempo, el local se retrasó buscando jugar de contra-golpe. El planteo era eficiente pero seguían sin aprovechar las innumerables chances de gol que generaban. Es por este motivo que en el fútbol hay un antiguo refrán que no por ser viejo deja de ser cierto: “Los goles que se malogran en el arco rival, se sufren en el propio”. A cinco minutos de terminar el partido, el gordo Altamirano agarró un centro desde la derecha con su pierna izquierda y la clavó en el ángulo. El empate no era merecido pero a veces hay que pagar las consecuencias por desperdiciar oportunidades.

Era claro que el resultado no dejaba a nadie satisfecho. Nosotros no estábamos amargados por el resultado pero sí por el rendimiento y los jugadores de Almirante seguían lamentándose por la chance que desperdiciaron de salir, aunque sea por una semana, de las posiciones de descenso directo. Los hinchas locales se retiraban tristes, se les había escapado la posibilidad de disfrutar de un fin de semana relajado, ahora tendrían que estar pendientes de los resultados de los rivales directos.

EL ULTIMO PASE

Sentado en su butaca, frente al volante, estaba el único individuo alegre en todo Casanova y alrededores. Ese hombre que en veinte años de trabajo tuvo la oportunidad de transportar una infinidad de equipos de fútbol y esta vez había vuelto de Córdoba en el mismo día con el solo fin de trasladar a la delegación de Ferro. Ese amante del fútbol que vio orgulloso a su hijo precalentar vestido por primera vez con la ropa de arquero de primera división y que después de ver sus sacrificios tuvo la posibilidad de acompañarlo en sus primeros pasos en el fútbol grande de la Argentina.

Eduardo Limusin, ese padre orgulloso que pudo demostrar con acciones su amor.

El gol

“Confieso que es muy rara la noche que no sueño con goles espectaculares, hermosos y míos.”

Jorge Valdano. Futbolista y entrenador argentino.

La pelota quedó ahí, picando a medio metro de la línea de gol, esperando por el jugador que le diera su destino final; dormir mansita bajo la red o volar lo más lejos posible del área, no había opción intermedia. Corrí como desesperado, buscaba ese grito eufórico que llevaba cuatro años negándoseme. No era el único que corría, un defensor y el arquero buscaban malograr mi esfuerzo y opacar mi regreso soñado.

Horas antes, sentado en una de las sillas del salón del primer piso del hotel, había soñado este retorno. El ruido de la lluvia, golpeando las ventanas, y la voz del entrenador, dando la charla técnica, se habían transformado en un elixir hipnotizante. Este partido era mi retorno, aunque fuera desde el banco de suplentes. El desgarró me había mantenido casi treinta días fuera de las canchas.

Oía pero no escuchaba, aparentaba prestar atención con la vista fija

en los carteles llenos de indicaciones. Como no arrancaba jugando mi mente vagaba por distintos temas y elucubraba jugadas brillantes sobre terrenos anegados (estaba lloviendo).

Salimos del hotel uno atrás del otro y a la carrera. Los dos metros descubiertos entre la puerta del hotel y el micro bastaron para que nos empapáramos. En cierto punto me tranquilizaba no jugar de arranque, un campo embarrado me obligaría a realizar un esfuerzo doble y todavía no estaba plenamente recuperado.

La lluvia fue intensa pero termino rápido. Cuando nos bajamos del micro, al llegar al estadio, ya había parado. Igual, lo que había llovido, fue suficiente para ablandar el terreno de juego, obligándonos a realizar el calentamiento, por primera y única vez en el año, en el gimnasio Etchart.

El partido, desde su comienzo, fue dinámico y con situaciones de gol en ambos arcos. Sabíamos que sería de esta forma por la propuesta audaz que pregonaba Darío Franco, el entrenador de San Martín. Su idea de juego ofensivo podrá ser objetada por la mecanización en los movimientos y la rigidez en el posicionamiento de los jugadores pero nunca dejará de ser reconocida (y elogiada por mí) por la valentía de buscar el arco contrario. Siempre es más fácil agruparse atrás y salir de contragolpe, pero actitudes como esta afean el espectáculo y transforman al fútbol en un oxímoron: un entretenimiento aburrido.

Promediaba la primera parte, cuando me avisaron que me preparara. Al "Churro" Ferreyra se le había contracturado el aductor izquierdo y el dolor no lo dejaba continuar. Me quedé calentando al lado del banco, en un huequito de pasto que estaba entre la platea y la pista de atletismo.

Sobre el final del período, Nereo tuvo su parada del campeonato. Luego de un desborde de Roverbal, Penco quedó solo frente al arquero y tuvo dos oportunidades claras: la 1ª de cabeza y la 2ª con el pie. En las dos, respondió Nereo y mantuvo el arco en 0. Nos fuimos

al descanso con una sensación de buena fortuna, perfectamente podríamos irnos perdiendo.

En realidad, los que fueron a descansar al vestuario fueron mis compañeros, yo me quedé en la cancha y continué con el calentamiento. Por este motivo, no escuché la charla técnica. Cuando bajé a ponerme la camiseta ya estaban listo para salir, el Dt apenas me señaló quien sería mi marca en las jugadas con pelota detenida (Galarza).

“Señor, tiene que salir del campo para luego ingresar” me dijo el juez de línea. Era insólito, veintidós años jugando al fútbol seriamente y me olvidé de esperar la autorización. Era una zoncera, sabía lo que debía hacer pero como hacía tiempo que no me pasaba (tener que entrar en el entretiempo) me había olvidado.

Desde el primer quite me sentí con confianza. Se escapaba Penco por la derecha, la pelota se le fue un poco larga y lo cruce tirándome al suelo, algo que hacía en forma muy esporádica. El reconocimiento de la gente me entusiasmó, sentía que este era mi partido, ya lo había soñado durante la charla técnica y me llegó la oportunidad.

Recuerdo ese minuto con una precisión cartesiana. Era un tiro libre a favor a un metro del vértice del área grande sobre el sector derecho. Diego Tonetto se paró para pegarle con su pierna hábil, la izquierda. Con Nico Agorreca esperábamos el centro y charlábamos sobre una jugada anterior, un corner de San Martín que casi termina en gol. Cuando se armó la barrera y el árbitro se preparó para dar la orden, me fui acercando para cruzarme en el camino de la pelota hacia el arco. Mi idea era bloquearle la visión al arquero. Al llegar, al lado de la barrera, le grité a Diego: “Mira que la pelota tiene que ir al arco”; él asintió con la cabeza.

Le pegó de forma impecable, la pelota pasó justo entré la barrera y mi posición. No fue a gran velocidad pero llevaba una comba perfecta a la que se le sumó el efecto del roce en el cuerpo de mi

EL ULTIMO PASE

marcador. El arquero se vió sorprendido pero, con esfuerzo, alcanzó a rechazarla para un costado. Tuvo la desgracia que allí estaba el gordo Altamirano esperando el rebote. Pocrnjic consiguió detener el nuevo remate pero, por segunda vez, no pudo retenerlo y la pelota quedó ahí, picando a medio metro de la línea de gol, esperando por el jugador que le diera su destino final. Corrí como un poseso y logré empujarla.

El grito del gol todavía retumba en mi cabeza. Que tu equipo gané con un gol tuyo es una de las pequeñas alegrías personales que te puede dar el fútbol. El partido terminó así, 1 a 0. Me sentí un héroe pero debo reconocer que el mayor responsable de la victoria fue Nereo: fueron sus atajadas las que nos permitieron mantener el arco en cero.

La fundación

“Enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las posibilidades para su propia producción o construcción.”

Paulo Freire. Pedagogo brasileño.

Los dos estaban parados, en la puerta del club, con sus portafolios al hombro y una pila de folletos en las manos. Con Darío y Juan Carlos nos conocíamos desde hacía unos cuantos años y nos cruzábamos dos por tres en algún evento de la fundación “El futbolista” (Jornadas libros y botines, reuniones de la red “De los pies a la cabeza”, en las visitas informativa, etc.).

Habíamos quedado en encontrarnos en la puerta 6 a las 8.45 hs. Cuando llegué, me estaban esperando. Venían para brindarles a los chicos una de las típicas charlas informativas donde se mencionan las actividades de la fundación, buscando entusiasmar a los futbolistas que además de jugar al fútbol abran otros horizontes.

Creada por Futbolistas Argentinos Agremiados, la fundación tiene como objetivo fomentar la educación y el desarrollo de los jugadores de fútbol, sean amateurs o profesionales. Las opciones van desde la

posibilidad de finalizar el colegio secundario a distancia o realizar cursos de idiomas, hasta aprovechar los convenios existentes con centros educativos terciarios o las becas universitarias.

Juan Carlos Touriño había sido futbolistas y de los buenos, uno de la treintena de argentinos que tuvo el privilegio de vestir la camiseta merengue de Real Madrid. Ahora era estaba a cargo, con Carlos Pandolfi, de la fundación y eran junto con Darío Mendelshon (psicólogo orientado a la parte deportiva) eran los que se encargaban de la conducción y coordinación de las actividades en la sede de la calle Independencia.

A las nueve, en punto, comenzaron la charla. Fue corta, apenas veinte minutos. Lo suficiente para que los muchachos pudieran interiorizarse de las posibilidades que les brindaba la fundación y del lugar adonde debían concurrir si estaban interesados.

La semilla había sido sembrada, ahora habría que esperar a ver si germinaba. En Quilmes, el año anterior, habían sido pocos lo que se interesaron en continuar o retomar los estudios. El fútbol es muy absorbente y no contribuye a que el jugador tome conciencia de lo importante que es su educación, ni siquiera encarándolo desde la perspectiva de que una mayor formación te da mayores chances de progresar como futbolista.

Luego de la charla y antes de comenzar el entrenamiento, un par de muchachos comentaban las alternativas que tenían. La reunión había logrado su objetivo: muchos tomaron conciencia sobre su presente y su futuro con el fútbol.

Caminando por el playón de la popular, iban Darío y Juan Carlos. Su trabajo, al día de hoy, no era reconocido del modo que debería serlo, pese a que la cantidad de jugadores asesorados y asistidos se cuentan en centenas. Pero aunque solo hubiera sido uno el beneficiado, su función seguiría siendo digna de elogio y reconocimiento.

Parado en el centro del campo me puse a pensar en mi futuro. El

JUAN MANUEL HERBELLA

final de mi carrera estaba cerca, me había preparado para decirle adiós pero no era tan fácil como lo imaginaba cuando tenía veinte años. Si a mí, que supuestamente estaba preparado, me costaba; no quería imaginarme lo duro y difícil que sería para aquellos que nunca se habían puesto a pensar en el día después.

No creo que Darío, Juan Carlos y todos los que tienen algo que ver con la Fundación El Futbolista y la red “de los pies a la cabeza” tengan conciencia de la importancia de su labor. Espero que encuentren en estas líneas un humilde y sincero reconocimiento.

El invitado aguafiestas

*“El destino mezcla las cartas, y
nosotros las jugamos.”*

Arthur Schopenhauer. Filósofo alemán.

La fiesta estaba lista en el estadio de Barrio Alberdi. No había lugares disponibles, las tribunas estaban repletas. El partido era justo el mismo día del aniversario del club, una oportunidad única para organizar una buena fiesta. Era Ferro, el convidado de piedra, el que tocaba en suerte para el festejo. Para mí era mi primer partido como titular luego de la lesión, una prueba exigente. En principio me sentía bien, creía poder aguantar los 90 minutos pese a la inactividad y al viaje de ocho horas en ómnibus del día anterior.

Antes de comenzar el encuentro Claudia Golubok, en representación de las autoridades de Ferro, les entregó a los dirigentes de Belgrano una plaqueta an reconocimiento al 106° aniversario de la institución. La plaqueta también sirvió como agradecimiento por la buena predisposición de Belgrano para prestarnos, durante la pretemporada de verano, su predio de entrenamiento.

Fue un partido parejo, hubo un par de situaciones de gol en cada arco y no mucho más que eso. Ellos pasaron al frente en el primer tiempo y nosotros pudimos empatarlo en el complemento. No hubo un dominador en el trámite del juego y el resultado fue justo.

Por mi parte, no llegué a confirmar o refutar mi suposición. Una patada artera me sacó de la cancha con la rodilla inflamada y dolorida. Mi partido terminó a los veinte minutos de la segunda parte, justo después del gol del empate (mitad de Lértora, mitad en contra de un defensor de Belgrano). En la jugada previa había cruzado para anticipar a un rival y me golpeó de costado, el impacto me dobló la pierna a la altura de la rodilla. Al principio temí lo peor, la articulación se me inflamó en un par de minutos. El dolor y la hinchazón no me dejaban flexionarla y sentía unos pinchazos alrededor del borde externo de la rótula. Pedí el cambio y como era mi última pelota, subí a buscar el centro. Llegó pasado y Lértora la bajó al medio, un jugador de Belgrano le desvió la trayectoria y se le filtró al arquero, un pibe que debutaba en este partido.

El silencio fue elocuente. Las caras y los gestos del público demostraban la incredulidad. Se escuchaban nuestros gritos de gol y el silencio. El silencio es la ironía del gol visitante en las canchas del ascenso. La prohibición de asistencia para el público no solo atenta contra el espectáculo, también desvirtúa lo que debería ser un logro generador de alegrías colectivas y lo transforma en un regocijo de pocos, un sentimiento egoísta.

Antes de que reiniciaran el juego, desde la mitad de la cancha, fui reemplazado por Chimino. Sentado en el banco de suplentes veía como se frustraban los intentos de Belgrano que chocaban con las manos de Nereo o con una pierna salvadora que aparecía en el último momento. Mirar los partidos de afuera es más estresante que jugarlos, el tiempo aparenta correr en cámara lenta. En esos 25 minutos que restaron tuvimos chances de ganarlo y de perderlo. A medida

EL ULTIMO PASE

que transcurría el tiempo se exacerbaba la desesperación del hincha, el nerviosismo también se trasladaba a los jugadores dentro del terreno. Con el empate consumado, la descarga llegó en forma de insultos y abucheos. Pensar que este mismo equipo, unos meses después, ascendería al ganarle la Promoción a River, condenándolo a jugar por primera vez un torneo de ascenso.

Dentro del ómnibus reinaba un clima de relax, no era algarabía porque no habíamos conseguido los tres puntos pero el empate en estas circunstancias no era un mal resultado. Al fin de cuentas, habíamos reventado la piñata y nos llevábamos el souvenir sin haber sido invitados a la fiesta.

El hediondo

*“Agua clara, aire puro y limpieza,
son las principales drogas de mi
farmacopea.”*

Napoleón Bonaparte. Militar francés.

Último entrenamiento de la semana, sábado por la mañana. Extrañamente nos tocaba jugar un día domingo, algo no habitual para un partido de ascenso. Era una linda mañana. El cielo estaba despejado y soplaban una leve brisa que no lograba disminuir la sensación de agobio generada por el calor y la humedad.

Cuando llegué al club me pareció que algo raro pasaba, no era común ver miembros de la subcomisión de fútbol a primer hora de la mañana de un día no laborable. Los saludé a la distancia, estaban deliberando a un costado del bar, y seguí rumbo al vestuario.

El club los fines de semana tiene un movimiento diferente. Están las madres que traen a sus hijos a jugar al básquet o algún otro deporte, los socios que llegan temprano para reservarse una de las parrillas del quincho y siempre aparece algún personaje típico de los días de descanso.

EL ULTIMO PASE

Cuando entré al vestuario, aquella mañana, me topé con un olor penetrante que asfixiaba. Era ese característico aroma que se huele en los baños de las canchas cuando se olvidaron de limpiarlos. En este caso no había sido fruto del olvido, sino de la falta de agua. Habré demorado como máximo dos minutos en cambiarme, el olor no se soportaba. Aproveché para ir al gimnasio unos minutos antes de arrancar el entrenamiento.

A la salida del vestuario había un par de empleados que intentaban conectar la manguera de emergencia. La idea era buena, iban a traer el agua de la calle para llenar el tanque. El problema había surgido por una avería de la bomba general y como no era de fácil arreglo, había que encontrarle un remedio momentáneo. Además faltaba apenas un día para el partido frente a San Martín de Tucumán y si no se solucionaba, era posible que se postergara el partido.

El entrenamiento fue corto, como es habitual el día previo al partido: jugadas de pelota detenida y torneo de tenis fútbol. Estos entrenamientos son breves pero intensos. Por el calor y la exigencia terminamos empapados de transpiración. Sabíamos del inconveniente pero teníamos la expectativa de que el problema ya estuviera resuelto. Lamentablemente no hubo caso, no pudieron llenar el tanque de agua y no teníamos con que bañarnos.

De una de las duchas corría un hilo de agua helada que no alcanzaba para lavarse. Volver a casa maloliente y con el cabello sucio, no era algo grave. Ahora pensar en que existiera una mínima chance de que se suspendiera el partido, me ponía los pelos de punta.

Sucio y hediondo me volví caminando a casa. Cuando era chico y disfrutaba de las “vacaciones alegres”, también me volvía del club todo transpirado, eran otros tiempos y otras circunstancias.

El premio

“Nuestra recompensa se encuentra en el esfuerzo y no en el resultado. Un esfuerzo total es una victoria completa.”

Mahatma Gandhi. Político y pensador indio.

Era miércoles, el primer día de entrenamiento de la semana. El triunfo del domingo (frente a San Martín de Tucumán con gol de Federico Lértora) sirvió para hilvanar la mejor racha positiva del campeonato con cinco partidos invictos (dos victorias y tres empates) y nos hicimos acreedores del primer, y único, premio por microciclo del campeonato.

Nos juntamos en el centro del campo para hacer la charla post-partido y, de paso, notificar al grupo de la buena nueva. Nadie se lo esperaba. La campaña era bastante floja y los premios arreglados a comienzo de la temporada, nunca los habíamos firmado. Por puntuación, nos correspondía el mínimo premiable: ocho puntos sobre doce posibles.

El partido del domingo había sido muy duro. Los primeros treinta minutos dominamos la pelota y el terreno, más por presión que por tenencia. Tuvimos un par de oportunidades claras pero el gol llegó jus-

tamente en el momento en que, producto del cansancio, había comenzado a decaer el pressing. Un corner con pierna cambiada de Matías García superó la estirada del arquero, su cálculo deficiente le permitió a Lértora convertir el gol de la victoria ingresando solo por el segundo palo.

En el segundo tiempo pasamos algunos sobresaltos, producto de nuestra incapacidad manifiesta para liquidar los pleitos. Hasta ese momento, habían sido pocos los partidos resueltos de forma holgada. En la gran mayoría vencimos por un módico 1 a 0 y en un par terminamos perdiendo puntos en los últimos minutos.

En el fútbol, a grandes rasgos, hay dos formas de defenderse: con la pelota o sin ella y agrupándose atrás para buscar el contragolpe. Nosotros teníamos asumido que conservar la pelota era una materia pendiente. Pero cuando nos agrupábamos atrás no mostrábamos una gran solidez defensiva y tampoco teníamos efectividad para aumentar la diferencia en las jugadas de contragolpe.

La plata no era mucha, pero servía; más a los pibes del club que no tenían contrato y a la gente de la utilería. Al ser repartida entre todos: jugadores, utileros, cuerpo médico y cuerpo técnico; se transformaba en una colaboración, muy apreciada en los bolsillos necesitados (los que no jugaban o no tenían contrato).

El dinero llegó antes de comenzar el entrenamiento del jueves, no esperábamos que apareciera tan rápido, fue toda una sorpresa. Lértora y Champagne (capitán y subcapitán del equipo) fueron a buscarlo y lo dejaron en el vestuario hasta que termináramos. Entrenamos duro: primero en el gimnasio y después con pelota en el campo. Era llamativo ver como la ansiedad aumentaba la intensidad del entrenamiento.

El clima del grupo era fantástico, llamaba la atención como un pequeño acto había cambiado la predisposición de todos. Al terminar se repartieron los sobres, las caras y los gestos de algarabía eran notorios. Era un pequeño premio pero un gran estímulo.

El ídolo

“Nosotros tenemos un compromiso grandísimo, que no ignoramos, que es actuar de acuerdo a nuestras posibilidades. Y por eso, si deportivamente lo hacemos, merecemos una única forma de ser recompensados: con el reconocimiento popular.”

Marcelo Bielsa. Entrenador argentino.

Ole, ole, ole oleee; Negro, Negrooooo” lo despidió el estadio al unísono mientras caminaba a paso calcino rumbo a la boca del túnel. Su misión estaba cumplida: había agarrado un barco que naufragaba sin rumbo y lo enderezó de un timonazo, esos son los actos requeridos para transformarse en ídolo.

El pedestal de la idolatría no cualquiera lo alcanza. No es suficiente realizar una buena campaña o tener un buen rendimiento. Cada club tiene sus exigencias, cada hincha tiene su criterio. Superar esa línea divisoria entre muy buen jugador e ídolo tiene requisitos especiales, entre los cuales figura ser capaz de cambiar la historia.

Rosario Central venía de una dura derrota en Comodoro Rivadavia frente a la CAI (Comisión de Actividades Infantiles). El traspíé trajo aparejado la renuncia del entrenador (Héctor Rivoira) y un sinfín de cuestionamientos de los hinchas, hacia los dirigentes y también hacia

los jugadores. Al Negro lo llamaron luego de la negativa de Diego Cagna a tomar el mando del equipo. Sus pergaminos como técnico eran escasos, ahora su vida estaba más cerca de la política que del fútbol (había sido intendente comunal de Ibarlucea, un pueblo lindante a Rosario). Rehenes de una situación conflictiva, sin muchas alternativas que garantizaran el éxito, los dirigentes de Central se inclinaron por Omar para que calmara la ansiedad de los hinchas y sirviera como “paraguas protector” para los jugadores que venían siendo duramente reprobados.

Era un día hermoso para jugar al fútbol, uno de esos que se presentan de forma esporádica y se disfrutan enormemente. El “Gigante de Arroyito” estaba remodelado por el fugaz paso de la selección durante las eliminatorias para el mundial de Sudáfrica. Los vestuarios continuaban en el primer piso pero habían sido refaccionados a nuevo y reequipados con gabinetes individuales y un amplio jacuzzi.

Ferro salió, a realizar el calentamiento, en el campo de juego. Eran las tres de la tarde de un día laborable (lunes). Pese al mal presente del equipo local venía mal y a que el partido sería televisado, el estadio tenía más de la mitad de su capacidad cubierta. Desde atrás de las gradas, se escuchaba el grito de la hinchada que esperaba el momento oportuno para hacer su entrada triunfal. El simpatizante canalla es pasional, alienta y acompañada aún sufriendo en los momentos malos. Habían pensado que su paso por el torneo Nacional B sería un trámite pero, a este punto del campeonato, ya era más parecido a un vía crucis que a un paseo de sábado.

Mientras Ferro realizaba el calentamiento ingresaron al campo de juego los veteranos de Malvinas, portando una bandera argentina de gran tamaño (90 x 10 mts). Se conmemoraba un aniversario del conflicto bélico. A algunos los invadía la euforia. El público les brindó un aplauso fuerte y sincero, era un bálsamo para estos héroes que tuvieron que defender el suelo patrio en condiciones infrahumanas

y, en la mayoría de los casos, fueron víctimas de un estado nacional ausente. Los jugadores de Ferro se plegaron al reconocimiento y, al terminar, volvieron al vestuario para culminar su preparación.

El griterío del público se escuchaba desde la boca del túnel. Escuchar a los hinchas cantando, generaba un efecto hipnótico similar al canto de las sirenas. Esos minutos previos son una tentación para el jugador, que no logra abstraerse hasta que se para en la cancha y ve al rival enfrente.

El trámite del partido era parejo pero, internamente, sentía que el partido era ganable. Los futbolistas locales sufrían la reprobación del hincha y el cántico “Jugadores, la c... de su madre, a ver si ponen huevos, que no juegan con nadie”, que era moda en el fútbol argentino porque mataba dos pájaros de un tiro (agredía al jugador propio y rebajaba al rival), retumbaba en las tribunas del Gigante. La bandera de la discordia apareció un rato después. Nunca se había visto una igual y demostraba el grado de malestar que sentían los canallas: “Jugadores no venimos por ustedes, venimos por los colores”.

Un remate al ángulo de Meza Sánchez, que Broun milagrosamente sacó del angulo, fue la jugada de mayor riesgo de la etapa. Era solo cuestión de animarse pero Ferro no lo hizo. Ambos equipos se fueron al descanso empatados.

Ni bien empezó el segundo período, Central se puso en ventaja. Unos minutos después lo expulsaron a Villavicencio por juego brusco grave. A partir de ahí, el partido quedó sentenciado, solo faltaba conocer la diferencia final. Jugar en inferioridad numérica contra un equipo de jerarquía que sabe como mover la pelota, es mucha diferencia. Llamativamente el entrenador de Ferro, que en muchas oportunidades había sido acusado de defensivo, decidió no rearmar la defensa después de la expulsión. Una decisión difícil de explicar ya que Central jugaba con tres delanteros y la defensa de Ferro jugaba mano a mano. El partido terminó 3 a 0 pero podría haber terminado

EL ULTIMO PASE

con un resultado ultrajante.

Los jugadores de Ferro se fueron al vestuario cabizbajos. A su lado, levantando los brazos y saludando al público, salía el Negro Omar Palma. Despedido por el hincha de la misma forma que cuando usaba esos pantaloncitos bien cortitos y la camiseta número 10 en la espalda: “Ole, ole, ole, oleee; Negro, Negroooo”.

En la cancha, hay amigos

“Muéstrame a alguien que no distinga a sus amigos de sus enemigos, y yo te mostraré a alguien que acabará sin amigos.”

Jim Lehrer. Periodista norteamericano.

Nos juntamos en la mitad de la cancha, era el día de la práctica formal de fútbol. El entrenador dio los equipos, el supuesto titular para recibir el sábado a Atlético Rafaela y el muleto que en el seno del plantel se denominaba “equipo neblina” por estar conformado por los jugadores que estaban en las sombras y nunca jugaban. En ningún momento, se me cruzó por la cabeza no ser nombrado en el primer equipo, Villavicencio había sido expulsado en el partido anterior, mi labor había sido buena pese a la derrota pero sorpresivamente fui relegado.

No tardé mucho tiempo en recordar las declaraciones de Bianco a la prensa luego de perder ante el conjunto rafaelino, el partido del campeonato anterior. “Arriesgamos demasiado en el fondo en el segundo tiempo, pero me parece que aunque uno tenga amigos, adentro de la cancha no hay amigos. Me parece que Carignano jugó muy

suelto, había que irle un poco más firme, hacerle sentir el rigor de los defensores porque los de ellos sí que eran muy fuertes” argumentó como motivo de la derrota por 3 a 0 en condición de visitante.

Cesar Carignano es uno de los contados excompañeros que puedo también considerar un amigo. No fui de hacer muchas amistades en el ambiente: no las busqué ni las fomenté. Aquellas relaciones que superaron el paso del tiempo y la distancia, puedo contarlas con los dedos de una mano. Con Cesar nos habíamos conocido en Colón en el año 2002, nos tocó concentrar juntos desde el primer día y así seguimos durante todo el año. Luego, seguimos hablándonos y viéndonos pese a los viajes del fútbol: él estuvo en Suiza y México; yo en Brasil, Ecuador y Venezuela. Cuando vino a vivir a Buenos Aires para jugar en Ferro (la temporada pasada) afianzamos aún más la relación y fue, en esos momentos, cuando Bianco se enteró de nuestra amistad: había comenzado el campeonato dirigiéndome en Quilmes y lo terminó con César en Ferro.

A este punto de mi carrera ya no me afectaban las determinaciones de los entrenadores, la cercanía del retiro me liberaba de tensiones, pero me hubiera gustado conocer su decisión de antemano. El hecho de no haber sido advertido fue lo que más me molestó porque tenía claro que no podía reclamar nada, ya que a comienzo de campeonato me había notificado que no sería la primera opción para el puesto. Fueron mis buenos rendimientos, en los momentos difíciles, los que me volvieron a abrir la puerta para jugar pero sabía que ante el primer traspasé, tendría grandes chances de salir del equipo.

El entrenamiento entre titulares y suplentes terminó empatado en uno. Los suplentes perdíamos uno a cero e hice el gol del empate de cabeza, a dos minutos del final, tras un tiro de esquina. Lo grité fuerte, pese a considerar que no se festejan los goles en las prácticas; esta era una forma de mostrar mi disconformidad ante la situación.

Hay un dicho que dice: “En el fútbol, no se puede jugar a dar pata-

JUAN MANUEL HERBELLA

das pero hay patadas que no pueden dejar de darse”. Aquellos amigos que me enfrentaron sabían que no les iba a pegar. Si afuera es un amigo, adentro no puede cambiar.

El Toto y sus detractores

“Nadie abandona el cargo de presidente con el mismo prestigio y respeto que le llevo ahí.”

Thomas Jefferson. Político norteamericano.

Gol de Ferro con los pibes, con los ángeles, con la virgen María, y con ustedes detractores de mierda yéndose al carajo” dijo, al aire y sin anestesia, cuando Jorge Pereyra Díaz abrió el camino a la victoria en Comodoro Rivadavia. Con esta frase llegó el clímax de la transmisión, era lo último que hubiera esperado de un comentarista de fútbol.

Felipe “Toto” Evangelista es un ser especial, uno de esos hombres que no se amoldan a la sociedad. Hinchas de Ferro de toda la vida, logró lo que pocos pueden alcanzar: superó uno a uno todos los escalones institucionales de la pasión. Comenzó como el típico adolescente de tablón que sufre, canta y se pelea por los colores, y llegó a convertirse, con el paso de los años, en el presidente de “su” club. Por los pasillos de la institución están los que lo aman y los que lo odian, como ya se habrán dado cuenta, con el Toto no hay término

medio.

Grata fue mi sorpresa al enterarme que también era autor de un libro: Tablón y caviar, en subterráneo a la eternidad. Allí cuenta su vida y se muestra tal cual es. Frontal, corajudo y místico, un coctel explosivo que puede caer muy bien o muy mal.

Nos conocimos en el hall de la sede social el día que fui a firmar el contrato. Luego, durante el año, nos cruzamos infinidad de veces. Era habitual verlo dando vueltas por el club con su saco desabotonado y su portafolio lleno de papeles. Ahora ya no cumplía funciones directivas pero su palabra seguía teniendo peso dentro de la institución. Su fanatismo era tan grande que eligió vivir enfrente del estadio, alquilando un departamento en el edificio de la avenida Avellaneda con vista a la cancha auxiliar.

Esta era mi primera vez como oyente de radio República (AM 670), única emisora que seguía la campaña de Ferro. El encuentro frente a la Comisión de Actividades Infantiles era el primer partido de visitante en el que no estaría presente, ni dentro ni fuera del estadio y, como no iba a ser televisado, había una sola forma de seguirlo: escucharlo al Toto.

Me habían dicho que su transmisión era bizarra, que sus comentarios sobre el partido se mezclaban con la interna política del club. No pensé que pudiera sorprenderme, en estos años en el fútbol creía que lo había escuchado todo. Pero el Toto cautivó mi atención desde el primer minuto, se tomaba más licencias de las esperadas para un comentarista, lo suyo era algo novedoso.

A los dos minutos de partido, ya había pronosticado el triunfo de Ferro por el efecto positivo de sus cábalas. “El año que ascendimos al Nacional B llevé a los ángeles y a la virgen María a todos los partidos. Ahora, hacía un tiempo que no venían pero hoy los traje; están acá con nosotros y con el verdolaga, y por eso vamos a ganar” dijo enfáticamente en su primer comentario.

Unos minutos después llegó el primer gol de Ferro, el de Jorge Pereyra Díaz, el del mencionado exabrupto. A partir de allí y hasta terminar el período, se sucedieron un sinfín de comentarios ácidos hacia los miembros de la extinta subcomisión de fútbol amateur. Sus dardos tenían blancos definidos: “Para vos Madera, para vos Matías, que imagino estarán escuchando los goles por radio del mar de la Patagonia. Seguramente se sentirán identificados con la transmisión de ellos, están acá al lado nuestro y putean igual que lo hacen ustedes cada vez que Ferro pierde” dijo chicaneándolos.

Luego llegó el segundo gol de Santiago Fernández y, poco tiempo después, el tercero de Philippe de penal, justo unos minutos antes del final del primer tiempo. El relator no había terminado de gritar el gol cuando el Toto lo interrumpió: “Apaguen la radio detractores que hay alegría en esta cabina y no es por ustedes. Apánguenla y váyanse”.

Imagino que alguien le habrá sugerido que se calmara porque en el entretiempo bajó un cambió y pidió disculpas. También abrió el micrófono al llamado de los oyentes, que le consumieron todo el tiempo de receso, y no hizo comentarios sobre el desarrollo del partido. Los mensajes, como era de esperarse, fueron todos positivos, para él y para el equipo. Si el partido terminaba así, sería el primer triunfo del campeonato en condición de visitante y cortaría una racha de 17 meses sin victorias fuera de Buenos Aires.

El segundo tiempo se puede decir que estuvo de más. El juego, el relato y los comentarios decayeron en intensidad y emoción. Se notaba que Ferro no quería arriesgar el resultado y que la CAI no tenía forma de darlo vuelta. La transmisión se llenó de propagandas y el Toto se relamía con las notas del postpartido.

La pasividad del trámite me permitió divagar y cuestionarme sobre cómo se sentirían esos renombrados detractores que, pese a la advertencia, aún estuvieran escuchando la radio. Esos hinchas que

consideraban a la gestión Evangelista, y a las que lo sucedieron en la década del noventa, como las responsables de la quiebra del club y que no veían con buenos ojos su presencia en el club, actuando como si nada hubiera pasado. Algunos decían que la única diferencia entre el Toto y los otros estaba en el patrimonio: el del Toto supuestamente había disminuido mientras estuvo a cargo del club (según sus propias palabras, quebró tres farmacias y una droguería en ese ínterin), mientras que el de otros, se había incrementado.

Creo encontrar en la dedicatoria que me escribió, al regalarme su libro, la mejor forma de describirlo. Allí se describió como un hombre con errores y también con aciertos pero dueño de una vida llena de historias, sin medias tintas, a todo o nada. La clase de vida de aquellos destinados a dejar huella.

“La vida me dio y me quitó, gané y perdí. Considero a este libro como el único campeonato que gané y que todavía disfruto, por la alegría que genera en mi haber eternizado mis vivencias y recuerdos. Con afecto, Toto”. El afecto es mutuo, Felipe.

El maldito isquiotibial

“Cuando juegas en el más alto nivel debes ser consciente de que las lesiones formarán parte de tu vida”.

Andrés Iniesta. Futbolista español.

En el fútbol, como en la vida, “No hay dos sin tres” y Matías Villavicencio puede dar fe de ello.

Desde que se incorporó a Ferro, a comienzo del año, lo tuvo a maltraer el maldito isquiotibial izquierdo. Para ser más específico, desde aquel fatídico partido en Mar del Plata, en el que perdimos 5 a 1 con Aldosivi y él salió lesionado en la segunda etapa.

Salir de un partido por sentirse disminuido es una sensación frustrante. Hay momentos donde el dolor se lleva con hidalguía, especialmente cuando el equipo gana y la lesión es producto del esfuerzo por cuidar el resultado. Pero estas situaciones favorables son contadas con los dedos de una mano y, en la mayoría de los casos, jugar lesionado conlleva una gran carga de desazón. Es en las derrotas cuando más duele, cuando el equipo necesita de todos y él que sale, parece estar abandonando el barco.

En aquella oportunidad “Villa”, según nos contó después, decidió seguir jugando pese a que sintió un pinchazo ni bien había comenzado el partido. Salió faltando poco para terminar, cuando ya estaba sentenciada la goleada.

Al mes volvió, en un duro partido frente a San Martín de Tucumán. Terminamos ganando con gol de Lértora pero él no llegó al final, debió salir antes por una fatiga muscular. Con idas y vueltas por lesión o expulsión siguió jugando hasta esta jornada, contra Patronato de Paraná.

Este era un partido importante. Con una victoria nos prendíamos en el lote de los que peleaban por un lugar en la promoción para ascender. La realidad económica y social del club no concordaba con las expectativas del hincha pero quien podía quitarles el entusiasmo. La gente no estaba informada del día a día del club, nadie les contaba la infinidad de dificultades que atravesaba Ferro. La cadena de triunfos consecutivos, por primera vez en el campeonato, habían desatado una euforia infundada.

A los cinco minutos del partido, Villa tuvo que salir. Un nuevo tirón, otra vez en el mismo músculo, otra vez un desgarro. Recién sobre el final del partido, nos cruzamos en la boca del túnel. Él venía del vestuario, yo de la platea techada. Miramos juntos los últimos quince minutos, el equipo perdía 2 a 0, Patronato estaba más cerca del tercero que Ferro del empate. Su cara lo decía todo. Estaba deshecho, triste, abatido por una nueva lesión muscular que lo dejaría afuera un par de fechas.

- “¿Qué te pasó? ¿Otra vez te tiró el isquiotibial?

- “Si - me respondió tocándose la cara posterior del muslo- y fue peor que la vez pasada, ahora ni siquiera podía seguir jugando”.

Su respuesta fue corta pero explícita, describía el dolor corporal y el emocional generado por no jugar. Porque las consecuencias de estar lesionado no son sólo físicas, también son psicológicos. En

EL ULTIMO PASE

esos momentos de soledad, donde el teléfono deja de sonar, son pocos los que ven el sacrificio y se preocupan por ayudar. La carga de trabajo se duplica y el esfuerzo es invisible a los ojos del hincha que habitualmente se olvida del jugador.

- “Sabes lo que pasa, Juan. Me mata tener que empezar otra vez con todo, con el gimnasio, con el doble turno en el consultorio. Todo por culpa de este maldito isquiotibial que no me deja en paz”.

Una noche negra

“Correré como un negro, para vivir mañana como un blanco”.

Samuel Eto’o. Futbolista camerunés.

Oswaldo y sus compañeros nos dejaron inmersos en un escenario sombrío. Nada hacía presagiar que en apenas cinco días pasaríamos de la expectativa de pelear por un ascenso al coro de insultos y pedidos de renuncia que despidieron al entrenador al terminar el partido.

Era jueves. Ya empezaba a sentirse el fresco del otoño al caer la noche. Arriba, en el palco, desde donde otra vez me tocaba ver el partido, el viento frío disminuía la sensación térmica. En la semana pensé que la lesión de Villavicencio me abriría un lugar en la defensa o, al menos en el banco de suplentes, pero no tardé mucho en darme cuenta que estaba equivocado. En su momento, no me habían convencido las explicaciones del DT cuando tomó la decisión de sacarme del equipo, consideraba que había rendido bien y que no merecía salir pero entendía que estaba sometido a distintos tipos de

EL ULTIMO PASE

presiones y de diferentes actores sociales de la vida del club. Además, el tiempo me llevó a darme cuenta que me había equivocado al blanquearle que, al finalizar el campeonato, colgaba los botines. Supongo que eso lo llevó a pensar que ya no me preocupaba tanto el fútbol y es probable que también haya condicionado sus elecciones. Nunca lo sabré, no se lo pregunté en ese momento y después ya no tenía sentido hacerlo.

La derrota del sábado anterior contra Patronato había desinflado las expectativas de los hinchas de pelear por ascender, está derrota con Deportivo Merlo desató la ira contenida por los años de fracasos que llevaban a Ferro a deambular por las canchas del ascenso, años de frustraciones varias y caídas estrepitosas. En los papeles, estos dos rivales eran mucho menos que los anteriores (San Martín de San Juan, San Martín de Tucumán y Atlético Rafaela) pero en aquellos encuentros habíamos vencido y ahora no.

El planteo defensivo de Merlo no sorprendió a nadie. Sabíamos que si lo hubieran tenido permitido, estacionaban un ómnibus en la puerta del arco con tal de no sufrir un gol. Luego se dedicarían a esperar la oportunidad para aprovechar sus virtudes en las jugadas de pelota detenida o algún error de Ferro que les permita modificar el resultado.

Y así fue. Recién habían transcurrido diez minutos cuando aprovecharon un descuido defensivo y se pusieron en ventaja. El resto del primer tiempo se esfumó entre la posesión inofensiva de Ferro y el desmayo circunstancial ante cualquier roce de los jugadores visitantes.

En el segundo período, el entrenador decidió arriesgar: sacó un defensor para poner a Matías García como enganche, había comenzado con un esquema cauteloso y las circunstancias lo estaban obligando a cambiar. El trámite del juego, igual, no se vio modificado por la variante: Ferro buscaba infructuosa el empate y Dep. Merlo se dedi-

caba a defender su ventaja. En eso estaban los dos equipos, hasta que le llegó el momento a Oswaldo. A partir de ahí, ya nada fue igual.

Oswaldo “el negro” Blanco (aunque parezca un oxímoron, no lo es) nació en Colombia. Había llegado a la Argentina como parte de pago en una operación de trueque entre Dep. Merlo y Atlético Nacional, donde estaba incluida la sesión del arquero Franco Armani. Rápidamente llamó la atención por su tez oscura y su metro ochenta y cinco de altura.

Nos habíamos enfrentado en el partido pasado, en la cancha de Merlo, pero había estado lejos de descollar. El mal estado del campo de juego no lo ayudaba para poner en práctica sus dotes. En la pretemporada de verano también nos habíamos enfrentado en un amistoso en Caballito, un terreno propicio para su tranco largo y sus amagues en velocidad, pero en ninguna de las dos oportunidades había alcanzado el nivel que demostró esta noche de jueves.

Jugó solo 19 minutos y le bastaron para transformarse en la figura. Volvió loco a la línea de tres defensores, que había improvisado Ferro, aprovechando sus amagues y los espacios disponibles. En total generó cuatro situaciones de gol claras (una de ellas fue el segundo gol de su equipo) e hizo expulsar a Guibelalde por doble amarilla.

Dos minutos después de la expulsión, el entrenador decidió reemplazarlo. “Saqué a Blanco para enfriar el partido. Ya había hecho todo lo que tenía que hacer en cancha” dijo De la Riva al ser consultado. Su cara, al salir a paso lento del terreno, lo decía todo. En su país, jamás le podría haber ocurrido algo así. Quien le podría explicar que acá tampoco era algo habitual, que ya casi no existían en el fútbol argentino entrenadores que tomaran este tipo de decisiones con el solo fin de dejar pasar el tiempo.

A los hinchas de Merlo, la decisión de De la Riva no les afectó, estaban eufóricos por la victoria. A los de Ferro, la decisión los relajó; sacar al Negro era una especie de tregar, sacaban la bandera blanca

EL ULTIMO PASE

y no buscaban la goleada. A los que conocíamos la forma de pensar del entrenador, no nos sorprendió. Espero, algún día, poder ver al entrenador de Dep. Merlo preocupándose también por el espectáculo; condiciones para hacerlo, le sobran.

El anuncio

“Cuando un futbolista llega a una cierta edad tiene que tener un dato presente: si no se impone, el fútbol termina retirándolo entre gallos y medianoches”.

Juan Manuel Herbella

Cuando el equipo perdió las chances de pelear por un ascenso, decidí hacer pública la decisión que ya conocían el entrenador y algunos de mis compañeros: al terminar el campeonato colgaba los botines, me retiraba del fútbol.

Esta decisión estaba tomada desde principios de año pero siempre surgía algo que me obligaba a postergar su anuncio. Desde el comienzo habíamos convivido con los problemas económicos y deportivos, además sufrimos la apretada y la movida para tapanlo, todo sumado al clima de intranquilidad institucional por el conflicto político entre las subcomisiones de fútbol y la fiduciaria. A todo esto se le agregó la leve mejoría a partir del partido frente a San Martín de San Juan que nos había dado una chance de pelear por el ascenso y había postergado por un tiempo la notificación.

Ahora había llegado el momento, la derrota del jueves nos había

dejado encerrados en un limbo deportivo: sin chances de ascender y con muy lejos del descenso. Era la oportunidad ideal para blanquearlo.

Todo se había dado de forma espontanea. Era sábado. La dura derrota había condicionado al entrenador que decidió no darnos el fin de semana libre. Iríamos a entrenar para hacer “poco y nada”. Para colmo, había llovido la noche anterior y el único lugar disponible era la nueva cancha de hockey (de césped sintético) donde no estaba permitido utilizar la pelota.

Cuando llegamos estaba Claudia Golubok (la fiduciaria) esperándonos. Venía a manifestarnos su apoyo. Con palabras de afecto y buscaba estimularnos a no bajar los brazos, a seguir peleando, pese a que habíamos quedado lejos de los puestos de vanguardia. Ella estaba en una situación política difícil, era el único sostén de Bianco y las derrotas debilitaban su posición. También aprovechó para responder las inquietudes sobre los salarios, que venían atrasados y seguían acumulándose en forma progresiva. Estábamos llegando a mayo y todavía no habíamos cobrado febrero, el atraso estaba complicando seriamente a algunos muchachos.

Al terminar su alocución comenzamos a entrenar, Bianco decidió esperar al final del entrenamiento para hablar sobre el partido. La situación era tensa. José estaba convencido de continuar pero la tranquilidad que tenía diez días atrás se había esfumado por completo. Ahora se lo notaba nervioso, su horizonte laboral se había nublado. Su decisión (influenciada por el entorno) de priorizar a los jugadores del club lo había colocado en una posición incómoda. Los chicos tenían unas condiciones bárbaras y seguramente estos partidos le servían como experiencia pero, al ponerlos a todos juntos, los estaba perjudicando y también se perjudicaba a él. Defender el proyecto juvenil era la única forma que tenía de continuar en el cargo pero ahora el castigo por las derrotas recaía sobre él porque no había jugadores

experimentados que pudieran convertirse en chivos expiatorios.

El hincha reclamaba resultados, no contextualizaba la dura y triste situación del fútbol de Ferro. La historia y la poca infraestructura que aún permanecía indemne, eran los únicos factores que podía justificar el lugar del equipo en esta categoría. Su situación actual era más parecida a la de un equipo de la primera B que a la de un club con pretensiones de ascenso.

Pero el hincha no entiende de razones, el hincha quiere volver a primera, y al ver sus ilusiones malogradas descargaba su bronca con el que estuviera a cargo del equipo, en este caso Bianco.

Estábamos reunidos en ronda y el entrenador había terminado su análisis del partido. Pedí la palabra y se me hizo un nudo en la garganta. “Muchachos, quería avisarles que cuando termine el campeonato me retiro del fútbol. Algunos ya lo saben pero quería contarlos a todos antes de hacerlo público”. No quise decir mucho más, tampoco podía. La congoja me brotaba desde adentro y me había quitado el habla. No es fácil decirle adiós al fútbol pero al menos ya había empezado.

El esquema y el dilema

“Ellos dijeron que usted tiene que usar a sus cinco jugadores mejores pero encontré que usted gana con los cinco que encajan juntos lo mejor”.

Arnold “Red” Auerbach. Entrenador de basketball norteamericano.

El resultado tapó lo que podría haber sido la gota que rebalsara el vaso.

Entre los 18 jugadores que salieron a jugar el partido frente a Charcarita en San Martín había algunos muy contentos y otros muy enojados, los famosos ganadores y perdedores de la semana. En la lista de concentrados hubo variantes, respecto de la semana anterior, pero ninguna sorpresa. El problema fue que algunos jugadores, durante la semana habían entrenado en el equipo titular y después se pasaron el partido sentados en el banco de suplentes.

Ferro tenía dos volantes centrales de renombre para la categoría, Lértora y Meza Sánchez, ambos con características de juego similares. Desde comienzo del campeonato se observó que al jugar juntos ninguno de los dos rendía al nivel que podía y el planteo, con ellos juntos como doble pivot, era excesivamente defensivo.

En esta oportunidad, cargando con las dos derrotas consecutivas jugando de local y la posterior reprobación de la hinchada, el entrenador sabía que no podía perder, sabía que su continuidad en el cargo estaba en peligro. Partiendo de esta premisa, en los entrenamientos semanales, paró un probable equipo con un esquema conservador (4 defensores, 4 volantes -Lértora y Meza Sánchez de doble cinco- y dos delanteros). El objetivo era claro: resguardar el arco y si surgía una oportunidad propicia, buscar aprovecharla.

El rendimiento en los entrenamientos fue malo, no muy diferente a las anteriores veces que había utilizado este esquema. La performance en el día de fútbol formal, con la sexta división como rival, disparó las alarmas. La presencia de los jóvenes estaba enmarcada dentro de la decisión del cuerpo técnico de reemplazar las habituales prácticas entre titulares y suplentes por dos partidos frente a las categorías de las divisiones inferiores. Por un lado la fuerza que le hacían los chicos al equipo titular era menor y por el otro servía para ir viéndolos.

Al terminar el entrenamiento uno de los jugadores se le acercó para decirle que no se sentía cómodo jugando de esta forma, cuestionó que por las derrotas hubiera cambiado el esquema por uno más defensivo. El entrenador tomó nota del comentario, no era un jugador cualquiera el que lo estaba apespillando. El dilema estaba presente: respetar el esquema y salir a atacar o cambiar, defenderse y buscar el contragolpe.

Al día siguiente, otro jugador fue llamado al vestuario del entrenador para ser consultado sobre la situación: ¿tres volantes y un enganche o cuatro volantes? Como era de esperarse, recibió la misma respuesta. La misma que hubiera recibido de cualquier otro integrante del plantel, todos se habían dado cuenta que su esquema preferido (4-4-1-1) no funcionaba con estos integrantes.

Luego de dialogar con su cuerpo técnico, el entrenador tomó la

EL ULTIMO PASE

decisión de respetar el esquema (4-3-1-2). Al jugador que le había dicho que no iba a jugar, volvió a ponerlo de titular y a los que habían entrenado como titulares, los sacó sin advertírselos. Todo esto ocurrió el día previo al partido pero los jugadores, que ya estaban enterados de las charlas, lo sospechaban de antemano.

En una tarde fría y soleada de domingo, Ferro venció 3 a 0 a Charcarita en el remodelado estadio de San Martín. El visitante había atacado con voracidad y buen criterio, y uno de los goles justamente lo convirtió el jugador que a priori no iba a jugar. Esta situación demostró, una vez más, la veracidad de esa vieja premisa que pregona la importancia de estar siempre preparado, en el fútbol nunca se sabe que puede pasar.

El desahogo

*Una vez que termina el juego, el rey y el
peón terminan en la misma caja.*

Proverbio italiano

Con esta victoria habíamos logrado una distancia irremontable sobre nuestro rival, 16 puntos de diferencia sobre 15 en disputa. El partido había sido trabado y de poco brillo pero no por eso dejó de ser un muy buen triunfo, en uno de esos partidos que comúnmente se denominan de seis puntos. Ahora, con tres equipos sin posibilidad de alcanzarnos en la tabla del descenso, casi estábamos salvados.

Independiente Rivadavia de Mendoza llegó a Caballito en una situación desesperante. Necesitaba obtener la victoria para seguir descontándole puntos a los rivales en su lucha por no descender, entre ellos Ferro que pese al colchón de puntos que los separaban seguía siendo un potencial rival matemático.

Era una tarde fría de otoño. El campo de juego empezaba a mostrar las consecuencias del uso excesivo y de la etapa del año. Desde la platea, donde me sentaba habitualmente a ver los partidos, se podían

observar sectores sin pasto dentro de las áreas y en el centro del campo.

Ver los partidos desde afuera era duro, más sabiendo que estaba quemando los últimos cartuchos de mi carrera como futbolista profesional. A partir de junio, ya no tendría la chance de ponerme los cortos, jugar en un estadio de primera, con público y con la adrenalina generada en la búsqueda de un resultado.

Al no jugar, desde que había anunciado el retiro, me estaba costando concentrarme. Mi cabeza estaba en otro lado, pensaba mucho en el futuro: ¿Cómo sería la despedida? ¿A que me dedicaría luego de colgar los botines? ¿Cómo reaccionaría ante el hecho de ser un jubilado deportivo a los 33 años?

El plantel tampoco estaba completamente compenetrado. Había un grupo de jugadores que ya se veían afuera del club en junio y sabían que era difícil, por no decir imposible, que volvieran a vestir la camiseta de Ferro. Casi todos ellos con una larga trayectoria en el fútbol y con un jugador del club en su posición y en condiciones de reemplazarlos.

Con la decisión de darles rodaje a los jugadores propios, el club intentaba mostrar su patrimonio futbolístico para poder vender y componer su delicada situación económica. No era una determinación que pudiera considerarse errada, el problema radicaba en la cantidad de jugadores contratados a préstamo para después no hacerlos jugar y tener que pagarles igual.

El golazo de volea de Matías García, promediando el primer tiempo, fue uno de los pocos remates al arco. El equipo mendocino solo había tenido un cabezazo, unos minutos antes. Pocas emociones para un partido chato que solo cobró ritmo en los minutos finales cuando Ferro se quedó con uno menos por la expulsión de Agorreca. Así y todo, la visita no tuvo ideas para generar peligro en el arco de Champagne.

JUAN MANUEL HERBELLA

En el vestuario, al terminar el partido, se reflejaba el ánimo del plantel. Una alegría serena, más cercana a la satisfacción que a la euforia. El triunfo significó el desahogo de una campaña mediocre, ahora solo restaba dilucidar con cuantos puntos cerraríamos el año.

Discrepancias en el estadio

“El fútbol es una ciencia oculta de imposible enseñanza académica. El fútbol es empirismo”.

Dante Panzeri. Periodista argentino.

Desde mi lugar tenía una imagen clara, desde el palco de honor podía apreciar el cambio de ánimo de los hinchas a medida que transcurría el partido. Abajo estaban los plateistas; enfrente, los quince invitados de protocolo del equipo visitante y sobre la izquierda veía a la popular con los barras y el resto de los hinchada local.

Instituto era un gran equipo pero pasando por una mala fase. Contaba con un plantel de jerarquía pero llegaba a Caballito con muchos lesionados y suspendidos. La dirigencia había despedido al anterior entrenador, unas fechas antes, pero el equipo no había logrado elevar su rendimiento ni obtener mejores resultados. El último partido había empatado de local con la CAI, que ya estaba descendido, y desperdició su última chance de acercarse a los puestos de promoción.

En un par de minutos se vislumbró lo que podía esperarse del encuentro: un juego trabado en el medio salvo que un gol temprano

modificara el trámite. Como lamentablemente no lo hubo, el primer tiempo se desperdició en un juego friccionado e intrascendente de mitad de cancha.

Sentado en el palco me lamentaba, me estaba perdiendo la final de la Champions League entre Barcelona y Manchester United, que estaban jugando exactamente en el mismo horario. El bodrio que estábamos mirando, tampoco contribuía.

En el segundo tiempo, el trámite fue un poco más entretenido. Aparecieron los errores arbitrales (sancionó como tiro libre para Ferro una alevosa infracción, dos metros dentro del área) y los goles. Primero el de Damiani que aprovechó un córner bien ejecutado y convirtió de cabeza para Instituto. El gol despertó al público y desencadenó la cascada de reacciones: algunas esperadas, otras completamente ilógicas.

Los quince hinchas de la Gloria que estaban en la vieja platea descubierta, como era imaginable, festejaron el gol y sus gritos se escucharon en todo el estadio; mientras que los hinchas de Ferro, asombrados por el golpe, tardaron en reaccionar.

Unos minutos después, desde los laterales de la popular, comenzó la reprobación con el famoso hit “Andate Bianco” que ya había utilizado en otros partidos. En el centro de la popular, la barra brava optó por tocar sus redoblantes con el fin de tapar los cantos y redirigir el malestar de los hinchas. Primero cantaron contra Vélez y después se despacharon con el célebre “Jugadores a ver si ponen h... que no juegan con nadie”. Las gargantas alquiladas no lograron convencer al resto del público y se desató una discusión en el medio de la popular. Las dos facciones tenían intereses opuestos: unos querían cantar contra el entrenador, los otros contra los jugadores y los clásicos rivales. En el aire seguía sonando de fondo el ruido de los tamborilleros, a la espera de que los contendientes definieran que melodía tocar.

Los plateístas observaban el partido y de reojo pispaban lo que ocurrían en la popular. Cada tanto alguno se descargaba de forma espontánea pero no actuaban en masa. La gran mayoría buscaba preservar de las críticas a los jugadores jóvenes, surgidos en el club, pero no todos tenían este selectivo criterio.

El entrenador no estaba en el banco, había sido expulsado en el partido anterior, porque el equipo se había demorado más de lo permitido en retornar al campo post-entretiempo. En el banco de suplentes estaban sus ayudantes, eran los responsables de hacer los cambios y los que soportaban estoicamente algunas puteadas esporádicas de los plateístas que se ubicaban cerca.

En pocos minutos, Ferro utilizó los tres cambios y dieron su resultado. Di Blasi capturó el rebote de un córner y mandó un centro pasado que Altamirano, entrando por detrás de la defensa, aprovechó para decretar la igualdad. Ambos jugadores habían ingresado como recambio en estos minutos previos y sorprendieron al rival.

El empate no calmó la situación, en la popular continuaban las discusiones pese al gol. A pocos minutos del final, Salvatierra se lesionó (después nos enteraríamos que había sufrido la ruptura del ligamento cruzado anterior) y el equipo terminó jugando con diez. Este detalle numérico no aplacó las exigencias de los hinchas que, ahora sí al unísono, le pedían a los gritos la renuncia al entrenador en los instantes finales del juego.

El empate con diez hombres y habiendo remontado un marcador adverso, no era un mal resultado pero, a esta altura justamente, el resultado ya no trascendente. Apenas faltaban tres partidos para que terminara el campeonato y el equipo no peleaba por nada.

El último

“En el círculo se confunden el principio y el fin”.

Heráclito de Efeso. Filósofo griego.

Bajaba la escalera del jardín de infantes, acababa de dejar a mi hijo en su salita, cuando un padre me detuvo a mitad de camino.

- ¿Mañana es tu último partido, no?
- Así es
- Que bueno. ¿Y cómo te sentís? ¿Estás contento?
- La verdad que contento no, pero podría decir que estoy satisfecho.

Desde que me incorporé a Ferro, mis mañanas tenían una rutina diferente: podía pasar por el jardín y dejar a los chicos antes de ir a entrenar. Lo que para cualquier padre puede ser algo normal, para mí era toda una novedad. En verano, hasta podía llevarlos caminando y después seguir viaje para el club. La cercanía y los cálidos recuerdos

de la infancia fueron los dos motivos más importantes para aceptar la propuesta de Ferro. En la faz económica era la peor propuesta que tenía pero decidí priorizar la posibilidad de finalizar mi carrera en el mismo lugar donde comencé a practicar deporte por primera vez.

Hasta tal punto la rutina se me había hecho carne que recién frente a la pregunta reaccioné: esta sería la última vez, mi última vez, el último entrenamiento. A partir de la semana entrante, ya no sería un futbolista. Bueno, mejor dicho, seguiría siendo futbolista pero ya no tendría un contrato que cumplir, sería un futbolista discontinuado.

Llegué al club y me cambié lo más rápido posible. Hacía mucho frío en el vestuario. Concentrarme en el entrenamiento no fue sencillo. Era una de esas típicas prácticas previas a un partido, esas que apuntan a refrescar conceptos y repetir las jugadas con pelota detenida. A esta altura del campeonato, ya no aportaban nada nuevo pero igual había que ejercitarlas.

Al terminar esperé que apareciera la lista de concentrados, más por formalidad que por otras cosa pues, ya sabía que estaría entre los dieciocho. En la semana, luego del empate en 0 frente a Atlético Tucumán que había garantizado nuestra permanencia en la categoría, conversé con el entrenador sobre la posibilidad de ser convocado en este último partido de local para poder despedirme dentro del campo. Había pensado en juntar a la familia y amigos en la cancha, jugar unos minutos y después realizar un festejo en casa.

A la tarde, empecé a preparar la valija de concentración. Apilar la ropa, guardar los afeites y el mate, y demás pasos habituales del ritual del fin de semana. Mis hijos lo conocían de memoria pero no podían dimensionar la trascendencia del momento, mi última concentración. Tal vez en el futuro, otra profesión mediante, deba volver a preparar la valija pero en esta oportunidad tenía sabor a despedida.

A las 21 hs, me presenté en el hotel. Seguramente no extrañaré las concentraciones. Había llegado a un punto en el que me resultaban

tremendamente aburridas y agotadoras. Ya les conté que si por mí fuera aplicaría el mismo régimen que se utiliza en Europa: la concentración domiciliaria. Pero por estas latitudes, este sistema no es lo suficientemente reconocido y respetado.

Cuando puse la cabeza en la almohada, infinitas ideas corrían por mi mente. ¿Cómo sería el día de mañana? ¿Podría jugar unos minutos? ¿Cómo sería la reacción de la gente de Ferro frente a mi despedida? ¿Podría sacarme una foto dentro de la cancha con mis hijos? Muchos interrogantes se me cruzaban por la cabeza, tantas que me costó un tremendo esfuerzo conciliar el sueño.

Es difícil dormirte pensando en las diferentes formas posibles de terminar una carrera.

La despedida

“Jugar o no jugar es una circunstancia, lo importante es cómo te sientás”.

Juan Manuel Herbella

El olor del vestuario tiene un aroma singular que lo identifica y lo convierte en único. Con los años fui percibiendo las particularidades de los diferentes clubes donde jugué pero hay registros que se mantuvieron inalterables, sin importar países o ciudades. Cuando entré al vestuario local de Ferro, aquella tarde de junio, cargando la valijita de concentración, tomé conciencia de que sería la oportunidad de sentirlos como propios.

Nunca pensé en el significado que podían tener esos olores, pese a que habían estado presentes desde mis primeros pasos en el fútbol. El aroma de las facturas recién horneadas que, acompañadas por el mate, amenizaban las mañanas del grupo; el de las velas aromáticas y los sahumeros, producto de algunas supersticiones. También estaban las fragancias exclusivas de los días de partido, como el olor del aceite verde utilizado para los masajes, y otras que dependían del

clima, como el vaho de los días húmedos y el olor a hombre de los días calurosos.

Estas sensaciones y otras, tan personales que me resultaría imposible describirlas, se generan y perciben en los vestuarios. Estas sensaciones, que pueden parecer tan poca cosa, estarán guardadas en mi memoria olfativa y me remontarán a ese lugar común que tenemos los futbolistas, en donde nos sentimos como si estuviéramos en nuestra casa. Aquella tarde cálida de invierno, entré al vestuario con el firme objetivo de percibir y disfrutar esos aromas exclusivos para aquellos que pudieron transformar al juego en un medio de vida.

No es fácil saberse condenado a la reclusión y yo sabía que ese era mi destino a partir de este día. Estaría enjaulado en el mundo sin la posibilidad de volver a una cancha de fútbol. Es cierto que podría jugar los picaditos con amigos o algún torneo de veteranos, pero no sería lo mismo. Al fin de cuentas el fútbol no era sólo un trabajo, era un estilo de vida.

El futbolista es un adicto, su droga es la adrenalina que generan los partidos. En la semana tiene un derivado menor, las endorfinas de los entrenamientos, no son lo mismo pero le sirven como para ir tirando el día a día.

En la búsqueda frenética de esas sensaciones, fui mendigando rincón por rincón del vestuario ese elixir que me hacía feliz. En pocos minutos, experimenté una serie de estímulos que en circunstancias normales hubieran sido menores pero frente a la perspectiva del “nunca más” se volvieron inconmensurables. Ingresar al campo para realizar el calentamiento, disfrutar del peloteo intrascendente y libre de obligaciones con el resto de los suplentes, volver caminando a paso lento hacía el vestuario buscando con la vista a mis seres queridos que estaban en la platea, percibir el sonido y la sensación del pasto escurriéndose entre los taponés, ubicar la canillera sobre la pierna y acomodar la media como aquellos antiguos guerreros que se calzaba

la armadura como paso previo al combate, salir por el túnel con mis hijos en brazos para luego tomarme la última foto con el equipo y, por último, ocupar un lugar en el banco de suplentes esperando a que surgiera la oportunidad de entrar al campo de juego.

Al igual que en la vida, no todas las despedidas son iguales. Están las alegres y las tristes, las exclusivas y las multitudinarias, las esperables y las sorpresivas, las hay de todo tipo y son pocos los jugadores que se pueden dar el gusto de elegirlos. Puedo sentirme un privilegiado al haber escogido el momento, el lugar y la compañía. En el estadio estaban presentes mi familia y mis amigos. Lo único que no permite preparativos es el partido. Inmanejable por donde se lo mire, caprichoso como siempre, me jugó una mala pasada pero no era algo que no pudiera acontecer.

A los tres minutos estábamos perdiendo y el estadio era una caldera; el pobre entrenador, destinatario de todos los insultos, soportaba estoico parado sobre la línea de cal. Nadie imaginaba una derrota de local frente a Tiro Federal, un equipo descendido que presentaba una formación cargada de juveniles sin rodaje en primera. Este era el último partido en Caballito (cerrábamos el campeonato en Santa Fe frente a Unión) y el hincha no esperaba un cierre de este tipo.

Desde mi posición, en la segunda línea del banco de suplentes, observaba el partido y reflexionaba. A este punto, ya no estaba tan convencido de entrar unos minutos, el hincha no discriminaba y le demostraba su bronca a cualquiera que se asomara al campo de juego.

Durante mi carrera como futbolista siempre tuve una máxima, la misma que encabeza este capítulo: jugar o no jugar es una circunstancia. La utilizaba para motivarme cuando no era titular, era mi forma de mantenerme concentrado, de recordarme que todo era posible, que las cosas cambiaban de forma súbita y debía estar preparado.

Ahora la situación era distinta pero la frase seguía siendo oportuna.

¿Era tan importante retirarme jugando o con haber estado dentro de la cancha era suficiente? ¿Cuál sería la reacción del público por el ingreso de un defensor en un equipo que debía atacar para buscar el empate? Al final llegué a una conclusión, frente a este escenario no era fundamental despedirme jugando.

Sentado en mi lugar esperé a que llegara el final del partido y se consumara la inevitable derrota. El entrenador salió primero, acaparando todos los insultos, mezclados con él salieron mis compañeros y por último, los jugadores de Tiro Federal que recibieron el aplauso del público. Yo permanecí sentado hasta que el último de los jugadores abandonara el terreno. Mauro Giannini, el árbitro, me vio sentado y me hizo una seña para marcarme la salida; sabía que me estaba retirando, sospechaba que intentaba disfrutar el momento.

En la boca del túnel estaban esperándome mi mujer y mis hijos. Con los chicos en brazos reingresé al terreno. Di unos pasos y escuché los aplausos de los hinchas. En ningún momento supuse que algunos todavía estarían ahí y menos aún que me gratificarían con un reconocimiento que guardaré para toda la vida. Di un par de pasos más y lo mire a Facundo a los ojos (mi hijo mayor que en esos momentos tenía tres años). “Recordá este día porque es la última vez que entrás con papá a una cancha de fútbol” le dije mientras él me devolvía la mirada como intentando comprender lo que le estaba diciendo. No llegué a terminar y me largué a llorar desconsoladamente.

El día después

“El asunto más difícil es encontrar algo para reemplazar al fútbol, porque no hay nada”.

Kevin Keegan. Ex futbolista británico.

Hay días en la vida de las personas que marcan un antes y un después. Para mí, ayer fue uno de esos días, sé que nunca más volveré a ser el que fui pese a que sigo siendo el mismo de antes.

Comencé a jugar a la pelota como cualquier niño en el club y en la escuela pero, cuando tenía diez años, decidí patearla con un poco más de seriedad de cómo lo hacía habitualmente. Ingresé a las divisiones inferiores de Vélez con un objetivo: convertirme en futbolista profesional. Eran tiempos de alegría y empeño, años de sacrificio sin ninguna garantía de éxito. El retiro, en ese entonces, era un futuro remoto del que no tenía noción y tampoco me preocupaba tenerlo.

Progresé, me esforcé mucho, alcancé un buen rendimiento y logré ingresar a un mundo fascinante. En la burbuja todo era nuevo, se vivía a ritmo vertiginoso. No había tiempo para pensar en otra cosa, menos aún para pensar en cómo sería el futuro fuera del ambiente. El

fútbol era un lugar de ensueño.

Me capacitaron para correr más rápido, saltar más alto y pegarle a la pelota más fuerte, resolvieron todos mis problemas y me abrieron puertas que difícilmente hubiera encontrado abiertas de no ser por este maravilloso juego. Como dice el refrán: pertenecer tiene sus privilegios. El fútbol te lo da todo, pero no te prepara para saber qué hacer cuando ya no te sirva correr más rápido, saltar más alto o pegarle más fuerte. Esas cualidades físicas, indispensables para el futbolista, no sirven en el mundo común y corriente.

Cuando uno juega, hay una excusa perfecta para evadir el problema: el futbolista puede, durante su corta carrera, transmutarse por completo. Puede ser resistido y convertirse en irremplazable, puede pasar de pobre a millonario, puede ser ídolo y transformarse en villano, puede estar sano y, en un segundo, lesionarse. El futbolista, dentro de la cancha, es como el ave fénix: puede resurgir de sus cenizas en un instante.

Para continuar en este mundo de ensueño hay una exigencia: encontrar la fuente de la juventud eterna. Lo que a la corta o a la larga se transforma en una quimera. Aunque sigas sintiéndote joven, rápido y potente, un campo de cien metros por sesenta es una vidriera que expone brutalmente el paso del tiempo. El hincha reacciona de modo diferente ante un mismo error de juego. Al comienzo de la carrera lo considera producto de la inexperiencia y diez años después lo toma como una señal de futuro vencimiento.

El fútbol es como esos fuegos abrazadores que desprenden mucho calor pero se consumen rápidamente. El jugador vive el día a día con una intensidad que sorprende, no hay tiempo para alegrías, ni para lamentos. Siempre hay un desafío en puerta, un nuevo enfrentamiento para el que hay que prepararse al 100%. Lo que conseguí ayer, quedó en el recuerdo. El nivel de exigencia es alto y genera un inconveniente: esa intensidad sólo puede ser sostenida durante

EL ULTIMO PASE

un breve lapso de tiempo. Nadie pudo ni podrá perdurarse en una cancha “*ad eternum*”.

A partir del día de ayer ya no habrá cambios, ya no habrá borrón y cuenta nueva, no habrá revancha en la semana siguiente. Lo que pude o no pude hacer, quedará en el recuerdo.

Me siento afortunado al ver, al final de la carrera, retribuido mi esfuerzo. Al fútbol no le puedo pedir más, le debo todo lo que soy y se lo voy a agradecer eternamente.

Epílogo

Por Juan Pablo Varsky

Juan Manuel Herbella, el Doctor, fue uno de esos valiosos jugadores complementarios que reciben más reconocimiento en el vestuario o en la cancha que en la tribuna o en la prensa. Contracultural, desafió a la corriente con su carrera y su graduación en Medicina. En otro acto de rebeldía, se resistió a considerarse “rara especie”, le escapó a la sobrevaloración de su título (ideal para el periodismo) y se autodefinió como un futbolista que estudió. Su recorrido futbolero va mucho más allá de sus diferentes destinos como jugador. Conoció la frustración del no ser tenido en cuenta y la gloria de los goles decisivos. Subió y bajó por la escalera del ascenso. Eligió la pertenencia al club y también la libertad del pase libre. En casi 14 años de profesional, no le quedó registro por identificar. En un deporte maravilloso, azaroso y, por momentos, tremendamente injusto, tiene el capital y el orgullo de haber hecho lo que quiso. De haber explotado

ese margen de acción que solamente depende de uno mismo. Observador riguroso y silencioso durante buena parte de este viaje, eligió compartir con nosotros las últimas escalas. Así salió Futboloscopía, un preciso relato sobre su experiencia dentro del Quilmes que ascendió a Primera en la temporada 2009-2010. En su debut literario, se destacó su mirada sobre cada partido del equipo gracias a la cuidadosa selección de las palabras. Lejos de pensar a la velocidad del partido, se tomó su tiempo para elegir el enfoque de cada capítulo. A pura sobriedad, demostró que estaba listo y preparado para pasar de pantalla. En este libro, redobla la apuesta. Aprovecha momentos de su último año como profesional en FerroCarril Oeste para tirar tacos y caños al servicio de una idea, de una manera de contar su propia historia. Narrador y protagonista, recorta a su antojo la temporada del adiós. Clínico en la observación, quirúrgico en la escritura, el Doctor hace terapia, análisis y tratamiento de un 2010-2011 que se acaba en Caballito en la penúltima fecha ante Tiro Federal. Más cerca del análisis que de la síntesis, se aleja del calendario. Saca fotos de compañeros, rivales y vivencias intransferibles. El resultado es el disfrute del lector. Juan Manuel Herbella, el Doctor, pega el salto. Aquel jugador complementario se convierte en inevitable referencia para entender el factor humano del fútbol.

Índice

Prólogo	7
El contrato	9
La pretemporada	13
El aniversario	17
Anita y la comida	20
Miño y la prueba	24
El indio	28
Pretensiones	32
Toia, el árbitro	35
El último minuto, el último partido	38
El asado indigesto	41
El adiós a Facundo	46
Matías, el manija	51
Una visita al gremio	55
La peste y el trapo	59
El improbable	63
La charla	67
Victor, el guapo	70
Conociendo al Organo	74
Se cansó de los amagues	78
Un día heteróclito	82
El hotel	85
El calor embriagador	90

Media falta	93
La doble derrota	95
Hugo, el hombre puñalada	99
Por una cabeza	102
El entrenamiento más corto del mundo	104
Jerri, el revoltoso	107
El triste viaje de fin de año	110
Año nuevo, cuerpo técnico nuevo	114
El tiempo pasa	117
Los tres arqueros y yo	123
Nos tapó el agua	127
Volver	130
La sorpresa	134
La lesión	137
Confirmado	141
Él te “Salva”	144
Rehabilitando con O-mal	146
Playa y comida, fútbol y teatro	149
La caravana	152
El apriete	154
No hay mayor amor	157
El gol	162
La fundación	166
El invitado aguafiestas	169

El hediondo	172
El premio	174
El ídolo	176
En la cancha, hay amigos	180
El Toto y sus detractores	183
El maldito isquiotibial	187
Una noche negra	190
El anuncio	194
El esquema y el dilema	197
El desahogo	200
Discrepancias en el estadio	203
El último	206
La despedida	209
El día después	213
Epílogo	216



Primera impresión septiembre de 2011



JUAN MANUEL HERBELLA

El último pase

El Doctor, fue uno de esos valiosos jugadores complementarios que reciben más reconocimiento en el vestuario o en la cancha que en la tribuna o en la prensa. Contracultural, desafió a la corriente con su carrera y su graduación en Medicina. En otro acto de rebeldía, se resistió a considerarse “rara especie”, le escapó a la sobrevaloración de su título (ideal para el periodismo) y se autodefinió como un futbolista que estudió. En un deporte maravilloso, azaroso y, por momentos, tremendamente injusto, tiene el capital y el orgullo de haber hecho lo que quiso.

Juan Pablo Varsky

Siempre fue una “rara avis”. Se fue de uno de los mejores clubes de la Argentina porque no lo dejaban estudiar. Eligió equipos para conocer otros países. Y, en el año de la despedida, firmó “la peor propuesta económica”, pero la “mejor calidad de vida”. En este libro ofrece una gran idea para todos los futbolistas que sientan hoy angustia de sólo saber que les falta poco para retirarse.

Ezequiel Fernández Moores

ISBN 978-987-1367-35-1



9 789871 367351

ediciones
al arco